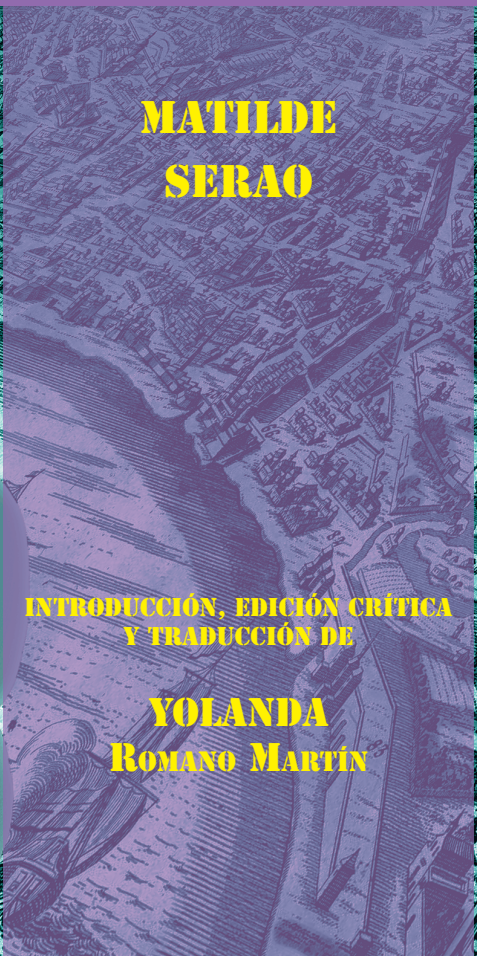
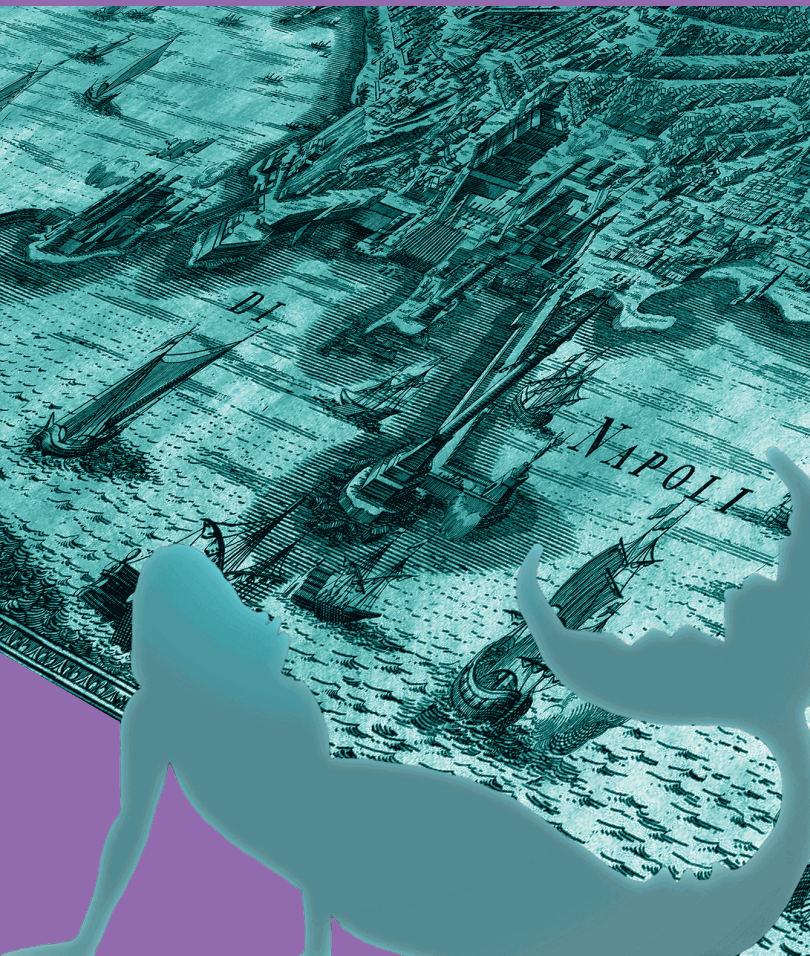


LEYENDAS NAPOLITANAS



**MATILDE
SERAO**

INTRODUCCIÓN, EDICIÓN CRÍTICA
Y TRADUCCIÓN DE

**YOLANDA
ROMANO MARTÍN**



Ediciones Universidad
Salamanca

LEYENDAS NAPOLITANAS

MEMORIA DE MUJER

6

Colección dirigida

por

Josefina CUESTA

(Universidad de Salamanca)

&

María José TURRIÓN

(Centro Documental de la Memoria Histórica, Salamanca)

Consejo científico

Virginia ÁVILA (UNAM, México)

Dora BARRANCOS (CONICET, Argentina)

Christina VON BRAUN (Universidad Humboldt de Berlín, Alemania)

Nuria CHINCHILLA (IESE, España)

Jean Louis GUEREÑA (Universidad de Tours, Francia)

Araceli MANGAS (Universidad Complutense, España)

Jane MORRICE (Consejo Económico y Social Europeo, UE)

María Jesús PRIETO-LAFFARGUE (Instituto de la Ingeniería de España,
ex-Presidenta de la WFEO)

MATILDE SERAO

LEYENDAS NAPOLITANAS

Introducción, edición crítica y traducción

YOLANDA ROMANO MARTÍN



Ediciones Universidad
Salamanca

MEMORIA DE MUJER

6

© de esta edición:

Ediciones Universidad de Salamanca

© de la introducción, edición crítica y traducción:

Yolanda Romano Martín

1ª edición: noviembre, 2018

Motivo de cubierta: “Partenope sorvegliava la storia”

© Sandra Romano

Este libro se enmarca en el proyecto de investigación financiado por la Consejería de Educación de la Junta de Castilla y León y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (SA019P17), con el título “Escritoras inéditas en español en los albores del s. XX (1880-1920). Renovación pedagógica del canon literario” dirigido por la profesora Milagro Martín Clavijo de la Universidad de Salamanca

ISBN: 978-84-1311-182-7 (PDF)

ISBN: 978-84-1311-183-4 (POD)

Ediciones Universidad de Salamanca

Plaza San Benito s/n

E-37002 Salamanca (España)

<http://www.eusal.es>

eus@usal.es

Impreso en España-Printed in Spain

Maquetación: Sara Velázquez

Realizado:

Cícero, S.L.

Tel. 923 123 226

37007 Salamanca (España)

Todos los derechos reservados.

Ni la totalidad ni parte de este libro

Puede reproducirse ni transmitirse

Sin permiso escrito de

Ediciones Universidad de Salamanca

Ediciones Universidad de Salamanca es miembro de

Unión de Editoriales Universitarias Españolas

www.une.es



ÍNDICE

PRIMERA PARTE: INTRODUCCIÓN	9
1. Matilde Serao: vida y obra	11
2. La obra de Matilde Serao en español	14
3. <i>Leggende Napoletane</i> . Notas a la traducción	17
4. Referencias bibliográficas	21
SEGUNDA PARTE: <i>LEYENDAS NAPOLITANAS</i>	23
1. Parténope	33
2. Virgilio Mago	39
3. El mar	45
4. La leyenda del amor	51
5. El Palacio de Doña Anna	57
6. La barca fantasma	63
7. El secreto del mago	69
8. Doña Albina, Doña Romita, Doña Regina	77
9. El pequeño monje	87
10. El diablo de Mergellina	93
11. Megáride	99
12. Providencia, Buena Esperanza	105
13. El Cristo Muerto	111
14. La muchacha de Capodimonte	117
15. La leyenda del futuro	123

I

INTRODUCCIÓN

LA VIDA Y OBRA DE MATILDE SERAO

INTRODUCCIÓN

1. MATILDE SERAO: SU VIDA Y OBRA

Matilde Serao (1856-1927), afamada escritora y aguda periodista, toda una experta en el reportaje realista y costumbrista se definía como una fiel y humilde cronista de su propia memoria. Debemos considerarla una de las principales protagonistas de la vida cultural napolitana entre finales del XIX y principios del XX.

Era una mujer de gran personalidad, valiente, paciente, con una determinación inagotable y un espíritu de libertad extraordinario. Como afirma Lorenza Rocco Carbone en su nombre está escrito su destino puesto que su nombre proviene del gálico Mathelt y encierra el carácter de la autora y el sentido de su existencia: “Mathelt: possente in battaglia”. (Rocco Carbone, 2013: 160)

En su vida profesional y personal fue trasgresora y pionera, un ejemplo para las mujeres de su época.

Fue una escritora muy prolífica, publicó más de cuarenta volúmenes entre relatos y novelas. Si bien hoy su obra haya caído en el olvido y apenas sea recordada en los manuales de literatura, tuvo una frenética actividad periodística, una vida personal y profesional muy rica y se dedicó con entusiasmo a la escritura. Sin embargo, cabe señalar que los juicios críticos que se vertieron sobre su obra no fueron siempre unánimes como veremos más adelante.

A pesar de moverse en un mundo intelectual eminentemente masculino, su intensa carrera periodística le llevó a frecuentar los salones literarios, tan de moda en su época.

Como representante de la literatura femenina utilizó sus artículos en la prensa, principalmente en *Capitan Fracassa* y en *Il Farfulla della domenica*, como el mejor medio para expresar sus dotes artístico-literarias.

Hasta 1880 no se vuelca en la aventura narrativa donde manifiesta un acusado interés por los argumentos lacrimógenos que adorna con unas descripciones al detalle de ambientes, personajes y situaciones, sobre todo del proletariado y de la ciudad de Nápoles.

La publicación de la obra *Fantasia* (1883) la lleva al éxito y al mismo tiempo a conocer al que será su primer marido, el escritor Edoardo Scarfoglio con el que funda *Il Corriere di Roma* y después *Il Mattino*. Tras su fracaso matrimonial en 1902 comienza una nueva vida con el periodista Giuseppe Natale con quien funda y dirige en 1904 el periódico *Il Giorno* convirtiéndose así en la primera mujer en hacerlo en Italia.

Destacó también por su valor al defender con su pluma sus firmes posiciones políticas antifascistas.

La producción literaria de esta autora es muy amplia, pero sin duda, podemos identificar un único elemento común: la ciudad de Nápoles. Este elemento forma parte de la propia idiosincrasia, de su formación cultural y está presente como personaje secundario en cada uno de sus escritos.

Su obra más sobresaliente es el homenaje que realiza a la ciudad en la historia narrada en *Il ventre di Napoli* (1884) que publica inicialmente en el periódico literario y satírico romano, *Capitan Fracassa* y en la editorial milanesa Treves. Una obra que nace como investigación sobre las condiciones de la vida en la ciudad partenopea tras la epidemia de cólera, sin embargo, se convierte en un encarnizado llamamiento a las autoridades políticas del momento que se encontraban muy alejadas de la realidad del pueblo. Esta defensa a ultranza de su ciudad no impide que la autora nos muestre, aun con rabia e indignación, su lado más oscuro y miserable pero también su esplendor.

Una denuncia melancólica pero muy actual; absolutamente necesaria y con una finalidad constructiva es, en resumen, el sentido de este inmenso trabajo de Serao. Esta necesidad de sanear la ciudad sigue vigente hoy día.

Otras obras merecedoras de ser mencionadas en este breve resumen de su trayectoria literaria son la novela *Il paese di Cuccagna* (1891) y el extenso relato *Le virtù di Checchina* de (1884).

Por el indudable apego a sus orígenes partenopeos fue considerada no solo una autora que encandiló a la pequeña burguesía sino también a la plebe.¹ Un claro ejemplo de esta pasión por su ciudad es el libro *Leggende napoletane* (1881) donde recoge las historias de la tradición oral que circulan en sus callejuelas desde hace siglos.

Como aludíamos antes, su obra despertó opiniones muy dispares. Para algunos sus páginas revelaban una madurez artística inusitada mientras que para otros no dejaban de ser banales y excesivas. Su marido, Scarfoglio, decía de ella malignamente que no sabía escribir y que su lenguaje era muy pobre. Renato Serra era aún más duro, al juzgar su obra como literatura comercial de segunda clase. No obstante, estas no dejaban de ser opiniones de críticos demasiado severos. Otros relevantes críticos literarios y escritores de la época no dudaron en alabar su trabajo. Encontró un gran respaldo en voces autorizadas como es el caso Carducci, D'Annunzio o Croce.

Su dedicación y entrega, junto con la indudable calidad de su trabajo la llevaron a ser candidata al premio Nobel de literatura como reconocimiento a su trayectoria, que finalmente obtuvo su coetánea Grazia Deledda.

La autora falleció el 25 de julio de 1927 debido a una embolia cerebral mientras trabajaba en su despacho. Toda la ciudad lloró su desaparición, los periódicos cerraron en señal de duelo, los napolitanos desfilaron ante su féretro demostrando un dolor auténtico. Personas de todos los estratos de la sociedad nobles o plebeyos le rindieron homenaje. Una multitud por la que Matilde Serao sufrió, lloró, amó durante sus intensos años de actividad.

La intelectualidad de la época, del mundo literario y periodísticos manifestaron sus condolencias: Benedetto Croce, D'Annunzio, Annie Vivanti, Michetti, Bontempelli, Giustino Fortunato, Ferdinando Martini, Guido da Verona, Emma Gramatica, Ojetti, Lucio D'Ambra entre otros.

¹ *Vid.* Galasso (2006).

2. LA OBRA DE MATILDE SERAO EN ESPAÑOL

Solo una pequeña parte de la extensa obra de Matilde Serao compuesta por relatos, novelas, obras teatrales o artículos periodísticos se ha publicado en España. De 1900 es el volumen en el que se integran *¡Centinela, alerta!, Terno seco, Treinta por ciento, O mi Juanito o la muerte*. La edición estaba a cargo de la pequeña editorial Hispano-Americana en la colección “La novela ilustrada”. De principios del siglo XX son las obras publicadas por la editorial barcelonesa Maucci: *Flor de pasión, Fantasía, Los amores de la duquesa: corazón enfermo, Adiós, Amor, La bailarina* (1907), *El país de la ilusión* (1909), *El castigo* (1911). Estas obras fueron traducidas por Rafael Ruiz López, E. Troisi, Tomás Ortis Ramos, Tomás de C. Durán y por el escritor Ramón Del Valle Inclán.

En los años veinte la editorial madrileña *La libertad* reedita *¡Centinela, alerta!* Sus obras enseguida logran hacerse eco en el extranjero pues pasan escasamente 5 años desde sus ediciones originales. En 1936 en las páginas de la revista literaria “Novelas y cuentos” se publica *Dos corazones desgraciados: novela romántica*. De aquí debemos dar un salto hasta el año 1994 en el que se reedita la obra *Flor de pasión* por iniciativa de la editorial Lipari, pero con la anterior traducción de Valle Inclán. En el año 2000 aparece una versión bilingüe de la obra *Sogno di una notte d'estate. Sueño de una noche de verano: versión bilingüe abreviada y simplificada* cuya edición pertenece a Planeta DeAgostini.

En el año 2002 una de sus obras más importantes, *El vientre de Nápoles*, ha sido publicada por la editorial Martorano di Cesena, en la colección “Un mar de sueños” y traducida por Nuria Pérez Vicente.

En 2015 la editorial Aridicia publica *La virtud de Checchina* con la traducción de Pepa Linares.

Un ejemplo de la repercusión que tuvo la obra de Serao en el mundo hispano es el capítulo que el periodista y escritor argentino Juan José Soiza Reilly le dedica en su libro *Cien hombres célebres. Confesiones literarias* (Maucci Barcelona, 1909). En el capítulo *Tres almas de mujer* Soiza Reilly, tras una breve introducción sobre el feminismo, nos presenta la

trayectoria literaria de tres de las autoras italianas más influyentes de la época: Matilde Serao, Grazia Deledda y Rossana (pseudónimo de Zina Centa Tartarini). Subraya el hecho de que las tres compaginan su vocación literaria con la periodística lo que las convierte en figuras singulares al tratarse de mujeres.

De nuestra autora Soiza Reilly afirmaba lo siguiente:

De las tres escritoras de Italia sobre las que hablo, la mejor, la que más brilla, la que más fama tiene, es Matilde Serao. A través de sus libros, impregnados de una delicadeza suave, con una tramazón de nervios de mujer delicada, se cree adivinar el alma vieja de una dama joven. Nadie que haya leído a Matilde Serao sin conocerla, creerán que su figura física, que sus ademanes, que su manera de vivir puedan ser las mismas que sus libros suponen. Matilde Serao es periodista. Pero no periodista de temas elegantes. Todas las mañanas la veréis entrar en la redacción de “Il Giorno”, diario que dirige en Nápoles... Entra. Entra gritando. Pero no es que grite. Es que saluda. Bajita, gruesa, enorme, su lenguaje florido, rebosa de exclamaciones bien rimadas por la melódica musicalismo del dialecto napolitano. En seguida se sienta en su mesa. Y escribe. Sus cuartillas negrean. Escribe sin cesar. Los visitantes llegan. La saludan. Le hablan. Ella les contesta y sigue su labor. Sigue criticando en artículos de una fuerza rabiosa. Critica siempre los actos del gobierno... Es casi seguro que ella no comprende nada de política. Pero no se incomoda... Ameniza sus fuegos en “Il Giorno” con la fabricación de sus novelas. Ha escrito tantas que ya no recuerda ni sus títulos. Tampoco se incomoda... Sabe que sus novelas se leen enormemente. Sus libros encuentran un mercado colosal en Francia, en Inglaterra, en Alemania.

Las viejas novelas de la corrupción, del refinamiento, de la tristeza, del alcohol, ya no tienen lectores. Las novelas de tocador, con muchas cocotas y exceso de picardías, ya no consiguen éxito, ni siquiera en París. También el dulce amante de los vinos diabólicos; el casto pecador de amores buenos; el artista Lorrain, que cobardemente murió cuerdo porque murió llorando; también Lorrain como Oscar Wilde, como Huysmans y como todos estos, los otros y los demás, ya no tienen lectores en el barrio Latino... Y no digáis:

- No se lee por moralidad.

No. No digáis eso. No los leen porque no quieren leerlos. Ahora mientras las principales ciudades europeas practican los temas de esas obras; ahora las gentes que han educado su espíritu y sus nervios, se cansan de ver en los libros los pecados que ellas mismas cometen. [...] Por eso los lectores de novelas campesinas, con escenas en que los personajes practican vidas santas, son las que están de moda. Por tal motivo las novelas de Matilde Serao, hechas con el talento que ella tiene, son buscadas en París, en Londres, en Berlín.

Las mujeres honestas, agobiadas de virtud, con los pulmones henchidos de oxígeno y las carnes sonrosadas y frescas que nunca se emocionan aunque pasen por el fuego, seducen. Deleitan. Entretienen... Los amores picantes de las costureritas resultan desabridos. En cambio, el candoroso amor de la muchacha rústica, que llora todas las noches sobre la tosca almohada, porque está enamorada de un muchacho que vigila los cerdos, inflama los corazones de entusiasmo.

[...] Y como todas las novelas de Matilde Serao describen esa vida sencilla, gustan. Pero gustan además, porque están escritas con un vigor extraño. Raro en una mujer. Sus descripciones parecen cuadros. Su pluma da color. Es pincel. Hace con tinta escenas reales de una castidad pura. Evangélica. Nunca pasa por ellas la sombra de San Antonio martirizado por la reina de Saba... (Soiza Reilly, 1909: 99-106)

No sin un cierto tono crítico las afirmaciones del periodista argentino demuestran sin duda la popularidad de la que gozaba Serao entre los lectores no solo italianos sino de otros países.

3. *LEGGENDE NAPOLETANE*. NOTAS A LA TRADUCCIÓN

Matilde Serao publica por primera vez el volumen titulado *Leggende Napolitane* con el editor Ottino, en el año 1881. En él recopila quince historias de la tradición oral napolitana. En la edición de 1907 se añadió al título *Libro d'immaginazione e di sogno* que venía a describir lo que el lector encontrará en sus páginas. La edición utilizada para esta traducción es la publicada en 1891 por la editorial E. Sarasino de Módena.

Como no podía ser de otra forma, dado el profundo y doloroso amor que sentía por su tierra, la autora realiza un homenaje a su gente, sus costumbres y sus paisajes.

En el prólogo titulado *La storia della leggenda* nos explica las razones que le han llevado a salirse de su trayectoria creativa de novelas y relatos entre veristas y costumbristas para acercarse a las historias mágicas de su ciudad.

El motivo principal es la voluntad de llevar a cabo un ejercicio de pura diversión y disfrute, recreándose en los elementos mágicos y fantásticos de estas historias y alejarse por un momento de las historias más vinculadas con la realidad de su ciudad.

Son quince historias de corte muy diferente. Magia, mitología, leyenda, personajes fantasmagóricos, tragedias de amor, lugares fantásticos.

En la primera leyenda titulada “Parténope” Serao realiza una versión personal del mito de Parténope. Recordemos que la sirena Parténope era una figura mitológica presente en la Odisea de Homero. Su historia se narra en el canto XII cuando Ulises quiso escuchar el canto de las sirenas, un canto peligroso puesto que atraía a los navegantes a la costa para luego matarlos. Advertido por la maga Circe, hizo tapar los oídos con cera a sus hombres y se ató al mástil de su barco. Esta estrategia le salvó, pero provocó la ira de las sirenas. Parténope no aceptó la derrota y se lanzó al mar desde lo más alto. Las olas del mar arrastraron su cuerpo hasta Megáride, se deshizo y tomó la forma de la ciudad de Nápoles y su cola forma la colina de Posillipo.

En la versión de Serao, Parténope es una muchacha griega enamorada del joven Cimone, pero no cuenta con el beneplácito de su familia. Para salvar su amor imposible los jóvenes huyen

en barco y llegan al golfo de Nápoles donde se asientan. Allí Parténope tiene doce hijos y se convierte en la madre del pueblo partenopeo a la que todos veneran.

Con esta leyenda la autora explica el nacimiento de la ciudad subrayando además que Parténope sigue viva en el corazón de su pueblo. De esta leyenda proviene el gentilicio partenopeo con el que se también se llama a los napolitanos.

En la leyenda de “Virgilio Mago” la autora describe los poderes mágicos que se le atribuyen al poeta quien fue idolatrado, amado por el pueblo casi como un Dios. En ella se entremezcla la vida real con la vida imaginaria, las supersticiones con el simbolismo forjando así su leyenda como protector de la ciudad.

En la historia de “El mar” Serao nos lleva por las aguas que rodean la Campania: el mar del Carmine, el de Santa Lucía, el de Chiatamone, el de Posillipo o el de Mergellina.

Con la siguiente historia, “La leyenda del amor”, nos sumergimos en una trágica trama amorosa cuyo desenlace explicaría el nacimiento de Capri y del Vesubio.

“El palacio de Doña Anna” da título a la historia de misterio en la que se narra los celos y el odio entre dos mujeres por el amor de un caballero.

En “La barca fantasma” se narra la traición amorosa de una esposa y la venganza de su marido aderezado con ingredientes fantásticos.

“El secreto del mago” es la curiosa leyenda que recoge Serao en la que explicaría el nacimiento de los míticos macarrones por parte de un mago.

“Doña Albina, Doña Romita, Doña Regina” es la triste y trágica historia de tres nobles hermanas que comparten un amor imposible.

De un tono tragicómico es la leyenda del Munaciello un pequeño duende medio diablo, medio ángel que aún hoy pervive en folclore napolitano. Parece ser que este personaje mágico existió realmente en la época de los Aragoneses allá por 1445 convirtiéndose con el tiempo en una de las figuras esotéricas de la tradición folclórica napolitana.

La historia que Serao nos cuenta en “El diablo de Mergellina” tiene orígenes populares. En ella se reproduce la leyenda de un famoso cuadro de Leonardo da Pistoia titulado *San Michele che*

scaccia il demonio que se encuentra en la Iglesia de Santa María del Parto. En él puede verse a San Miguel Arcángel que atraviesa con una lanza la garganta del diablo, representado con rostro de mujer. Esta mujer sería la que tentó al obispo Caraffa. La pintura, como recoge también Benedetto Croce, es conocida como *Il diavolo di Mergellina*.

La isla de Megáride es uno de los lugares de culto sagrados más antiguos de la ciudad. Su origen está ligado con la historia de Parténope ya mencionada con anterioridad. La leyenda se basa en que el cuerpo de la sirena Parténope se encuentra allí enterrado.

Con “Megáride”, Serao nos traslada al siglo I a.C., época en la que vivía el guerrero de la edad imperial romana y mecenas, Lucio Licinio Lucullo. Este poseía maravillosas villas y palacios en Roma, Pompeya y Megáride, el cual desafiando a las ninfas oceánicas diseñó prados, bosques y jardines. Allí vivía con su hermosísima esposa Servilia, hermana de Catón.

La historia de “Providencia, buena esperanza” está relacionada, en cambio, con un personaje fantástico, un hombre querido por los niños, pero incomprendido por los adultos. Con ella la autora rinde homenaje a la inocencia, la ingenuidad y la falta de maldad de los niños, de todos los niños del mundo cualquiera que sea su condición.

Con “El Cristo muerto” Matilde Serao nos invita a visitar una de las obras escultóricas en mármol más impresionantes y misteriosas de la ciudad de Nápoles como es el *Cristo Velato* de Giuseppe Sanmartino que se encuentra en la Capilla de San Severo y realizada en 1753.

La autora se sirve de nuevo del tema de la escultura, en particular de la famosa porcelana de Capodimonte que convierte en la protagonista de la mágica historia de amor que narra “La muchacha de Capodimonte”. Recordemos que esta apreciada porcelana debe su nombre a las colinas de la ciudad donde el rey Carlos VII de Borbón y su esposa María Amalia de Sajonia fundaron la fábrica en 1743 cerca del palacio de Capodimonte.

En la última leyenda “La leyenda del futuro” la autora desafiando la candidez y la volubilidad de su lectora, presagia que un día llegará el terrible e inevitable final de la ciudad que morirá engullida por el Vesubio.

Esta obra ilustra de manera clara el estrecho lazo que la unía a su tierra y a sus gentes:

E Napoli infatti è tutta nei libri della Serao: con le sue piazze e i suoi vicoli, i suoi casamenti popolari e i suoi palazzi patrizi, con i suoi fondachi e i suoi angiporti, le sue strade, i suoi giardini, la sua villa Comunale, le sue chiese, i suoi conventi: e con i suoi personaggi, appartengano essi alla stanca e languente nobiltà o alla piccola borghesia o al suo estroso, minuto, appassionato e vibrante popolino... Tutti sono là, nelle sue pagine: tutti, ci piace immaginare, quella mattina di fine luglio del 1927, l'avranno accompagnata, partendo da piazza Vittoria per via Chiaia e Toledo, sino al Museo, dove il corteo si sciolse. (Prisco, 1995: 59-60)

4. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- A.A.V.V. (2006). *Matilde Serao. Le opere i giorni*. Nápoles: Liguori Editore.
- Galasso, G. (2006). *Riflessioni su Matilde Serao*, en A.A.V.V., (2006) *Matilde Serao. Le opere i giorni*. Nápoles: Liguori Editore.
- Prisco, M. (1995). *Matilde Serao. Una napoletana verace*. Milán: Newton Compton Edit.
- Rocco Carbone, L. (2013). *Cara Matilde*. Nápoles: Kairòs Edizioni.
- Serao, M. (1891). *Leggende napoletane*. Modena: E. Sarasino Editore.
- Soiza Reilly, J. J. (1909). *Confesiones literarias*. Barcelona: Editorial Maucci.

II

LEYENDAS NAPOLITANAS

AL LECTOR

El rígido arte moderno basado en un excelso ideal de verdad que no se alcanza sin esfuerzo y sin angustia, nos aparta cada vez más de la fantasía.

Permítasele a un joven escritor, amante de su época, tomarse un descanso en el estudio de la vida, déjenle despedirse de las antiguas formas poéticas escribiendo un libro de imaginación y de sueño.

Nápoles, noviembre, 1880

Matilde Serao

LA HISTORIA DE LA LEYENDA

Por entonces, cuando comienza la historia espiritual de la leyenda, yo tenía diecisiete años, era una pobre muchacha y una infeliz alumna de la Scuola Normale femenina. No piense, amiga lectora, en nada de lúgubre puesto que no es ninguna pena ser pobre cuando se es muy joven. Yo no sé cómo este tema me causaba una alegría constante.

Por lo que respecta a mi infelicidad como alumna, esta era más bien la infelicidad de mis profesores. En efecto, a parte del diez que obtenía por la alocada y pueril retórica de mis redacciones en lengua italiana, era imposible, no a mí, sino a mis desventurados profesores darme más de un siete o un ocho siempre con una misericordiosa indulgencia.

Cuento esto, para demostrar que entonces, hace dieciséis años, yo no sentía el mínimo deseo por convertirme en cronista de los acontecimientos humanos, periodista o novelista.

Como tantas otras compañeras de la escuela – ¡qué tan dulces recuerdos tienen en mi memoria vuestros nombres, queridas criaturas! – habría roto mi diploma de grado superior. Después me habría presentado a la oposición, otra piedra en el camino y me habría convertido en maestra de una clase de primero infantil, con la ayuda del Dios de la pedagogía. Una vez más aquello no me afligía en absoluto. Y las risas retumbaban siempre en el pasillo de la Scuola Normale, de la misma manera que en la pequeña casa de la Madonna dell’Aiuto, como si hubiese venido al mundo para reír a mandíbula batiente contra cualquier melancolía, contra cualquier tristeza. Mi querida madre decía siempre que ella al volver a casa me oía reír desde Santa María la Nova y esto la confortaba. ¡Tú sabías mamá que yo reía para hacerte sonreír!

Y sin embargo entonces, justo entonces, en aquel ambiente no solo burgués sino de cualquier otra pequeña burguesía, sin tener en la cabeza ningún atisbo de romance y sin tener en el

corazón ni una sola de las tristezas donde germina el trabajo del arte, pidiéndole solo al destino la humilde y trabajosa manera de ayudar a la propia familia y a sí misma, sin sueños, sin visiones, entre los tormentos de la raíz cúbica y las torturas de la máquina de Atwood, comenzó la historia de la leyenda.

Vivíamos en aquella singular zona popular de Nápoles, que se encontraba entre Santa María la Nova, la calle Mezzocannone, Gesù y los Mercanti: zona singular nada fantástica, nada romántica que contiene las plazas de la Madonna dell’Aiuto, de los Banchi Nuovi y de San Giovanni Maggiore y los oscuros callejones de Donnalbina, del Ecce-Homo, de San Girolamo alle Monache, y la peculiar cuesta de Santa Bárbara y la calle de Santa Chiara entre monacal y burguesa.

La región de fabricantes de toscos muebles donde se han enriquecido los Pisciotta y los Troise, conocidos por haber amueblado las casas modestas de Nápoles y de la provincia. La región de los escultores y pintores de santos, donde en el fondo de los oscuros comercios aparecía la delicada figura de una Asunción con una mejilla rosada y la otra pálida, aún sin pintar, aparecía el rostro demacrado de un San Francisco de Asís y quizás más de un desconocido Alonso Cano se escondía también, donde se hacía los santos. Zona popular y sin embargo mística con sus doce Iglesias, con sus siete capillas, con sus procesiones internas, digámoslo así por ser de una plaza a otra. Zona de grandes palacios antiguos, escudos y pequeñas e innobles casas modernas, tan llenas de gente que llegan a ahogar. Zona, asimismo, pobre y melancólicamente infame, hacia la Posta, hacia los Mercanti, hacia Mezzocannone. Zona sucia, sucísima, antihigiénica, sin aire, sin sol. Es decir, el sol se veía solo en las terrazas y nosotros de vez en cuando montábamos una fiesta especial si lográbamos la llave de una terraza nuestra o de una vecina. Allí no hacíamos más que ponernos al sol, cinco o seis muchachas, haciendo ganchillo y repitiendo en alto las cuatro leyes de la educación... ¿cuáles son? Dos, son las que recuerdo: armonía, conveniencia... ¿y qué más? ¡Cuánto sol había en aquellas terrazas! Desde allí arriba veíamos aquella gran zona oscura y sucia, tan triste pero tan querida por nosotros, y las voces de los vendedores muy débiles

nos llegaban. Nos parecía que el sol estaba tan alto y las calles tan abajo, húmedas y oscuras, que no habría podido nunca penetrar en el fondo para secarlas. Negro, negro por encima de todos el callejón de Donnalbina, con dos riachuelos de aguas sucias, con montículos de basura aquí y allá recogidos, pero también esparcidos. Negro, no solo por su oscuridad natural sino por su suciedad, pero negro también por la alta muralla del monasterio de Donnalbina. Un callejón tan negro – dije yo un día, desde la terraza después de haber observado un rato – y un nombre tan blanco, de mujer blanca.

¡Ay que la historia de mi primera leyenda de Doña Albina, doña Romita y doña Regina no ha comenzado de manera diferente!

Las otras dos leyes de la educación eran la graduación y la universalidad. En verdad, aquel inicio de verano, yo tenía que hacer un gran encaje de ganchillo, si quería tener un vestido nuevo. Pero el primer sueño había nacido de la fantasía, de toda esa oscuridad y negrura, había surgido la visión de un sutil fantasma blanco, había visto la figura de la cándida donn' Albina desaparecer en el cielo azul, brillante por el sol.

Quién ha soñado, soñará. Quién ha evocado un fantasma enamorándose, cada amanecer, cada atardecer, cada noche evocará hileras de fantasmas del mundo de los espíritus. Quién ha palpitado por una visión y le ha ofrecido su corazón y su propia sangre, pedirá palpitar por una divina visión, hasta la muerte.

La primera leyenda napolitana “Doña Albina, doña Romita, doña Regina” fue escrita, sin embargo, seis años después, entre 1879 y 1880, es decir, cuando acababa de comenzar a escribir pocas cosas para los periódicos: bocetos – aquella era la época de los bocetos – artículos y relatos. Después, al año siguiente, escribí las demás leyendas.

Las escribí por dos razones. La primera por haber escrito ya la primera. Es una poderosa razón, creedme. Cuando los escritores – no le atribuyo ninguna característica pomposa a esta palabra: escritor, de escribir – han escrito una cosa breve, que les gusta mucho, por razones especiales o por haber encontrado un público entusiasta, visualizan enseguida el libro. Los escritores son como los enamorados. A veces el hombre se

enamora locamente y encuentra en este amor un placer espiritual, supremo y no se da cuenta que precisamente esta intensidad casi sobrehumana se debe a la fatal brevedad de su amor.

Al hombre le repugnan las cosas breves, le parecen innobles, le entristecen, le dan un sentido de caducidad de las cosas. El hombre no se resigna a este emblema de la muerte y combatiendo contra la oscura voluntad de las cosas, violando la fuerza natural de los acontecimientos, intenta prolongar la duración de aquello que debía estar acabado. Y se prolonga, pero el divino minuto ha transcurrido y todo es amargura, todo es ceniza fría y nauseabunda. Así son los escritores. Se les ilumina una idea, una suave forma de arte les sonríe y, sin embargo, en lugar de conformarse sobriamente, ellos quieren dividir el destello en múltiples pequeñas llamas, ellos intentan fragmentar la sonrisa, desafortunados aritméticos, químicos desventurados. Y escritores y enamorados serían más felices si dejaran morir todo lo que debe morir. ¡Cuántos libros mediocres nos ahorraríamos, cuántos corazones rotos habría menos!

Pero al final mi pecado artístico se asemeja al de tantos otros, mejores que yo. Aquel que después de haber escrito un soneto, o un relato o una novela no ha soñado una serie, un ciclo; aquel que, teniendo una brillante y hermosa moneda de oro no ha querido convertirla en tantas otras, desgraciadamente de plata o de cobre, solo aquel tiene derecho a culparme.

¡Por desgracia, quizás no haya nadie!

La otra razón por la que después de la primera leyenda he escrito todas las otras, es esta. Aun habiendo raras excepciones, especialmente en los comienzos, los escritores meridionales están provistos de una riqueza hereditaria, antigua de fantasías o mejor dicho de características fantasiosas, y entorno al vívido fruto de su ingenio, resulta una bella frondosidad, pero a veces sin fruto. Todo este bagaje de fantasías está en la sangre meridional, en sus nervios, en el fondo del tintero, en la punta de su pluma. Estas dulces y viejas fantasías - ¡hereditarias! - parecen escritas sobre el papel con caracteres invisibles y que aparezcan en cuanto la pluma se posa sobre él.

¿Qué hacer?

Hay quien se desahoga en versos, tanto que todos los escritores italianos como los que no lo son, han compuesto sonetos o algunas odas, pero quien firma estas noticias, no supo nunca componer un verso.

¿Y qué hacer de todas estas fantasías cuando el mundo y el arte requieren un estudio limpio y claro de la verdad, cuando solo los grandes y pequeños dolores humanos necesitan una historia, mientras la historia de nuestra fantasía no interesa a nadie?

El viaje del arte es largo, cansado, duro, hay que deshacerse del antiguo lastre. Hay que partir, dejando los sueños queridos, quizás suspirando, quizás arrepintiéndose por lo que se abandona. Hay que despedirse de las tierras de la imaginación y marcharse al rudo país de la verdad. ¡Y sin lamentarse!

Nuestro valor y nuestra fuerza están en el aceptar el duro trabajo, en un ambiente austero, donde solo la conciencia nos mantiene. Y aunque a nosotros, antiguos soñadores, hijos y nietos de soñadores nos parezca estar en un exilio, no diremos que estamos exiliados.

Quien ha escrito las leyendas napolitanas no las volvería a escribir. Estas son para él, el país abandonado, el sueño perdido, el alma liberada de su dulce enfermedad. El remordimiento vive quizás en su corazón, pero nadie puede contar las lágrimas secretas.

Mergellina, diciembre de 1890

Matilde Serao

1. PARTÉNOPE

Nos faltan los negros bosques del norte, los negros bosques de abetos, a los que el huracán mueve las ramas como brazos de colosos desesperados; nos falta la blancura inmaculada de la nieve que provoca el vértigo del candor; faltan las rocas ásperas, áridas, de perfiles duros y enérgicos; falta el mar lívido y tempestuoso. En nuestras suaves praderas de rocío mágico; no descienden de las colinas las valquirias pecadoras enamoradas de los hombres; no aparecen en los confines de los bosques las bellas rusalkas²; aquí no golpean la ropa mojada las malditas lavanderas, pérfidas embaucadoras del viandante. El duende Kelpis³ no asalta al caballero perdido. Allí lejos, una naturaleza casi ideal, nebulosa, melancólica, inspiradora para los hombres de extraña fantasía delirante: aquí una naturaleza real, abierta, sin nieblas, ardiente, seca, eternamente brillante, eternamente bella que hace vivir al hombre en la alegría y en el dolor de la realidad. Lejos, se sueña con la vida; aquí se vive en un sueño, que es vida. Lejos los solitarios y tristes placeres de la imaginación que crea un mundo extremadamente sensible; aquí la fiesta completa de un mundo creado. Y nuestras leyendas tienen un carácter profundamente humano, profundamente sensible por encima del espacio y del tiempo. Para ascender a una suprema idealidad solo se necesita misticismo; ese misticismo que es la locura del alma, embriagada homicida del cuerpo, de aquel misticismo que es fe, pensamiento, amor, arte, a través de los siglos, en cada país; ese misticismo que es el

² Rusalkas: son ninfas del agua que pertenecen a la mitología eslava. Una especie de sirenas que vivían en el fondo de los ríos. A medianoche, acostumbraban a salir y bailar en los prados. Si veían a un hombre hermoso, lo hechizaban con canciones y bailes, después lo conducían al fondo del río, apresándolo hasta que se ahogaba.

³ Kelpis: es una especie de duende o elfo maligno con forma de caballo que vive en los bosques proviene de la mitología celta.

máximo punto divino, al que puede llegar una existencia excesivamente humana. Pero tras este drama, tras esta victoria cruenta del espíritu sobre el cuerpo, le sigue otro drama, más humano, más potente, donde el pensamiento y el sentimiento no vencen a la vida, sino que se compenetran y se funden entre ellos; donde el hombre no elimina una parte de sí para exaltar la otra, sino donde todo es existencia, todo es exaltación, todo es triunfo: el drama del amor. Nuestras leyendas son el amor. Y Nápoles fue creada por el amor.

Cimone amaba a la muchacha griega. En verdad ella era verdaderamente hermosa, era la imagen de la hermosura vigorosa y fuerte, fruto de Juno y Minerva, que a ellos se asemejaba. La frente pequeña y limitada de una diosa, los grandes ojos negros, la boca voluptuosa, la clara candidez de su piel, el magnífico equilibrio de gracia y de salud, en un cuerpo de formas admirables, la compuesta serenidad de su figura, eran la causa. Se llamaba Parténope, en la dulce lengua griega significaba Virgen. Disfrutaba sentada en una roca muy alta, fijando su mirada en el mar, perdiéndose en la contemplación de las olas glaucas del lejano mar Jónico. No le preocupaba el viento que hacía mover su ropaje, como las alas de un pájaro asustado; no oía el ruido sordo de las olas que golpeaban contra la roca, desgastándola poco a poco. El alma se sumergía en un pensamiento: más allá de aquel mar, lejos, muy lejos, donde el horizonte se curva, otras regiones, otros países, lo desconocido, lo admirable, lo indefinido. En este pensamiento las fantasías de la muchacha avanzaban, avanzaban en un sueño sin fronteras, la joven sentía crecer el poder del espíritu y, en pie, le parecía tocar el cielo con la cabeza, poder estrechar en una inmensa unión a todo el mundo. Y también estos sueños se desvanecen. Ahora ella ama a Cimone, con el único amor poderoso e imperante de la muchacha que se transforma en mujer.

En la noche de verano, noche clara y blanca de verano, Cimone le habla a su amada:

- Parténope, ¿quieres seguirme?
- Partamos, amor.
- Tu padre rechaza nuestra unión, querida mía. A Eumeo quiere como hijo y como esposo para ti. ¿Tú amas a Eumeo?

- Te amo a ti, Cimone.

- Alabada sea Venus y gracias a ti, su hija. Piensa qué negra pesadilla sería la vida, separados, alejados – y cómo, jóvenes aún, anhelaríamos las oscuras sombras de Estigia. ¿Quieres partir conmigo Parténope?

- Yo soy tu esclava, amor.

- Piensa: olvidar el rostro de tu padre, borrar de tus mejillas los besos de sus hermanas, huir de las dulces amigas, abandonar tu cama...

- Partamos, Cimone.

- Partir, o dulce mía, partir hacia un largo viaje, penoso, en un mar traidor, por una vía desconocida, hacia una meta desconocida. Partir sin esperanza de retorno; confiar en las olas, siempre enemigas de los amantes. Partir para ir lejos, lejos, muy lejos, a tierras inhóspitas, áridas, de inviernos eternos, donde el sol pálido se cubre de nubes, donde el hombre no ama al hombre, donde no hay jardines, no hay rosas, no hay templos...

Pero los grandes ojos negros de Parténope desprenden una luz de un amor invencible y en su voz armoniosa vibra la pasión:

- Yo te amo – dice ella – partamos.

Hace mil años que la costa embalsamada los espera. Mil primaveras han extendido en sus colinas la riqueza inacabada, renaciente de su vegetación y desde la montaña hasta el mar, se expande el lujo inmenso, fulgurante de una naturaleza maravillosa. Nacen las flores, desprenden su fragancia, mueren, para que otras más bellas dejen caer sus pétalos; millones y millones de pequeñas vidas florecen, también ellas para amar, para morir, para volver a renacer. Desde hace mil años espera el mar enamorado, desde hace mil años esperan las estrellas enamoradas. Cuando los dos amantes llegan a la costa divina, un sobresalto de alegría hace temblar la tierra, la tierra nacida del amor, que sin el amor está destinada a morir arrasada y destruida por su deseo. Parténope y Cimone llevaron el amor. Por todas partes, por doquier ellos han amado. Juntos, han llevado su amor a las colinas, desde la bellísima eternamente florida de Poggioreale, a la magnífica de Posillipo. Ellos han dirigido su rostro hacia los cráteres en llamas, comparando la pasión incandescente de la naturaleza a la pasión de sus corazones.

Ellos se han perdido por las oscuras cuevas que vuelven temible la playa Platamonia. Ellos han vagado por los valles profundos que desde las colinas bajaban al mar. Han recorrido la extensa orilla, la línea sutil que separa el mar de la tierra. Han amado en todas partes; en las estrelladas noches de verano, Parténope se ha tumbado sobre la arena de la playa, fijando su mirada hacia el cielo, acariciando con su mano la cabellera de Cimone que está a su lado. En los claros amaneceres de primavera, han recogido en su espléndido jardín, flores y besos, besos y flores infinitos, en los atardeceres de púrpura del invierno, conservan una sonrisa sin tristeza, aun anhelando la joven primavera. La planta centenaria ha prestado su sombra benévola a tanta juventud. La retorcida piedra marrón de los Campos Flégreos, no ha dañado el pie gentil de Parténope. El mar ha sido bueno y les ha cantado una canción de amor. La naturaleza leal no les ha tendido emboscadas. En los horizontes azules se ha delineado el bello perfil de la muchacha, el perfil enérgico del joven. Cuando ellos se han inclinado y han besado la tierra bendita, cuando han alzado su mirada al cielo, un pálpito les ha respondido y entre el hombre y la naturaleza se ha confirmado el profundo e invencible amor que les une. Nápoles, la ciudad de la juventud, esperaba a Parténope y Cimone; rica pero solitaria, rica pero mortal, rica pero sin temblores. Parténope y Cimone han creado la Nápoles inmortal.

Si bien el destino no se ha cumplido aún. El amor de Parténope tiene un fin más alto. Así, desde Grecia llegaron, por el amor de ella, el padre y las hermanas, amigos y parientes que vinieron en su busca. Así, desde el lejano Egipto, hasta Fenicia, corre la voz misteriosa de una plaga feliz, que ha descubierto una virgen, una plaga feliz, donde en la bella fiesta de las flores y de los frutos, en la dulzura perfumada del aire, transcurre plácida la vida.

En las frágiles embarcaciones acuden colonias de pueblos lejanos que traen consigo a sus hijos, las imágenes de los dioses y sus pertenencias. Junto a la cabaña del pastor, se erige la del pescador, el rudo y primitivo arte de la agricultura, las industrias manuales recién nacidas, cumplen con fervor su trabajo.

Primero la aldea se eleva en la altura, y poco a poco alcanza la llanura. Una colina se une a otra, y la segunda aldea se une a

la primera. Las calles se trazan, la construcción de las murallas a la que contribuyen todos encierra en su círculo toda una ciudad. Todo esto lo ha hecho Parténope. Ella quiso la ciudad. Ya no es una muchacha, ahora ya es una mujer completa y perfecta madre. De su fuerte seno doce hijos han visto la luz, su fuerte corazón ha sido el consejero, la guía, el viento propiciador. Ella es la mujer por excelencia, la madre del pueblo, la reina humana y clemente, a ella se apelan la ciudad, la ley, las costumbres, el constante ejemplo de fe y de piedad.

Dos templos se erigen dedicados a diosas, invocadoras y protectoras de la ciudad: Ceres y Venus. Allí se reza, allí, desde sus columnas sube al cielo el humo del olíbano. Reina una paz constante y profunda en el pueblo donde reina Parténope, y el trabajo operoso del hombre, no es más que una afectuosa invitación a la naturaleza benévola. La más bella de las civilizaciones, la del espíritu enamorado; el más grande de los sentimientos, el del arte. La fusión de la armonía física con la armonía moral. El amor eficaz, férvido y omnipresente. Es el ambiente vital de la nueva ciudad. Cuando Parténope se sienta sobre la roca del monte Echia, cuando ella fija su mirada en el Tirreno, más fiel que el Jónico, su alma se abstrae en un pensamiento. La región desconocida se ha logrado, el admirable, el indefinible ya se ha creado, es real, es obra suya. Y mientras su fantasía se expande en un sueño sin fronteras, Parténope siente que su espíritu se engrandece y en pie, le parece tocar el cielo con la cabeza, abrazar el mundo en una inmensa unión.

Si preguntáis a un historiador, queridos y amables lectores, os responderá que la tumba de la bella Parténope está en lo alto de San Juan Mayor, donde entonces el mar lamía los pies de la montaña. Otro os dirá que la tumba de Parténope está en los altos de Sant' Aniello⁴, hacia el campo, debajo de Capodimonte. Y bien, yo os digo que no es cierto. Parténope no tiene una tumba, Parténope no ha muerto. Ella vive desde hace cinco mil años, espléndida, joven y bella. Ella aún corre por las lomas, ella vaga por la playa, ella se asoma al volcán, ella se pierde por los

⁴ Sant' Aniello o Sant' Agnello es un santo partenopeo y copatrono junto a San Jenaro de la ciudad de Nápoles, cuya conmemoración litúrgica se celebra el 14 de diciembre. Sus reliquias se encuentran en la Catedral de Nápoles.

valles. Es ella la que hace que nuestra ciudad resplandezca ebria de luz y de colores. Ella es quién hace brillar las estrellas en las noches serenas. Ella es quien hace irresistible el aroma del naranjo. Ella es quien hace que el mar se vuelva fosforescente. Cuando en los días de abril, un aura caliente nos inunda de bienestar, es su aliento suave. Cuando en la lejanía verde del bosque de Capodimonte vemos aparecer una sombra blanca unida a otra sombra, es ella con su amante. Cuando sentimos en el aire el sonido de palabras enamoradas, es su voz la que las pronuncia. Cuando un rumor de besos, vago, sumiso, nos sobresalta, son sus besos. Cuando el susurro de los ropajes nos hacer estremecer, al recordar el pasado, es su túnica que se arrastra por la arena, es su pie ligero que sobrevuela. Cuando de lejos nosotros mismos sentimos abrasar la llama de una tremenda erupción, es su fuego que nos quema. Es ella la que hace retozar la ciudad. Es ella quien la hace retorcerse de pasión en los días violentos de agosto. Parténope, la virgen, la mujer, no muere, no tiene tumba, es inmortal, es el amor, Nápoles es la ciudad del amor.

* * *

2. VIRGILIO MAGO

Hoy, Domingo de Ramos, Cristo entra en Jerusalén llevando en la mano el ramo de la paz. Hoy, estimado lector, se hace la paz. Hay quien ha discutido con un amigo y quien con su enamorada. Hay quien se ha enfadado con una persona cualquiera, quien lo ha hecho con alguien al que odia, quien lo ha hecho con la persona que más ama. En la oficina el empleado se ha enfadado con su jefe, el marido con su mujer, el artista ha lanzado improperios al arte, el escritor se ha peleado con la forma, el portero ha discutido con el dueño de la casa. Todos están enfadados con alguien. Pero hoy con una pequeña hoja, un pequeño ramo de olivo, la paz nace.

Yo también me he peleado con una persona muy querida, mientras he continuado a amarla totalmente, en lo más profundo de mi corazón, mientras su ausencia ha hecho que mi casa se volviera triste y desierta, mientras la falta de su aliento suave ha hecho que cuanto he escrito, fuera seco y áspero como la piedra pómez.

Esta querida persona, la poesía, hace tiempo que no quiere saber nada de mí, si bien yo la deseo ardientemente y por orgullo callo. Hoy que el orgullo se aplaca en una infinita ternura quiero intentar hacer las paces con la poesía, mandándole una hojita de olivo.

Después de Parténope, mito y mujer, virgen y sirena, mezcla singular de fantasía, de ideal, de humano y de divino, a quien Nápoles debe su origen poético; después de la poesía de Parténope, la semidiosa, creadora, surge la poesía de Virgilio, creador, el semidiós.

Conocemos a Virgilio, el poeta de las Églogas, de las Geórgicas y de la Eneida; conocemos a Virgilio, el gran maestro de Dante, pero poco sabemos del Virgilio Mago, que ha regalado los milagros de su mágico poder a la ciudad elegida entre todas. Nosotros somos ingratos hacia el que exclama:

Ille Virgilium me tempore dulcis alebat Parthenope...

Y sin embargo muchas cosas que nos divierten y nos deleitan a los modernos y nos encadenan en la indolente admiración de esta bella y ociosa ciudad, la crónica la atribuye a la magia de Virgilio. La crónica es ingenua, simple y en buena fe. La crónica hará reír a los escépticos puesto que ellos ya no tienen el consuelo de la risa. La crónica parecerá una tontería y más cosas. Pero el oscuro traductor y comentarista de la crónica disfruta especialmente con estas injurias y burlas.

Escuchad por tanto lo que la crónica dice.

Virgilio venía de lejos, del norte quizás, del cielo seguramente. Él era joven, bello, alto en estatura, de torso rígido, pero caminaba con la cabeza gacha y murmurando ciertas frases, en un lenguaje extraño que nadie podía comprender. Él vivía a orillas del mar, donde se curva la colina de Posillipo, pero vagaba cada día por los campos desde Baia a Cuma. Él vagaba por las colinas que rodean Parténope, mirando fijamente por la noche las estrellas brillantes y hablando con ellas su singular lenguaje. Él vagaba a las orillas del mar por la Platamonia, escuchando la armonía de las olas, casi como si le estuvieran diciendo solo a él palabras misteriosas. Por ello le consideraron Mago y muchos fueron los milagros de su magia. Por aquél entonces Parténope era molestada por una gran cantidad de moscas, moscas que se multiplicaban en gran número y causaban tantas incomodidades que ahuyentaban a los tranquilos y felices habitantes. Virgilio para remediar tan grave inconveniente, mandó hacer una mosca de oro, exactamente como él dijo, y una vez hecha, le insufló vida con sus palabras. Esta mosca salió volando por los aires y cada mosca verdadera que encontraba la eliminaba. Así, en poco tiempo fueron destruidas todas las moscas que afligían la bella ciudad de Parténope.

Otro milagro fue este: los numerosos pantanos que había en la ciudad eran dañinos porque los miasmas que exhalaban viciaban el aire produciendo fiebres, pestilencias y otras muertes, porque además estaban infestadas de peligrosas sanguijuelas. Virgilio secó los pantanos y se construyeron casas y jardines, y el aire se convirtió en el más puro que se hubiese

respirado nunca. Así, aprovechando su poder infinito, un día subió a una colina e invocó a los vientos para que le obedecieran y ordenó al viento Favonio, que soplaba en la ciudad en el mes de abril y con su calor quemaba las plantas y las flores, que cambiara de dirección. Y la flora primaveral creció más bella y más abundante.

Allí abajo, en el barrio que nosotros los modernos llamamos Pendino, anidaba una serpiente impresionante, que era el terror de todos los hombres, pues ya había mordido y estrangulado a niños y muchachas, y cuando intentaban combatirla, ésta desaparecía rápidamente en las vísceras de la tierra, para volver a reaparecer más peligrosa que nunca.

Se pidió ayuda a Virgilio, quien se acercó solo, rehusando cualquier compañía, al lugar donde anidaba la serpiente y con sus fórmulas mágicas la domó y la eliminó de inmediato. Es más, hay que subrayar que, si bien la ciudad se erigía sobre otra ciudad, negra e insalubre, hecha de cuevas, subterráneos y cloacas, donde podían criarse símiles reptiles, desde aquel entonces hasta hoy día, no se volvieron a ver.

Cuando una enfermedad muy grave sacudió la raza de los caballos, Virgilio mandó fundir un gran caballo de bronce al que le transmitió su poder mágico. Cada caballo que daba tres vueltas alrededor del caballo de bronce sanaba milagrosamente, no sin la oposición de herreros y de empíricos que se veían superados y desacreditados. Ciertos pescadores de la playa napolitana y más concretamente los que vivían en la calle, llamada con posterioridad Porta di Massa, acudieron a Virgilio, lamentándose por la escasez de la pesca y pidiéndole un milagro.

Virgilio quiso contentarlos y en una gran piedra hizo esculpir un pequeño pez, recitó sus conjuros y una vez plantada la piedra en ese punto, el mar comenzó a dar innumerables peces.

Virgilio hizo poner en las puertas de Parténope, hacia las calles de la Campania, dos cabezas encantadas, una que sonreía y otra que lloraba, de manera que quien pasaba bajo la puerta de la cabeza que reía, sería de buen augurio para sus negocios y al contrario para quien pasaba por la puerta de la cabeza que lloraba. Fue Virgilio quien en pocas noches mandó realizar a unos seres sobrenaturales la cueva de Pozzuoli para facilitar el

viaje a los habitantes de aquellos pueblos que venían a la ciudad. Fue Virgilio quien, por su virtud mágica, hizo plantar un huerto de hierbas medicinales para las heridas y óptimas como condimento para las comidas. Fue Virgilio quien enseñó a los jóvenes los juegos de las granadas y de las *piastrelle*⁵ que no se conocían. Fue Virgilio quien de noche encantó las aguas que provenían de la playa Platamonia y la playa de Pozzuoli, dándoles una fuerza singular para curar cualquier enfermedad. Fue Virgilio quien aplicando ciertos remedios suyos y pronunciando los conjuros sanó a muchos enfermos. Fue Virgilio quien queriendo salvar a la compañera de su discípulo Alvino, desveló el misterio de la Cueva de la Sibila de Cumas donde los sacerdotes engañaban al pueblo con respuestas falsos, producidos por una natural combinación de sonidos.

La crónica añade que Virgilio el mago fue amado, respetado, idolatrado casi como un Dios, puesto que nunca jamás utilizó su magia con fines de malignos, si bien siempre lo hizo en beneficio de la ciudad y del hombre. La crónica no dice, cuándo y dónde murió Virgilio. Muchos creyeron en su inmortalidad, otros en su muerte en la colina cerca de Avellino llamada Montevergine, donde vivía encerrado estudiando y se había hecho muy anciano. De todos modos, los habitantes de Parténope le construyeron un gran monumento que después fue destruido, que se eleva en la desembocadura de la cueva siendo un sencillito palomar. Pero no tuvieron ninguna seguridad del lugar o el modo o el momento de su muerte.

Y bien, con anterioridad he cometido un error diciendo que nosotros no conocíamos a Virgilio el mago. Solo hay un Virgilio, el que la fabulosa crónica describe en las sombras de la magia, es justo el poeta. En verdad él ha tenido solo una magia: la grandiosa poesía de su espíritu. Para la crónica es el poeta. El poeta con sus largas peregrinaciones, por aquella terrible, bella y destrozada campiña de los Campos Flégreos, donde él imaginaba el lago Averno y el río Estigia, con sus largas peregrinaciones por la Campania Antigua, donde él ha adquirido

⁵ *Piastrelle*: el juego de las baldosas es un juego tradicional que existe en toda Europa que consiste en lanzar unas pequeñas piezas regulares (piedras planas, ladrillos o baldosas).

el profundo amor por la naturaleza, el amor por los campos fértiles que se extienden hacia el infinito bajo el sol, por los verdes prados, donde pasta tranquilamente el buey de grandes ojos en los que se refleja el cielo, el amor por los bosques oscuros y silenciosos donde el alma se calma si se duerme en la paz, el amor por las colinas soleadas, donde los vientos libres hacen ondear toda la vegetación de flores, el amor por el pájaro que canta y vuela lejos, por el insecto dorado que zumba, por la hoja que se lleva el torbellino, por la fuerte encina que nada logra sacudir. Ese amor profundo por la naturaleza que es el sentimiento más alto de su poema es la magia por la que aún nos embruja, que es – con una palabra demasiado moderna, pero verdadera- la nostalgia de su corazón, que le hace exclamar: *fortunatos agricolos*, que da a su descripción tanto color, tanta luz y tanta vida.

Es el poeta que busca e interroga a todos los rincones oscuros de la naturaleza. Es el poeta que habla a las estrellas parpadeantes de rayos en las noches de verano. Es el poeta que escucha el ritmo del mar, como si fuese la métrica por la que su verso se rige. Es el poeta que conoce la virtud de los sencillos, que ha descubierto ciertas leyes naturales, desconocidas para todos. Es el poeta cívico que asesina a las bestias, hace secar los pantanos y hace construir allí palacios y jardines. Es el poeta que enseña a los jóvenes los juegos que sirven para fortalecer el cuerpo y serenar el alma. Es él sublime, fantástico el que establece el augurio de la buena y de la mala suerte. Es él quien como fuerte imán atrae hacia sí el amor, la sumisión, el respeto. Solo él es el bueno, el verdadero, el sabio. Virgilio Mago es Virgilio poeta. Y nada se sabe de su muerte. Como Parténope, la mujer, ella desapareció. El poeta no muere.

* * *

3. EL MAR

Errando estáis lejos de aquí, alma septentrional y vagabunda, y las brumas en las que vuestro melancólico ojo se fija, os rodean de un ambiente monótono y triste donde se aplaca cualquier agitación. Pero en las tranquilas divagaciones, donde vuestro espíritu amargado se alivia, en la sonriente nostalgia que se difunde en lo que escribís, yo veo de vez en cuando una alegre exclamación.

No habéis olvidado nuestro mar, nuestro bello mar de Nápoles. Aparece y desaparece ante vuestros ojos una rápida visión azul, un sonido suave, casi confuso y huidizo, os embelesa el oído; una fragancia sutil como un recuerdo lejano, os dilata la nariz. No habéis olvidado mi hermoso golfo. Leo lo que escribís, sin embargo, adivino lo que pensáis. Debéis sufrir una secreta nostalgia, que no os atrevéis a confesar, desterrado voluntario. Y como el eco doloroso reverbera en mi fiel y fuerte corazón de amiga, así responderé a lo que escondéis, en lugar de lo que manifestáis, y os narraré, no la historia, sino la leyenda de mi poético golfo.

Todos saben que Dios, generoso, misericordioso y magnífico Señor, ha mirado con especial predilección a la ciudad de Nápoles. Para ella ha tenido las caricias de un padre y de un enamorado; le ha prodigado los dones más ricos, más espléndidos que se puedan imaginar. Le ha regalado el cielo risueño y abierto, raramente turbado por las nubes, que son esos pensamientos funestos que se deshacen en lágrimas; el aire ligero, benefactor y vivo que nunca es demasiado fuerte, demasiado cortante; las colinas verdes, manchadas por casas blancas y amarillas, separadas por jardines siempre floridos; el volcán ardiente y apasionado; los hombres bellos, buenos, indolentes artistas y enamorados; las mujeres atractivas, morenas, amables y virtuosas; los muchachos de cabellos rizados, de grandes ojos negros e inteligentes. Después para corroborar tanta hermosura, le ha donado el mar. Pero añadimos que el Señor Dios, dándole el

mar, ha sabido lo que hacía. Él sabía bien lo que serían, lo que querrían los napolitanos, y al darles la felicidad del mar, pensó en la felicidad de cada uno de ellos. Este inmenso don es sabio, es profundo, es característico. Cada necesidad, cada inclinación, cada pensamiento, cada fibra, cada fantasía, encuentra su rincón donde aliviarse: su pequeño mar en el gran mar.

Del pasado, del antiguo pasado es el mar del Carmine. Poco distante de la playa, está la antigua *Porta di mare*⁶, que lleva a la plaza; en esta plaza famosa históricamente se eleva el oscuro campanario con sus cuatro pequeñas ventanas, que hacen que parezca el juguete grandioso de un niño gigante; las casitas que lo rodean son bajas, míseras, con pequeñas ventanas, habitadas por gente menuda. El mar del Carmine está oscuro, siempre agitado y continuamente atormentado. En la playa medio desierta no hay ningún pescador. Se perfilan aquí y allá las líneas curvas de una quilla; la barca boca abajo se seca al sol. Un guardia de adunadas que se ha cubierto con la capucha para repararse del viento que sopla con fuerza, pasea delante de su garita. Cerca de la orilla una barcaza negra, se mantiene en equilibrio con dificultad; desde el puente, unas tablas sirven de comunicación con la tierra; van y vienen mozos encorvados bajo ladrillos rojos que descargan en la orilla. Pero no se canta, ni se grita. El mar del Carmine era el antiguo puerto de Parténope, donde arribaban las galeras fenicias, griegas y romanas, pero no era un puerto seguro pues ha visto hechos sangrientos y fiestas populares. Es un mar histórico, poético y triste. En la plaza adyacente diez, veinte veces se ha decidido el destino del pueblo napolitano. Sus olas melancólicas han murmurado mucho tiempo: Corradino, Corradino. Las olas tempestuosas, han rugido mucho tiempo: Masaniello, Masaniello. Es el mar grandioso y triste de los antiguos, que turba las pequeñas conciencias de los modernos. La sola voz del mar rompe el silencio que reina allí y algún espíritu valiente, solitario y meditabundo pasea, curvando la cabeza bajo el peso de los recuerdos, fijando la vista en la vida de los que fueron.

⁶ *Porta di mare*, es una antigua puerta meridional que en tiempos de los griegos que por su cercanía al mar fue llamada puerta de mar. Con posterioridad, con la ampliación de las murallas, se pasó a llamar *Porta Nova*.

Pero la gente bulle y la vida bulle en el mar del Molo. No es playa, es puerto quieto y profundo. El agua no tiene olas, apenas se agita. Es negra, de carbón, de un negro uniforme y apagado, donde nada se refleja. En la superficie flotan pedazos de madera, trozos de cables, zapatillas deformadas y ratones muertos. En el puerto mercantil, se estrechan unos contra otros, las barcazas, las goletas, los bergantines de trigo, de harina, de carbón, de añil; entre ellos no hay más que una línea de agua sucia.

En la acera una grúa eleva en el aire su único brazo de hierro, que asciende y desciende con el rechinar de una lima. Hombres negros por el sol, por el cansancio y por el humo, van, vienen y descienden. El aire apesta a alquitrán. En el muelle nuevo, en el embarcadero, están clavados los cañones alrededor de los cuales se retuercen gruesos cabos, que dan una seguridad mayor a los barcos de vapor, anclados en la rada. A la derecha está el puerto militar, el mismo mar mustio y sucio, donde permanecen inmóviles los acorazados. Por todas partes barquitas que desfilan, balsas lentas, embarcaciones pesadas; las voces se llaman, se responden, se entrecruzan. El sol, lo aclara todo, haciendo que su rayo rebose de polvo de carbón, átomos de algodón, limaduras de hierro, mientras que por la noche el ojo del faro vigila el Molo. El mar del Molo es el de los grandes comerciantes, los grandes banqueros, los transportistas ocupados, los marineros adustos, los oficiales severos que corren a sus deberes, de los viajeros de negocios que parten sin remordimientos. Para ello el Señor ha hecho el lago negro del Molo.

Del pueblo y para el pueblo es el mar de Santa Lucia. Es un mar azul oscuro, calmo y seguro. Una numerosa y bulliciosa colonia de lugareños vive en aquella orilla. Las mujeres venden el *spassatiempo*⁷, el agua sulfurosa, los pulpos cocidos en agua marina; los hombres trenzan nasas, hacen redes, pescan, fuman en pipa, guían las barcas, venden marisco, cantan y duermen. Es un paisaje encendido y vivaz. Las líneas son duras y sobresalientes; el sol ardiente rompe las piedras. Se respira un aroma mixto de alga, azufre y especias sofritas. Los niños morenos y medio

⁷ *Spassatiempo*: son cestas de mimbre con fruta seca (nueces, avellanas, castañas etc.) que se sirven después de las comidas en Navidad.

desnudos se revuelcan por la calle y se tiran al agua, salen a la superficie, sacudiendo la cabellera rizada y gritando de alegría. En la orilla una taberna muy grande, extiende sus mesas, los manteles blancos, la cristalería resplandeciente, los cubiertos de plata brillantes. Por la noche se sirven las cenas napolitanas. Ambulantes violinistas, guitarristas, flautistas improvisan conciertos, cantantes apagados se lamentan en sus melancólicas cancioncillas, cuyo ritmo es lento y suave, o cuya alegría tiene algo de ruidoso y esforzado que esconde el dolor; los mendigos murmuran sin fin su letanía; las mujeres gritan su mercancía. En verano el *vaporetto* calienta sus motores para ir a Casamicciola, los barqueros ofrecen a los viajeros en todas las lenguas, con insistencia y a voz en grito, un pasaje hasta el barco. Diez o doce casetas de baño con sus pequeños y variopintos vestuarios; las sábanas golpeadas por el poniente se secan al sol; las bañistas cubren su cabeza con un pañuelo rojo y se protegen los ojos del sol con la mano. Una multitud burguesa y provinciana llena las casetas de baño, crujen los caminos de madera. Se elevan en el aire sereno, cantos y sonidos de guitarra, trinos de organillo, los gritos de los niños, los improperios de los mozos, las vibraciones de los tranvías, los perfumes y malos olores. Resplandecen los colores rabiosos y mordientes. Arden los amaneceres que se reflejan en el mar. Brillan las tardes lentas y voluptuosas reflejadas en el mar. Se incendian los anocheceres rojizos, reflejados en un mar que parece sangre. Es el mar del pueblo, mar laborioso, fiel y fructífero, mar amante y amado, por el cual vive y con el que vive el pueblo napolitano.

Si bien a poca distancia, todo cambia de aspecto. Desde la calle ancha y desierta se ve el mar del Chiatamone. La vista se extiende por aquel vasto llano, se extiende casi hasta el infinito, puesto que la curva del horizonte parece muy lejana. Ese tramo de agua está desolado, gris. No hay nada azul y esa misma serenidad tiene algo de solitario que entristece. Las olas golpean contra la muralla de piperno⁸ con un ruido sordo y sombrío; lejos los corvejones blancos acarician las crestas espumosas. A

⁸ La roca de piperno es un tipo de roca de magma muy común en las zonas de actividad volcánica como la Campania.

la izquierda se eleva sobre la roca el castillo austero, de aristas irregulares y ventanucos con barrotes; el horroroso castillo donde tantos han sufrido y llorado; el castillo que esconde el Vesubio. Contra sus cimientos de escollo, las olas se irritan, se lanzan llenas de cólera y vuelven a caer blancas y lívidas de rabia impotente. Cuando las nubes se acumulan en el cielo y el viento tormentoso silba entre los plátanos de la villa, solo entonces la desolación es completa, es profunda. De lejos aparece una estela negra. Es una embarcación desconocida que huye hacia países desconocidos. Por la noche alguna barca misteriosa que lleva una antorcha de luz roja pasa lentamente y pone una estela roja en el latido del mar. Son los pescadores que hechizan a los peces. En aquellas aguas un joven nadador, bello y valiente, superado por las olas, ha pedido en vano ayuda y ha muerto ahogado. En una noche de invierno una muchacha desesperada tras una breve oración se ha lanzado al mar, de donde la han sacado como un horrible cadáver destrozado y magullado. Es el mar del Norte, con su tristeza y su enormidad, y sus escollos lacerados, el curso lloroso de la ola. Es el Norte con sus fantasmas, con sus nieblas. Es el mar que Dios –como dice la vieja leyenda- ha creado para los melancólicos, para los enfermos, para los nostálgicos, para los enamorados del infinito.

Sin embargo, el mar de Mergellina ríe. Ríe en la luz rosada de los días magníficos. Ríe en las suaves noches de verano cuando el rayo de luna parece compuesto de finísimos hilos de plata. Ríe en las velas blancas de sus pequeñas embarcaciones que parecen jocosos pensamientos flotando en la fantasía. En la orilla discurre una fuente con un quieto y alegre murmullo. Los muchachos y las sirvientas vienen a llenar sus jarras. Un yate elegante con atrezos finos como un encaje, con velas cándidas de bordes rojos, se acuna suavemente como una criolla indolente, lleva su nombre en letras de oro, el nombre dulce de alguna criatura celestial y rubia: Flavia. Un establecimiento balneario de casetas pequeño y aristocrático se une a la orilla a través de un pequeño sendero. Por el sendero pasan las bellas muchachas vestidas de blanco, con grandes sombreros de paja cubiertos por una primavera de flores, con las pequeñas sombrillas de colores radiantes que resplandecen al sol. Pasan

las jóvenes esposas, alegres y frescas, del brazo de sus esposos enamorados, los niños lindos, de rostros sonrientes y colorados por el sol. Y en el mar, se ríe, se bromea, un griterío entre el cómico susto y la alegría por el agua fría, y los cuerpos blancos que se deslizan entre dos olas y brazos redondos que se elevan y rostros oscuros de cabellos mojados. Es la fiesta de Mergellina, de Mergellina la sonriente, hecha para aquellos a los que la juventud alegra, a aquellos de floreciente salud, hecha para los jóvenes que esperan y que aman, hecha para aquellos para los que la vida es una guirnalda de rosas que se deshojan y renacen siempre vivas y perfumadas.

Pero el mar donde el dolor termina es el mar de Posillipo, el glauco mar que toma todos los colores, que se adorna de todas las bellezas. Cuanto el cerebro humano puede idear para imaginar el paraíso, éste lo realiza. Es la armonía del cielo, de las estrellas, de la luz, de los colores, la armonía del firmamento con la naturaleza: mar y tierra. Se deshojan las flores en la orilla, canta el agua penetrando en las cuevas, el horizonte es toda una sonrisa. Posillipo es el altísimo ideal que se desvanece en la indefinida y lejana línea del futuro. Posillipo es toda la vida, todo lo que se puede desear, todo lo que se puede querer. Posillipo es la imagen de la felicidad plena, completa, para todos los sentidos, para todas las facultades. Es la vida vibrante, impaciente, nerviosa y lenta, plácida y activa. Es el culmen de cada sueño, de cada poesía. El mar de Posillipo es lo que Dios ha hecho para los poetas, para los soñadores, para los enamorados de aquel ideal que informa y transforma la existencia.

Escuchad lo que la sacrílega leyenda le hace decir cuando el Señor nos dio nuestro hermoso golfo: oídlo alma gélida y corazón inerte. Él dijo: sé feliz por lo que te he dado y si no puedes, si el incurable dolor te destroza el alma, muere en las olas glaucas del mar.

* * *

4. LA LEYENDA DEL AMOR

En esta larga tarde de julio, un gran silencio reina alrededor, por las calles quemadas por el sol no pasa nadie y los ciudadanos duermen la pesada somnolencia del verano.

Cerca bajo la ventana, en una sartén donde el aceite oscuro hierve, estallan y se fríen pimientos verdes picantes. Lejos en una calle que atraviesa, un organillo suena un vals lánguido y melancólico. Un moscardón zumba y se golpea contra los cristales más altos de la ventana cerrada.

Nosotros estamos tristes y la sangre que sube a la cabeza, nos provoca vértigo.

Nosotros tenemos el alma de plomo y la boca amarga. Nosotros tenemos el deseo de la sombra profunda y de bebidas frías, porque en verdad nos rodea la violencia de una pasión seca y ruda, porque nos parece estar asistiendo al espasmo y oír los sollozos convulsos de la naturaleza que muere en el amor del sol.

Las calles son blancas, polvorientas y brillantes, las casas amarillas, rosas y blancas resplandecen, las colinas son espléndidas de luz, el mar brilla completamente como miles de espejos. En la cima del cráter algo arde y desprende humo y el cielo parece oscuro en su inmensa serenidad.

Todo es vívida luz, todo es intensidad de color, cada tinta se condensa. Parece que las piedras se deban romper, que las casas deban salir fuera, que las colinas quieran elevarse al cielo, que el mar quiera volverse metal líquido y que la montaña quiera eructar lava de fuego, pero todo permanece inmóvil, sombrío y grave.

Es por el amor: ciertamente sabéis que todas las cosas en Nápoles, desde las piedras hasta el cielo, están enamoradas.

¿No conocéis la historia de los cuatro hermanos? Yo os la contaré.

Una vez, en el tiempo de los tiempos, había cuatro hermanos que se profesaban un amor cordial y no se separaban el uno del otro. Eran bellos, jóvenes, frescos, fornidos y sobre sus cabezas eran comunes las coronas de rosas. Cada uno de ellos estaba enamorado secretamente de una muchacha, pero no se confiaron su nombre. La mala suerte reunió el amor de los cuatro hermanos por la misma sola mujer.

Ella no amaba a ninguno de ellos. Una cruenta guerra habría nacido entre ellos y se habría esparcido sangre fraterna si ella una noche no hubiera desaparecido para siempre. Pero ellos, pacientes y enamorados, la esperan desde hace miles de años: se han transformado en cuatro colinas amenas y floridas, que han tomado su nombre llamándose Poggioreale, Capodimonte, San Martino y Vomero y uno junto a otro, inmóviles enamorados esperan el regreso de aquella a quien aman.

Florece las primaveras en sus cabezas, se enciende el verano, llora el otoño, se vuelve sombría la negra estación. Y los cerros no se cansan de esperar.

Más el amor de la bella ausente es escaso, comparado con el amor por una bella siempre presente y cruel.

¿Sabéis la segunda historia?

Había una vez un joven amable y agraciado, en cuyo rostro se reflejaba la alegre sonrisa de un alma inocente y el melancólico reflejo de un corazón sensible. Él era al mismo tiempo divertido sin alboroto y serio sin dureza. Todo el que lo veía, lo amaba y la gente acudía a él como al amigo, para entretenerse en su compañía. Pero el apuesto joven fue muy infeliz, muy infeliz. Le entró en el alma un amor ardiente cuya llama que se elevaba hasta el cielo, no sirvió para encender el corazón de la mujer a la que amaba. Era ella una mujer de campo, al que se le había concedido el don de la belleza física, pero al que se le había negado el de la belleza de espíritu. Ella era una de esas mujeres encantadoras, frías y malvadas que no pueden ni disfrutar ni sufrir. Parecen hechas de piedra, de una piedra pulida, dura y glaciada, de las que se rompen en mil pedazos, pero no se reblandecen, caen fulminadas sin agonizar. Así era Nisida, aquella a la que el apuesto joven amaba en vano, pues nada

servió para conquistarla. Entonces él, que se llamaba Posillipo, amando inútilmente a la hermosa mujer que vivía justo en frente, para huir de aquella visión que era su tormento y su seducción, decidió lanzarse al mar y terminar así con su mísera vida. Sin embargo, los Hados decidieron otra cosa y como el joven quedó en el agua, quisieron convertirlo a él en una colina bañada por el mar, y a ella, en un escollo que se encuentra justo en frente. Posillipo es un maravilloso promontorio al que acuden los jóvenes gozosos para divertirse. Nisida está destinada a albergar a los homicidas y ladrones que los hombres condenan a la reclusión perpetua. Este es el eterno premio, este es el eterno castigo.

Y existe también el amor que es un prodigioso deslumbramiento, un espejismo fatal, la ceguera de quien, atrevido y loco, ha querido mirar al sol.

Este del que ahora os narro, era un pescador hábil y afortunado y pasaba el día entero entre el anzuelo y las redes, feliz cuando la pesca era abundante, colérico cuando la tormenta enturbiaba las aguas y volvía inútiles sus esfuerzos.

Era un hombre sencillo y bueno, silencioso e ingenuo en el amor. Un día, mientras estaba sentado a la orilla y lanzaba el anzuelo a las olas, surgió desde las glaucas aguas, una Ninfa marina de cuerpo blanco y provocador, de cabellos largos y rubios mecidos por el viento, con una mirada verde y limpia como el cristal. Ella cantaba suavemente y sus dedos cándidos volaban sobre la cítara. Era tan placentero y seductor su canto que el pobre pescador sintió que el corazón se le encogía no teniendo más deseos que alcanzar a la sirena y morir.

Tres veces salió a flote, tres veces desapareció en el mar, afortunado fue, si pudo con la muerte pagar tan infinito gozo.

El lugar donde él se precipitó al mar fue llamado, tomando su nombre, Mergellina, y se cuenta que aún hoy, en las brillantes noches de verano, aparece la sirena.

Después está la triste historia del amor infeliz que es combatido y vencido por la muerte. Un historia ingenua como todas las demás. Esta es la de un rico señor llamado Sebeto que vivía en el campo cerca de Nápoles, en un palacio todo de mármol. Él por amor había tomado como esposa a una mujer

llamada Megara, que le correspondía con igual ternura. Él cuidaba a su mujer por encima de todas las cosas y le ofrecía todas sus riquezas. Un día ella quiso ir a disfrutar del golfo de Nápoles en una embarcación. Hacia la orilla Platamonia donde el mar está siempre embravecido, mientras los marineros luchaban contra el viento, la embarcación volcó y Megara se ahogó, convirtiéndose en una roca. Tras esta terrible noticia a Sebeto se le rompió el corazón y durante mucho tiempo lloró lágrimas amargas de modo que toda su vida se deshizo en agua, y se lanzó al mar, donde Megara había muerto.

Y todas las fuentes de Nápoles son lágrimas. La de Monteoliveto está formada por las lágrimas de una monja pía que lloró sin fin por la Pasión de Cristo. La de Serpi son las lágrimas de Belluccia, una fiel sirvienta enamorada de su señor. La de los Specchi contiene las lágrimas de Corbussone, un cocinero de Corte loco de amor por la reina para la que cocinaba. La de Leone es el llanto de un príncipe napolitano, que conservaba como único y buen amigo a un león, que murió míseramente. Y la fuente Medina contiene las lágrimas de Neptuno enamorado de una bella estatua a la que no consiguió dar vida.

Más la pasión está en la última historia que escucharéis.

Aquí se habla de un noble señor, perteneciente a uno de los primeros *Seggi*⁹ de nuestra ciudad y que se enamoró perdidamente de una muchacha de una familia rival. El caballero era de carácter violento, de temperamento fogoso, predispuesto al resentimiento y a la ira. Sin embargo, para obtener a la mujer que amaba, estaba dispuesto a volverse humilde como un pobrecito al que le falta el pan. Pero el amor de los dos jóvenes, en lugar de disminuir y aliviar la cólera existente, sirvió para avivarla y a pesar de las plegarias e intercesiones que se sucedieron, la noble familia Capri no consintió el matrimonio. Es más, para encontrar remedio al amor

⁹ I *Seggi*, *Sedili* o *Piazze* de Nápoles eran instituciones administrativas activas desde el siglo XIII al siglo XIX, presididas por representantes, llamados *Eletti*, que tenían la finalidad de salvaguardar los bienes comunes de la ciudad. Los *Seggi* eran 6 en total, 5 pertenecían a la aristocracia y el sexto representaba a la población.

de la pareja, se decidió embarcar a la joven hacia una localidad lejana. Pero ella que sentía que su corazón se desgarraba al alejarse de su amado, en cuanto llegó al puerto, se arrodilló y tras pronunciar una breve oración, se lanzó a las olas del mar, de la que salió una isla azul y verde. Mas no se aplacaba el amor en el corazón del noble Vesubio, pues éste era el nombre del caballero, y la ira hervía en su cuerpo. Cuando supo la cruel noticia, comenzó a arrojar cálidos suspiros y lágrimas de fuego, señal de la pasión interior que lo agitaba y tanto se creció que se convirtió en un monte en cuyas vísceras arde un fuego de amor eterno. Así él está frente a su amada Capri y no la puede alcanzar, tiembla de amor, se enciende, se cubre de humo y el fuego rebosa en una lava fulgurante.

Oh, almas dolientes; oh, almas desconsoladas; vosotras que por amor lleváis en el corazón siete espadas de dolor, no os sonría la esperanza de curación aquí.

Aquí aman incluso las piedras. Los hombres sanos enferman de amor y los enfermos mueren por él.

* * *

5. EL PALACIO DE DOÑA ANNA¹⁰

El gris palacio se erige en el mar. No se encuentra en ruinas, pero nunca se terminó. No cae y no caerá puesto que la fuerte brisa marina solidifica y oscurece las murallas, puesto que la ola del mar no es pérfida como la de los lagos y de los ríos, asalta pero no corroe. Las ventanas altas y anchas, sin cristales, parecen ojos sin pensamiento; en las puertas donde han desaparecido los escalones de la entrada, penetra bromeando y riendo el agua, incrusta en la piedra sus conchas, llena de arena los patios, dejando la verde y brillante plantación de sus algas. Por la noche, el palacio se vuelve negro, intensamente negro. El cielo se despeja en lo alto, brillan las altas y bellas estrellas, el mar de Posillipo se vuelve fosforescente, desde las villas perdidas en los bosques llegan los cánticos melancólicos de amor y las notas monótonas de la mandolina. El palacio permanece sombrío y bajo sus bóvedas, el estruendo de las olas. De vez en cuando parece verse pasar lentamente en sus salas una lucecita y sombras fantásticas dibujarse en el hueco de las ventanas; mas no dan miedo. Quizás sean solo vulgares ladrones que han encontrado allí un buen refugio, pero nuestra espléndida pobreza no los teme. Quizás sean mendigos que encontraron un techo, pero nosotros, ricos de corazón y de mente, bajamos de nuestra altura para compadecernos de ellos. Y quizás sean

¹⁰ El *Palazzo Donn'Anna*, situado al inicio de la calle Posillipo, es un palacio monumental del siglo XVII, uno de los más célebres de la ciudad de Nápoles. Los orígenes del palacio se remontan a finales del siglo XVII, cuando fue construido por voluntad de Anna Carafa, consorte del virrey Ramiro Núñez de Guzmán, duque de Medina de las Torres. La obra fue encargada al arquitecto Cosimo Fanzago quien no consiguió completar la obra debido a la prematura muerte de doña Anna, producida en un contexto de insurgencia popular a causa de la caída temporal del virreinato español, con la consiguiente huida del virrey a Madrid.

fantasmas y nosotros sonreímos y deseamos que sea así. Nosotros amamos a los fantasmas. Nosotros vivimos con ellos. Nosotros soñamos por ellos. Nosotros moriremos por ellos, con el deseo de vagar como ellos por el mar, por las colinas, por las rocas, por las iglesias oscuras y húmedas, por los cementerios floridos, por los salones frescos, donde ha vivido el Medioevo.

Fue una noche en la que las ventanas resplandecían de una luz viva, en torno del palacio se mecían en el mar las embarcaciones de recreo, adornadas con terciopelos bañados por el agua, vagamente iluminadas por farolitos de colores, coronadas con flores en la popa. Los barqueros se pavoneaban en sus ricas libreas. Toda la nobleza napolitana, toda la nobleza española acudía a una de las magníficas fiestas que la altiva Doña Anna Carafa, esposa del duque de Medina Coeli, daba en su palacio de Posillipo. En los salones iban y venían, los sirvientes, los pajes de color rosa y gris, los mayordomos con sus collares de oro y los bastones de ébano. Continuamente llegaban bellas señoras con colas de brocados, grandes collares de encaje, donde como un pistilo en flor se erguía la hermosa cabeza con collares de perlas, brillantes que caían sobre los bustos entallados y seductores. Venían acompañadas por maridos, por hermanos y las más atrevidas, solo por amantes. En el umbral de la gran sala, con su lujoso vestido rojo, tejido con hilo de plata y con una leve sonrisa en su boca, cuyo labio inferior sobresalía cual gesto despectivo, inclinando apenas su altiva cabeza a las mujeres, ofreciendo el besamanos a los caballeros grandes de España de primera clase como ella, allí estaba ella, Doña Anna de Medina Coeli.

El ojo gris, con destellos de acero, similar al de un águila, revelaba la completa satisfacción de aquella alma llena de orgullo. Ella disfrutaba, disfrutaba sin fin al recibir todos los homenajes, todas las reverencias, todos los halagos. Ella era la más noble, la más poderosa, la más rica, la más respetada, la más temida. Ella duquesa, ella señora, ella reina poderosa y hermosa. Oh, podía subir gloriosamente dos escalones, que hacían que su sillón pareciese un trono, podría elevar la cabeza al cálido aliento de la ambición satisfecha que recibía en su rostro. Las damas se sentaban alrededor de ella, formando un

círculo, todas menores que ella. Ella era sola, única, la más grande.

En el fondo de la gran sala se había montado un pequeño teatro destinado a un espectáculo. Toda esa selecta multitud de invitados debía primero asistir a la representación de una comedia y a la de una danza morisca que después se entrecruzarían en los salones durante toda la noche. Pero el gran atractivo de la representación era que los actores, debido a una moda que venía de Francia, pertenecían a la nobleza. Doña Anna Carafa de Medina despreciaba las ligeras costumbres francesas que corrompían la rígida corte española, pero como le gustaba indagar en los corazones y apreciaba el favor popular, sabía que esas costumbres poco rígidas, gustaban y eran aceptadas con entusiasmo. Solo por este motivo ella había consentido que Doña Mercedes de las Torres, su sobrina española, participase en una parte de la representación. Doña Mercedes, joven, morena, de grandes ojos felinos, de cabello negro, cuyas trenzas formaban en su cabeza un yelmo, era una española de verdad. En la comedia ella representaba la parte de la esclava enamorada de su señor; una esclava que lo sigue por doquier y lo sirve fielmente incluso para ejercer de casamentera, hasta morir por él por la puñalada recibida de manos de un padre cruel. Ella recitaba con tal entusiasmo, con tal pasión que toda la sala se conmovió, ante el desventurado y no correspondido amor de la esclava Mirza. Todos se conmovieron salvo Gaetano de Casapesenna que recitaba el papel del caballero y él, frío, indiferente, inconsciente, permanecía fiel a la personalidad que representaba. Solo al final de la comedia, cuando la desventurada Mirza, herida de muerte, se despedía con palabras de afecto de quien fue su vida y su muerte, entonces, descubre finalmente la verdad como una tenue luz meridiana, rendido de amor, se arrodilla ante el cuerpo de la pobre moribunda y cubre de besos su rostro pálido agonizante.

En verdad él fue tan fogoso en su impulso, su voz resultaba tan patética y llena de dolor, tan desordenados sus gestos que verdaderamente pareció superar a cualquier actor verdadero y pareció que la verdad espolease su alma, hasta el punto de que toda la sala estalló en un gran aplauso.

Sola en su trono, entre sus joyas, bajo su corona ducal, Doña Anna palidecía mortalmente y se mordía los labios. Ya no era la más amada.

Las dos mujeres se encontraban en los salones del palacio Medina. Se miraban. Doña Mercedes turbada por los celos, con los ojos negros que escondían fuego, pálida y soportando un freno que su alma libre aborrecía; Doña Anna, pálida por el odio, muda en su cólera, se miraban, impasible y fría Doña Anna, agitada y febril Doña Mercedes. Intercambiaban escasas y altivas palabras. Pero si los celos estallaban de manera irresistible, las injurias se escapaban de sus labios:

- Las mujeres de España son las primeras que se entregan a un amante – decía Doña Anna, con su voz dura y grave.

- Las mujeres de Nápoles presumen del número de amantes – respondía vivamente Doña Mercedes.

- Usted es la amante de Gaetano Casapesenna, Doña Mercedes.

- Usted lo fue, Doña Anna.

- Usted olvidó toda vergüenza, todo el pudor, mostrando su amor como un espectáculo, Doña Mercedes.

- Usted traicionó al duque de Medina Coeli, mi noble tío, Doña Anna Carafa.

- Usted ama aún a Gaetano Casapesenna.

- También usted lo ama y él no la ama, Doña Anna.

Vencía la ardiente española y Doña Anna se consumía por la rabia. Pero de igual manera el odio glacial de la duquesa, que cada ataque Doña Mercedes trataba de quebrantar, atormentaba a la española. Ellas tenían en su corazón un horrible secreto. Ellas llevaban en sus vísceras la serpiente feroz de los celos. Ellas morían día a día de amor y de odio. Doña Anna escondía su agonía, pero Doña Mercedes lo manifestaba en las convulsiones de su alma y de su cuerpo. La duquesa agonizaba, sonriendo. Doña Mercedes agonizaba, llorando y arrancándose sus cabellos negros.

Hasta que de repente un día ella desapareció. Se dijo que presa de una improvisada vocación religiosa había deseado la paz de un convento. Se describió el misticismo que embriagó su alma y las eternas jornadas que pasó de rodillas ante el sagrario,

y el fervor de la oración y de las lágrimas ardientes. Sin embargo, no se dijo ni el convento, ni el país, ni el reino donde se encontraba el convento.

En vano Gaetano de Casapesenna buscó a Doña Mercedes en Italia, Francia, España, Hungría; en vano se encomendó a la Virgen de Loreto, a Santiago de Compostela; en vano lloró, rezó, suplicó.

Nunca más volvió a ver a su bella amante. Él murió joven durante una batalla, como es propio de un caballero desventurado.

Otras fiestas tuvieron lugar en el palacio Medina, otras reverencias recibió la rica y poderosa duquesa Doña Anna, sin embargo, ella permanecía sentada en su trono con el alma amargada por la bilis, con el corazón árido y solitario.

¿Son aquellos fantasmas los amantes? ¡Oh, divinos fantasmas!

¿Por qué no podemos también nosotros, como vosotros, sufrir por amor, incluso después de la muerte?

* * *

6. LA BARCA FANTASMA

¿Tú los conoces? ¿Tú conoces estos días fangosos y sucios, cuando el Aburrimiento inmortal tiene el color gris, el olor nauseabundo, la pesadez opresora de la niebla invernal, cuando el cielo es estúpidamente anémico, el sol es un farol medio apagado y humeante, las flores palidecen y marchitan, las frutas se pudren, las mejillas de las mujeres parecen de ceniza, la mano de los hombres parecen de corcho, la ciudad apesta de aguardiente y el campo de suero?

Es en estos días en los que la fantasía del mundo, exaltada en su fiebre, sin encontrar más pasto, sin encontrar más refrigerio, se nutre horriblemente de sí misma, ardiendo y secándose.

En estos días la poesía, la delicada y frágil muchacha, irreversiblemente enferma, languidece, ladea su cabeza y muere sin un gemido, sin un suspiro; y el arte, la robusta muchacha, golpeada mortalmente, agoniza, retorciendo sus brazos, derramando en lúgubres lamentos su desesperación.

En vano el artista intenta sumergirse en su sueño predilecto: el sueño ha desaparecido.

En vano él toca todas las cuerdas de la lira. Bajo su mano temblorosa las cuerdas se rompen, con su sonido que se prolonga en el alma como un triste presagio.

¡Oh, días, oh días, desordenados, feroces y malditos!

¿Por qué en estos días nosotros no amamos hasta morir por ello?

¿Por qué no cerramos los ojos, dejándonos arrastrar hacia un abismo sin fondo donde es tan dulcemente doloroso perder la vida?

¿Por qué no hablamos de amor hasta que la voz se agote en la garganta sedienta y la palabra se convierta en un murmullo confuso?

Ven entonces a escucharme.

Te narraré el amor.

¡A ti fantasma fugaz e inalcanzable, ser divinamente malvado, humanamente bueno, infinitamente querido, hermoso como la realidad, horrible como una ilusión, siempre lejano, siempre presente, que vives en las regiones desconocidas, que estás en mí: quimera, persona, nebulosa, nombre, idea odiosa y adorable, de la que parte y a la que regresa cada minuto de mi vida!

¿Has visto tú alguna vez la barca fantasma? ¿La has visto tú, amor mío?

... Escúchame. Yo no sé cuándo sucedió la historia que estoy a punto de narrar; no conozco el año, el día o la hora. Pero ¿qué importa? Hoy, ayer, mañana, el drama del amor es multiforme y único. Aunque el corazón lata hasta romperse bajo una túnica de lana, una coraza de acero o un traje de terciopelo, su latido acelerado no destruirá en menor medida o de manera diferente una existencia. Aunque los brazos de la amada, ceñidos por vendas sagradas, o desnudos, bajo las bandas de los brazaletes, u ocultos en los tejidos de seda, o semi escondidos en los encajes, no abrazarán con menor o diferente pasión.

¿Qué importancia tiene una cifra?

Su rostro era de ese candor cálido y vivo que se vuelve de cera con los besos. En los grandes o voluptuosos ojos de leonesa, se encendían extraños destellos dorados. Los labios arqueados estaban hechos para una sonrisa larga, profunda y consciente que pocas mujeres conocen. Las espesas y morenas trenzas se volvían de un negro azulado.

Se llamaba Tecla, un nombre duro y dulce, que en el fantasioso vocabulario de los nombres significa corazón culpable. También los nombres tienen su destino.

Cuando era joven, Teresa había ignorado el amor, orgullosa e indiferente. Desposa a Bruno. Tecla había ignorado el amor, esposa soberbia y fría. Y, aun así, había visto cómo se destruía y se consumía de amor el fuerte corazón de Bruno, un rudo y áspero corazón que nunca había amado; mas aquel aliento ardiente de pasión no había calentado su corazón, aquella voz ansiosa y apasionada no le había conmovido. El amor de Bruno había sido inútil, inútil.

Bruno lo sabía. Tecla se lo había dicho. Ella no mentía nunca. Era su esposa, sin odio, pero sin entrega. Bruno no se resignaba, no. Tecla era el dolor insufrible de su vida, el clavo corroído fijado en su mente, la hoja de la espada rota y clavada en su corazón. Tecla era la arruga de su frente, la crueldad de sus labios, la amargura de su boca, la hiel de su alma.

Habría debido morir, pero cuando se ama no se tiene el suficiente valor. Habría podido matar a Tecla, pero no lo pensaba. No se mata a una mujer virtuosa. Tecla era virtuosa, de una virtud elevada y orgullosa.

Pero a toda altivez, siempre hay otra que la supera y la vence, mientras no se llegue a lo invencible y lo inconmensurable, de esta forma ante la virtud de Tecla, sobresalió, inmenso, el amor. Fue una gran derrota, fue un gran triunfo. Por un lado, la fiereza se ahogó en la humildad, el orgullo naufragó. Aldo era singularmente hermoso, un atractivo irresistible vibraba en su voz armoniosa, sus palabras derretían como fuego líquido, su mirada dominaba, vencía, provocaba en el alma una conmoción, llena de ternura. Si todo esto no hubiese sido, para Tecla, él era siempre el Amor único. Se vieron una noche, en una sala de luces brillantes. No supieron decirse nada. Si bien, entre estos dos seres que se separan sin un saludo, sin una sonrisa, una unión indisoluble había surgido. Caminaban uno hacia el otro, teniendo inevitablemente que encontrarse.

- ¿Qué haces en la ventana, Tecla? Hace una hora que miras en la oscuridad, casi como si percibieses alguna cosa.

- Miro el mar, Bruno – respondía ella con la infinita tristeza de quien comienza a amar.

- La brisa de la noche te hace daño, Tecla. Tú estás pálida como un cadáver.

- Déjame aquí, te lo ruego.

- Tú estás triste, Tecla. ¿En qué piensas?

- Yo no pienso, Bruno.

- Dime, ¿qué te entristece?

- Nada puede entristecerme.

- Tecla, tu mano está helada y tus labios ardiendo. Tú sufres, tiembles, flaqueas...

- Muero...

Más en una noche oscura y profunda, tras veinte noches que el insomnio tormentoso asediaba su lecho de lágrimas, Tecla sintió una sacudida en todo su cuerpo, como si vibrase una poderosa llamada.

- Aquí me tienes – murmuró.

Y muda, rígida, con el caminar uniforme y continuo de una autómeta, con una largo vestido blanco que arrastraba como un sudario, con el paso rítmico que apenas rozaba el suelo, con sus largos cabellos sueltos sobre sus hombros, con los ojos abiertos de par en par en la oscuridad, atravesó la casa y salió a la terraza que daba al mar. Aldo estaba allí.

Ella fue hacia él. Estuvieron mirándose en la oscuridad. Ni una palabra, ni un respiro. El amor condensado, potente, sin miedo a crecer, los ahogaba.

¡Oh inolvidables noches hechas para el amor! ¡Oh eternamente bello golfo de Nápoles, nacido para el amor y del amor! En las noches de primavera, cuando el fermento de la tierra agita los sentidos y tienta el alma, cuando en el aire el perfume de las flores es exagerado, se puede bajar al mar, subir a una barca, huir por la costa y tumbados sobre unos cojines contemplar el azul oscuro del cielo, el movimiento voluptuoso del mar, el palpito vivo de las estrellas que parece que quieran desprenderse, para caer en el aire inmenso. En las turbias noches de verano que siguen a los días violentos y tormentosos, cuando la tierra reposa, agotada por una pasión de catorce horas con el sol, feliz es aquél que puede dejarse mecer en una barca, como en una hamaca, mientras el fuerte perfume del mar le lleva a soñar con el trópico, su espléndida y monstruosa vegetación, y las rápidas muchachas morenas que descienden bajo los arcos de los tamarindos.

En las tranquilas y blancas noches otoñales, cuando la débil luna se une a la cándida melancolía del cielo, a la lánguida palidez de las estrellas, a la nubosidad ideal de las colinas, cuando todo el mundo se convierte en copos de espuma, hay quien elige el mar como confidente y va a contarle la destrucción de su vida, que incita a perderse en la nada, mientras la suave curva de Posillipo parece que se empequeñezca, deseosa de desaparecer en el mar.

En las noches tempestuosas de invierno, cuando el temporal de la ciudad tiene toda la mezquindad y la miseria de las callejuelas estrechas y de los canalones llorosos, cuando el alma siente la necesidad imperiosa de una mano que la sujete, ¡Qué delicioso e infinito terror, qué impresión imborrable encontrarse en alta mar en un ambiente negro, donde el peligro es más grande porque es desconocido!

Pero más feliz que ninguno es aquél que pudo disfrutar de estas noches acariciando los suaves cabellos de la mujer adorada, que pudo soñar con raptarla en el país desconocido anhelado por los amantes, que pudo esperar morir con ella, bajo el cielo que se curva, en el mar que los ama. Aldo y Tecla, más que nadie, culpablemente infelices y culpablemente envidiados.

- Aldo, el mar está demasiado negro.

- Yo te amo, Tecla.

- Yo te amo, Aldo. Sujétame con tu fuerte brazo, amor, ¿Por qué calla el barquero?

- Su trabajo es duro, quizás. Le daremos dinero... ¿me amarás siempre, Tecla?

- Siempre. Aldo, aquella antorcha refleja una luz sangrienta sobre nuestros rostros y sobre el mar. Parece que ilumine a dos cadáveres y a una tumba, amor.

- ¿Qué temes de la muerte?

- Que me separe de ti.

- Nunca jamás. Dios debe castigarnos por igual.

Un silencio se prolongó. Se miraban, mientras a su pasión se unía la nota dulce de una ternura grave como un presentimiento. La barca volaba sobre el agua, el barquero remaba con gran fuerza, sin volver la cabeza para mirar a los amantes.

- Aldo, ¿no te parece que estamos muy lejos de la orilla?

- Mucho mejor, dulzura mía.

- ¿Por qué el barquero no habla?

- Quizás nos envidia, Tecla. Es joven, amaré sin esperanza.

- Pregúntale, Aldo. Pregúntale por qué esconde su rostro.

De repente el barquero se giró.

Era Bruno. Era la figura del odio. Aldo y Tecla se abrazaron, se besaron. Y la barca se hundió con el beso de los amantes, con el grito de cólera de Bruno. Tres veces salieron a flote los

amantes, abrazados, juntos, con una felicidad celestial en sus rostros, tres veces salió a flote una cara desfigurada por la cólera.

...Escúchame, amor. A cierta hora de la noche, en la hermosa orilla de Posillipo, en la alegre de Mergellina, en la oscura del Chiatamone, en la ruidosa de Santa Lucia, en la sucia del Molo, en la tormentosa del Carmine, la barca fantasma aparece, se desliza veloz sobre el agua, los amantes se besan lentamente, la figura del esposo se alza despechada, la barca vuelca. Otras tres veces se vuelve a ver aquel eterno beso, aquel eterno odio. Cada noche la barca fantasma aparece. Pero no todos la ven.

Dios permite, que solamente quien ama bien, quien ama intensamente, pueda verla.

Aparece solamente para los enamorados, quienes palidecen ante tal visión.

Es la prueba del amor, una prueba infalible y singular.

¿Tú la has visto?

¿Has visto tú, la barca fantasma?

¡Oh, pobre de mí, solo la vi yo!

* * *

7. EL SECRETO DEL MAGO

En el año 1220 de la salvadora Encarnación, cuando reinaba en Palermo y en Nápoles el gran y buen rey Federico II de Suabia, sucedió en Nápoles un caso hermoso que no será aburrido escuchar al tratarse de un argumento agradable.

Una historia similar no la encontraréis ni en los historiadores ni en los elegantes narradores. Yo misma la recogí sencilla e imprecisa de la tradición popular y quiero, al contarla, consagrarla en este escrito, para que de forma clara pero sin adornos, la conozcan las generaciones venideras, para las que trabaja y se esfuerza todo escritor que desprecia el fácil halago contemporáneo. Pero sin entreteneros con preliminares, habiendo explicado claramente mi intención, aquí presento el caso.

En el estrecho callejón de los Cortellari, que como todo el mundo sabe pertenecía al *Seggio*¹¹ de Portanova, había una casucha estrecha y alta, de pequeñas ventanas, de cristales sucios y ennegrecidos, con una puerta de entrada baja y oscura, una escalera sucia y empinada y donde raramente se abría los ventanucos.

La gente apresuradamente pasa por delante, lanzando una mirada entre colérica y asustada, y murmurando entre dientes no sé si una oración o una maldición. En verdad, en la casucha vivía gente de mala fama. En el primer piso había un maldito judío, digno descendiente de aquellos que crucificaron a nuestro Señor Jesucristo, un judío ladrón que daba dinero a la usura y limaba¹² las monedas de oro; en el segundo, una bella joven de las que son la tentación y la perdición del hombre. En el tercero,

¹¹ *Vid.* Nota nº5.

¹² *Tosare le monete*, es decir, limar las monedas, era una práctica defraudatoria común que consistía en limar los bordes de las monedas, para que, con las limaduras obtenidas, después de fundirlas, obtener una nueva pieza o un trocito de oro o de plata.

un marido y una mujer, mala gente, de día estaban fuera de casa ejerciendo algún desconocido y equívoco trabajo y cuando volvían en plena noche se golpeaban como batiendo lana. Lo que provocaba la aprensión de los viandantes no era especialmente el maldito hebreo, la mirada provocante de la mujer o los gritos de la esposa golpeada por el marido, sino era todo ello a la vez y principalmente la idea de que en el último piso vivía Cicho el mago. Las almas temerosas de Dios se santiguaban y pasaban, pues la señal de la cruz es también la de nuestra salvación. Los espíritus mundanos hacían los cuernos con la mano, se tocaban la rodilla, pronunciaban algún conjuro y hacían otras cosas similares que vulgarmente se creen puedan deshacer el mal augurio. Aunque Cicho salía raramente y raramente abría de par en par las ventanas, el pueblo le tenía un gran temor, pues conocía su magia y su poder sobrehumano.

Sin duda las misteriosas andanzas de Cicho confirmaban lo que de él se decía. No se sabía quién era, ni de dónde venía; siempre en casa encerrado; aparentemente sin amigos y familiares; con siniestro caminar, paso lento, la mirada fija en el suelo, murmurando palabras griegas, latinas o de cualquier otra lengua demoníaca; de poca conversación, pero no rudo en sus modales, más bien al contrario, sonriente con su suave barba blanca; con sus oscuros pero limpios ropajes.

En vano, cuando llegó a vivir a la calleja Cortellari, las mujeres de los alrededores se informaron sobre él, preguntaron, intentaron interrogarlo, pararon a su sirviente y utilizaron todos los recursos que siempre aconseja a la mujer su gran señora y maestra que es la curiosidad. Nada pudieron saber y Cicho, su origen, su familia, permanecieron en las tinieblas de lo desconocido. Pero después, espiando, observando, tramando se supo que Cicho realizaba obras mágicas: durante la noche nunca se apagaba la lámpara del cuartucho donde él estudiaba sus grandes volúmenes de manuscritos sacados de un armario lleno de polvo, no dejaba de salir de la campana negra de su chimenea una nube de humo y su habitación estaba llena de retortas, de alambiques, de infiernillos, de raros cuchillos de todas las formas y de otros instrumentos de hierro destinados a usos terroríficos. Se decía que Cicho a menudo pasaba horas enteras curvado sobre una cacerola hirviendo, y donde seguramente

danzaban las malditas hierbas infernales que causaban enfermedad, locura y muerte, aunque el sirviente no comprara en la plaza más que hierbas para cocinar, como mejorana, tomate, albahaca, perejil, cebollas, ajos y otras. Pero se sabe que las noches del sábado, los hechiceros van a los prados, embrujan a la luna, invocan al diablo y recogen las hierbas malélicas.

Se decía además que Cicho salía a su pequeña terraza sacudiéndose de las manos y de su ropa un polvo blanco que seguramente debía envenenar el aire; que a menudo iba a lavarse las manos manchadas de rojo a un fregadero y el agua se corrompía. Esas manos manchadas de rojo confirmaban las horribles sospechas. Tanto es así que se decía además que en el laboratorio de Cicho había, a menudo, en el suelo grandes manchas de un rojo oscuro que parecían charcos de sangre y que el siniestro hechicero de Cicho por la noche se dedicaba a cortar con sus finos cuchillos, encima de una gran mesa de mármol blanco, algo blanco y delicado. Miembros de niños, patas de rana o pieles de pequeñas serpientes, repetía la gente. Y cuando caminaba por la calle, las comadres parpadeaban y se daban codazos en las caderas, diciendo:

- ¡Cicho el mago, Cicho el mago!
- ¡El viejo trata de encontrar la manera de volver a ser joven!
- Quizás, quiera encontrar oro.
- O aquella piedra con la que se consigue la virtud, la sabiduría y una vida larga.
- ¡No! Invoca al diablo para convertirse en el Gran Turco¹³.

Cicho escuchaba y continuaba su camino sonriendo. En el fondo las comadres, temiéndolo, se atrevían solo a maldecirlo en voz baja y advertían a los niños para que lo respetasen. El hechicero, a pesar de las voces temerarias, tenía el aspecto de un caballero y el aire de satisfecho recogimiento de quien medita una idea buena y fecunda. Parecía que dijese: llegará, llegará mi día, gente ingrata.

¹³ El nombre *Gran Turco* se utilizó entre los siglos XV y XVIII para denominar al sultán del Imperio Otomano o a todo su Imperio como potencia política. Este nombre aludía a la admiración y temor que la cristiandad occidental le tenía en aquella época.

Para aclararos un poco el misterio y desnudar su vida de aquella parte sobrehumana que Dios ya no permite en la tierra, pues Dios hace solo milagros en el alma y no en el cuerpo, os diré cuanto sigue.

Cicho había sido en un tiempo rico y gallardo, un joven apuesto. Había sabido disfrutar de la salud, de la juventud y de la riqueza. Había sido amante y amado. Había poseído palacios, caballos purasangres, piedras preciosas, vestidos tejidos con hilos de oro. Había gozado de fiestas, banquetes, bailes, torneos, atracciones. Había saboreado con vivo placer besos de mujeres, golpes de espada de caballeros y vinos poderosos. Como sucede siempre, cuando su riqueza comenzó a menguar se alejaron mujeres y amigos, pero Cicho que había hecho gran provisión de la filosofía de los escritores antiguos, no se afligió. Cuando se quedó solo, sin nada que hacer, empezó a pensar en ser útil a los hombres. Y después de haber pensado por todos los medios, recordando sus gozos y su placeres, se convenció de que tenía que encontrar algo que hiciese especialmente feliz a sus semejantes, felicidad inestable y pasajera a la que él quería darle un sólido fundamento. Firme en su intención compró pergaminos y volúmenes, estudió mucho, intentó y volvió a intentar cada día pruebas nuevas, errando y volviendo a comenzar, consumiendo sus noches, su dinero y el carbón de su cocina. Durante mucho tiempo la mala suerte lo persiguió y sus experiencias fueron siempre fallidas, pero no por esto disminuyó su constancia. Él trabajaba para la felicidad del hombre y este gran propósito lo tenía fijado en sus ojos como una visión estimulante. Al final después de muchos años de esfuerzo, pudo decir que había alcanzado su meta, gritando también la palabra del griego Arquímedes ante tal descubrimiento.

Después, como suelen hacer los inventores, se ocupó de disfrutar de su descubrimiento, de acariciarlo, de darle formas diferentes y atractivas, de perfeccionarlo, para así poder decir a los hombres: aquí lo tenéis; yo os lo dono bello y completo.

Ahora sucedió que en la terraza de Cicho el mago sobresalía también una puertecita de un cuartucho donde vivía con su marido Jovannella de Canzio. Era ésta, maliciosa, astuta y cotorra como ninguna otra mujer había sido. Se deleitaba

conociendo los hechos del vecindario o para sacar ventaja personal de ello o para difamar. No hay duda de que la malvada Jovannella espiaba continuamente a Cicho el mago, tanto que incluso no dejaba de darle vueltas de día y no tenía tregua por la noche entre las sábanas, y como no conseguía saber nada, por despecho, se esforzaba en dañar la reputación de las vecinas y en atormentar a su marido Giacomo, ayudante de cocina en el palacio real. Mas de gran sabiduría son los dichos populares que expresan que la mujer obtiene siempre lo que quiere con seguridad, y a pesar de las precauciones de secretismo adoptadas por Cicho el mago, a pesar de las puertas cerradas, las ventanas enrejadas, Jovannella supo el secreto del hechicero.

Yo no sé si fue por el ojo de la cerradura, por la ranura de una puerta, por un agujero en la pared o por otra cosa. Pero lo cierto es que un día, triunfante, Jovannella dijo al ayudante de cocinero, su marido:

- Giacomo, si tienes la audacia del hombre, nuestra fortuna está lograda.

- ¿Te has convertido en una bruja? Yo ya lo sabía.

- ¡Maldita sea tu boca profana! Escucha. ¿Quieres decirle al cocinero de palacio que conozco un manjar tan nuevo y exquisito que merece ser probado por el rey?

- Mujer, tú estás loca.

- ¡Que Dios me arranque esta lengua tan querida por mí, si yo miento!

Y sus persuasiones lo llevaron a hablar con el cocinero, que a su vez discutió sobre ello con el mayordomo, el cual lo mencionó a un conde, quien se atrevió a decírselo al rey.

Al rey le gustó la noticia y ordenó que la mujer del ayudante de cocina fuera a las cocinas reales y preparase el exquisito manjar. En efecto Jovannella acudió con rapidez y en tres horas lo tuvo preparado. Así lo hizo. Primero cogió harina y con poco agua la mezcló, sal y huevos, amasando la pasta para hacerla más fina y conseguir que fuese tan delgada como una tela; después la cortó con un cuchillo en pequeñas tiras, las enrolló en forma de pequeños cilindros e hizo una gran cantidad y como eran suaves y húmedos, los puso a secar al sol. Después puso en una cazuela manteca de cerdo, cebolla cortada muy fina y sal. Cuando la cebolla se sofrió, le añadió un gran trozo de carne y

cuando ésta se doró bien y adquirió un color dorado, le echó un jugo de tomate denso y rojo que había pasado por un tamiz. Cubrió la cazuela y dejó cocer, a fuego lento, la carne y la salsa.

Cuando llegó la hora de la comida, ella preparó una cazuela con agua hirviendo donde echó los *cannelli* de pasta, mientras cocían ella ralló una gran cantidad de ese queso dulce que toma el nombre de Parma y se fabrica en Lodi. Una vez cocida la pasta en su punto, la separó del agua y en una fuente de porcelana la condimentó sucesivamente con una cucharada de queso y una cucharada de salsa. Así fue el plato más famoso que se presentó al gran Federigo, el cual quedó maravillado y complacido por lo que hizo llamar a Jovannella de Canzio para preguntarle cómo había logrado imaginar una combinación tan armoniosa y perfecta. La falsa mujer dijo que le había sido revelado por un ángel en un sueño. El gran rey quiso que su cocinero aprendiese la receta y donó a Jovannella cien monedas de oro diciendo que había que recompensar a aquella que había contribuido a la felicidad del hombre. Pero no solo fue esta la fortuna de Jovannella, puesto que los condes y mandatarios quisieron obtener la receta y así mandaron a sus cocineros para que aprendieran de ella, dándole por ello una gran recompensa. Y tras los mandatarios vinieron los ricos burgueses y después los comerciantes y después los trabajadores y después los pobres, dándole cada uno de ellos lo que podía.

En seis meses toda Nápoles se alimentaba con estos deliciosos macarrones – de *macarus*, comida divina – y Jovannella se hizo rica.

Mientras tanto Cicho el mago, completamente solo en su cuartucho, modificaba y variaba su receta. Saboreaba el momento, en que una vez que diera a conocer a los hombres su secreto, habría recibido la gratitud, la admiración y la fortuna.

Además, ¿no vale más el descubrimiento de un nuevo manjar que el de un teorema filosófico? O ¿el de un cometa? O ¿el de un nuevo insecto?

Bien, por tanto, alabado sea infinitamente el hombre que lo hace. Pero un día en que el final estaba cerca, Cicho el mago salió a respirar por la calle del Molo, cuando llegó cerca de la puerta del Caputo, un olor conocido le golpeó la nariz. Tembló y

quiso consolarse, pensando que era un engaño. Sin embargo, consumido por la impaciencia, entró en la casa desde donde llegaba el olor y preguntó a una mujer que vigilaba una cacerola:

- ¿Qué cocinas?
- Macarrones, viejo.
- ¿Quién te enseñó, mujer?
- Jovannella de Canzio.
- Y a ella.

- Un ángel, dicen. Ella se los cocinó al rey, los quisieron los príncipes, los condes, toda Nápoles. En cualquier casa que entres, viejo pálido y moribundo, se estarán cocinando macarrones. ¿Tienes hambre? ¿Quieres alimentarte?

- No. Adiós.

Después de entrar en varias casa, arrastrándose con dificultad, Cicho el mago tuvo la certeza de lo que había sucedido y de la traición de Jovannella. El guardián del palacio real le repitió la historia.

Entonces, desesperado, regresó a su casa, arrojó al suelo los alambiques, las retortas, las ollas, los infiernillos, las formas y los cuchillos, todo lo rompió y lo destrozó, quemó los libros de química. Y se marchó de allí solo e ignorado, sin que nunca más se viera regresar.

Como es normal la gente dijo que el diablo se había llevado al mago, pero cuando murió Jovannella, después de una vida feliz, rica y honrosa, como solo la disfrutaban los malvados, a pesar de las máximas morales en su contra, en la desesperación de su agonía, confesó su pecado y murió gritando como una condenada. Ni siquiera entonces se hizo justicia a Cicho el mago. La leyenda añade solamente que, en la casa de los Cortellari, dentro del cuartucho del mago, la noche del sábado, Cicho el mago regresa a cortar sus macarrones, Jovannella le da vueltas con un cucharón a la salsa de tomate y el diablo con una mano ralla el queso y con la otra sopla el fuego. Ya sea diabólico o angelical el descubrimiento de Cicho, éste ha sido la felicidad de los napolitanos y nada indica que no lo siga siendo por los siglos de los siglos.

* * *

8. DOÑA ALBINA, DOÑA ROMITA, DOÑA REGINA

La leyenda de Doña Albina, Doña Romita y Doña Regina todavía se propaga por la sucia calle de Mezzocannone, por las primitivas cuevas del Salvatore, por aquella pacífica zona de la Nápoles vieja que bordea la Sapienza. Corre la leyenda por aquellas calles, cae en el arroyo, se levanta, se eleva hacia el cielo, baja, se detiene en las húmedas y oscuras naves de las Iglesias, murmura en los tristes jardines de los conventos, se dispersa, se reencuentra, se renueva y es siempre joven, siempre fresca.

Si vosotros queréis, mis fieles y queridos lectores, yo os la narro. Si queréis olvidar por un tiempo nuestras locas pasiones, nuestros odios taciturnos, nuestros rostros pálidos, nuestras almas angustiadas, yo os hablaré de otras pasiones locas de forma diferente, de otros odios, de otra palidez, de otras almas. Si queréis os narraré la leyenda de las tres hermanas: Doña Albina, Doña Romita, Doña Regina.

Eran las tres hijas del barón Toraldo, un noble del Sedile de Nilo¹⁴. La madre, doña Gaetana Scauro, de noble parentesco, había fallecido muy joven. Al barón le preocupaba que su nombre se extinguiese con él, dado que no se había vuelto a casar. Como especial favor obtuvo del rey Roberto de Anjou que su hija mayor, Doña Regina, pudiese al casarse conservar el nombre de la familia y transmitirlo a sus hijos. Y así en 1320 murió confortado por la fe en el Señor Jesucristo.

Doña Regina tenía entonces diecinueve años, Doña Albina diecisiete y Doña Romita quince.

La mayor, de soberbio nombre, era también soberbia en belleza: largos y negros sus cabellos recogidos en la redcilla de hilo de plata, pequeña y estrecha su frente, graves y pensativos sus grandes ojos negros, duro el perfil, pálido el rostros, de un

¹⁴ *Vid.* nota nº 1.

rosa vivo su boca, pero parca en sonrisas y más parca aún en palabras; toda su persona, altiva, casi rígida en su caminar, siempre recta. Y el espíritu de Regina, por lo que podía deducir el indiscreto indagador, se asemejaba al cuerpo. Había en aquella alma una austeridad precoz, un sentimiento absoluto del deber, una idea clara de su obligación, una ciega veneración a su nombre, a las tradiciones, a los derechos, a los privilegios.

Ella era el jefe de la familia, la heredera, la conservadora de la sangre noble, del honor, de la gloria. Era en su frágil corazón de mujer donde debían encontrar consuelo y apoyo estas cosas, y ella, en silencio, en la soledad, se preparaba para fortalecer su corazón, y para hacer que creciera la constancia, la firmeza y borrar cualquier atisbo de debilidad femenina.

A veces en su alma, siempre fría, siempre tensa, pasaba una ráfaga cálida y suave que provocaban en su corazón vagos deseos de perfumes, de colores radiantes, de sonrisas. Sin embargo, ella trataba de vencerlos, se arrodillaba a rezar, leía en el viejo libro donde estaban escritas las historias de la familia y volvía a ser la inflexible joven, Doña Regina, baronesa de Toraldo.

Doña Albina, la segunda hermana, era llamada así por la blancura excepcional de su rostro. Era una muchacha amable, sonriente en el rubio ceniza de su cabellera, en el esplendor de su mirada intensamente azul, en sus suaves facciones, en la briosa y gentil persona.

Las facciones duras, orgullosas de Doña Regina se convertían en femeninamente hermosas en Doña Albina. Y verdaderamente ella era la dulzura de casa Toraldo. Era ella quien dirigía a las mujeres en las labores de brocado de oro, de encajes de brillante hilo de plata, de tapices elaborados, yendo de un telar a otro, esforzándose en el bordado, aconsejando, trabajando. Era ella quien, cada sábado, se ocupaba de la distribución de las limosnas a los pobres, preocupándose de que ninguno fuese tratado con dureza, ninguno fuese olvidado, en pie en el primer escalón de la puerta, viva imagen de la misericordia terrenal.

Era ella quien llevaba a su hermana Regina las súplicas de los sirvientes enfermos, de los colonos pobres, de cualquiera que solicitase favor, una ayuda.

En su afectuosa y alegre naturaleza, le dolía el silencio de aquella casa, la austera seriedad que reinaba allí, los gélidos pasillos, las salas de mármol que ningún rayo de sol calentaba, le dolía el frío corazón de Regina que ningún afecto lograba estremecer. Le dolía por Doña Romita.

Porque Doña Romita era una singular jovencita, medio mujer, medio niña. Su aspecto era este: los cabellos de un rubio oscuro, cortos y rizados, el rostro moreno de un moreno cálido y vivo que parecía el reflejo del sol, los ojos de un bonito verde esmeralda, verdoso y cambiante como el del mar, los labios delgados y rojos, el cuerpecito frágil y pobre en sus formas, bruscos los movimientos y siempre inquieta. Ahora aparecía indiferente, gélida, con los ojos apagados, la nariz térrea, como si la vida se hubiese parado. Ahora se agitaba, una llama daba color a su rostro, los labios deseosos de besos, de palabras, de sonrisas, la comisura de sus párpados escondía una chispa que escapaba de sus pupilas vivas, ahora se volvía irritable, soberbia, con el rostro serio, pálido por la cólera interior.

En los días de invierno, cuando la lluvia golpeaba los cristales, el viento silbaba por las ranuras de las puertas, ardía el fuego de la gran chimenea, Doña Romita se acurrucaba en un sillón como un pájaro asustado y enfermo; en las cálidas horas de verano no abandonaba las sombras del jardín, vagando por los caminos. A veces permanecía pensativa durante horas. Pensaba quizás en su madre, a la que decían se parecía.

Sin embargo, las tres hermanas llevaban una vida muy tranquila. Estaban establecidas las horas para arreglarse y vestirse, para la oración, para el trabajo, para la comida y la cena. Estaban establecidas equitativamente las ocupaciones de cada semana, de cada mes.

Doña Regina siempre iba delante y sus hermanas la seguían. Ella tenía el sillón con la corona de barón, ella tenía las llaves de las cajas fuertes donde estaban guardadas las insignias de su grado y las joyas de la familia. Ella presidía la mesa, las dos hermanas, una a la derecha y otra a la izquierda, en sillas más humildes. En el oratorio ella entonaba las laudes.

Por las mañanas y por las noches las dos hermanas menores saludaban a la mayor, inclinándose y besándole la mano. Ella les besaba la frente.

Muy raramente las llamaba a consulta, teniendo ella un entendimiento superior a su edad y su sexo, pero si sucedía, las dos esperaban impacientes a ser interrogadas.

En todas ellas existía un profundo e innato sentimiento de respeto mutuo, en Doña Albina y en Doña Romita una afectuosa veneración por Doña Regina. Sus palabras eran ley indiscutible, a la que nunca se habrían rebelado. En el fondo la amaban, pero sin grandes demostraciones. Y ella, si las amaba, era demasiado rígida para mostrarles su afecto.

Un día el rey Roberto se dignó a escribir de su puño y letra a Doña Regina diciéndole que le había destinado como esposo a Don Filippo Capece, caballero de la corte napolitana.

Anochecía. En el hueco de un balcón estaba sentada Doña Regina, con el libro de las horas entre las manos. Pero no leía.

- ¿Me está permitido permanecer junto a vos hermana mía? – preguntó tímidamente Doña Albina.

- Quedaos hermana – dijo escuetamente Regina.

Regina estaba más pálida que de costumbre, con la cabeza agachada, con la mirada perdida. Y Doña Albina trataba de adivinar los pensamientos secretos de aquella severa frente.

- ¿Quería alguna cosa, Doña Albina? – preguntó finalmente Regina, recuperándose.

- Quería decíos que nuestra hermana Doña Romita parece enferma.

- No lo advertí. ¿Llamó a la doctora Giovanna?

- No hermana, no lo hice.

- Y ¿por qué?

- ¡Pobre hermana! Dudo que los fármacos puedan curar a Doña Romita.

- Y, ¿cuál es ese grave y extraño mal, que no tiene remedio?

- Doña Romita sufre, hermana mía. Por la noche su desvelo es angustioso y sus sueños son agitados, por el día huye de nuestra compañía, llora por algún rincón oscuro, pasa las horas en el oratorio, con la cabeza entre las manos. Doña Romita se consume en secreto.

- ¿Y sabéis la causa de tanto dolor, Doña Albina? – preguntó con una voz dura Doña Regina.

- Yo creo saberla – respondió la hermana menor, armándose de valor.

- Decidla pues.

- ¿Vos me lo preguntáis?

- Os la pido. Está tardando demasiado.

- Doña Romita se consume por amor, hermana mía.

- ¿Por amor dijisteis?, gritó Regina, saltando de su sillón.

- Por amor.

- ¿Y qué? ¿Debo oír yo estas palabras de vos? ¿Quién os habló de amor antes? ¿Quién os ha enseñado la triste ciencia? ¿De quién debo yo preocuparme, de Doña Romita que me lo esconde, o de vos, Doña Albina, que lo adivina y me lo cuenta? ¿Cómo fueron turbados el corazón de una y la mente de la otra? ¿He sido yo tan poco precavida, tan incapaz que ha dejado indefensa vuestra juventud?

- El amor está en nuestra vida – respondió con dulce firmeza Doña Albina.

Regina calló un momento. Tenía el ceño fruncido, de manera que casi le restringía y condensaba sus pensamientos.

- ¿El nombre del hombre? – preguntó después duramente.

Doña Albina tembló y no respondió.

- ¿El nombre del hombre? – insistió la otra.

- Es un joven caballero, un caballero de sangre noble, hermoso, rico.

- ¿Y su nombre?

- Doña Romita ha sucumbido fascinada a la elocuencia de su palabra, a la mirada de fuego. Amó, ciertamente, sin saberlo...

- Su nombre, os digo. ¿Debo rogaros?

- ¡Oh, no hermana! Pero la perdonareis, la perdonareis, ¿no es verdad? – intentando cogerle las manos.

- ¿Qué debo perdonar? Decidme el nombre del caballero.

- ¡Tenga piedad de ella! Ella ama a Don Filippo Capece.

- ¡No!

- Lo ama, lo ama, hermana. ¿Quién no lo amaría? ¿No es él valiente, galante con las damas y de aspecto seductor? ¿Cuando él susurra una palabra de amor el corazón de la muchacha tiembla por la dulce felicidad, cuando sus labios rozan la frente

de la joven, puede ella envidiar las alegrías de los ángeles? ¡Ser suya! ¡Bendito sueño, aura invocada, luz cegadora! ¡Piedad para nuestra hermana! Ella lo ama – cayendo de rodillas, balbuceando aún vagas palabras de súplica.

- Pero ¿para quién me pedís piedad? – gritó Doña Regina levantando del suelo bruscamente a su hermana, en un gesto de cólera - ¿Para quién me la pedís?

- Para Doña Romita... - respondió la otra perdida.

- Pídelo también para ti. Tú, al igual que ella, amas a Filippo Capece.

- ¡Yo no dije eso! – exclamó Albina, loca de terror.

- Tú lo has dicho. Lo amas. Y yo no puedo, no puedo perdonar. Yo amo a Filippo Capece – dijo con voz desesperada Regina.

Las sombras de la noche envolvían la casa Toraldo, una noche sin esperanza de amanecer.

El silencio en el oratorio es profundo. La lámpara de plata, suspendida delante de una Virgen morena, arde en su aceite perfumado, alejando la oscuridad con una pequeña e incierta luz. Brilla una sola luz, en las vestiduras de plata de la Virgen. Si se escucha con atención, se oye la respiración leve, leve. No sobre el terciopelo rojo del cojín, no sobre la barandilla de madera esculpida del reclinatorio, sino en el mármol gélido del suelo. En suelo está tendida una forma humana; el atuendo blanco y largo en la que está envuelta tiene algo de fúnebre. Doña Romita está allí desde hace horas, olvidándolo todo, en el abandono de todo su ser, absorbida profundamente por una idea fija. Ella no siente el frío del ambiente, no ve la oscuridad, no sabe nada del tiempo, no siente los espasmos de sus rodillas, no siente el dolor de toda su vida. Ella no siente otra cosa que su pensamiento tormentoso, omnipresente, omnipotente.

- ¡Virgen Santa, sácame este amor! ¡Virgen Santa, arráncame el corazón! ¡Virgen Santa, haz que muera, haz que muera, haz que muera! ¡Sácame este amor!

Y las invocaciones se multiplican. Ella extiende sus brazos hacia la imagen sagrada y vuelve a pedir la muerte, la muerte. La frente ardiente se inclina hasta el suelo, los labios besan el mármol, todo el cuerpo se retuerce de desesperación.

De repente un sollozo interrumpe el silencio. ¿Quién llora a su lado? ¿Es quizás el eco de su dolor? ¿Es acaso su sombra esta otra joven vestida de blanco que llora y reza en un rincón?

Sí, es el eco de su dolor, es la sombra desolada: es Albina.

Doña Romita huye, huye dominada por el terror y la vergüenza, dejando en el oratorio un amor y una desgracia similar a la suya.

A esa misma hora, en su enorme dormitorio, sola sentada junto a la mesita de encina, está en vela Doña Regina. Permanece inmóvil, no reza, no llora, no hace un gesto. Todo su rostro parece esculpido en granito. Arden solo sus ojos, de un fuego que consume. Pasan las horas en su mente altiva, pasan las horas en su corazón desgarrado pero el pasar del tiempo no cambia su dolor.

Alegres las calles de la vieja Nápoles en la nueva primavera del año, para gozo de los hombres, jubilosas las campanadas de las iglesias: es Pascua de Resurrección. La paz del cielo descende sobre la tierra, en las flores, en la luz primaveral. El mundo revive, renace su juventud, por un instante dormida. En el aire se respira amor.

Las dos hermanas menores le han pedido a Doña Regina un encuentro privado y ella lo ha acordado. Hacía tiempo que las tres hermanas no se veían, una huyendo de la otra, llevando la tristeza a su casa, el desasosiego entre los familiares. Doña Regina está en la gran sala del barón, donde antiguamente se impartía justicia. Está espléndidamente vestida, lleva las magníficas joyas de casa Toraldo. A su lado junto a un cojín están la corona decorada con gemas, zafiros, rubíes y esmeraldas y el cetro del barón, en su rostro en cambio una tranquila austeridad.

Entran Doña Albina y Doña Romita. Están vestidas de oscuro, sin adornos. La alegre juventud de Doña Albina se ha desvanecido, ha desaparecido su suave sonrisa, ha perdido su rubia belleza. Doña Romita inclina la cabeza, abatida; aún no ha tenido tiempo de ser joven y ya se siente irresistiblemente atraída por la muerte. Ellas se inclinan a Doña Regina y ella les devuelve el saludo.

- Hablad también por mí, Doña Albina – susurra en voz baja Doña Romita.

- Venimos a deciros, hermana nuestra – comienza a decir Doña Albina – que debemos separarnos.

Regina no se inmuta, no parpadea, espera.

- Es mi intención, es intención de Doña Romita, dar la mitad de nuestra dote a los pobres y la otra parte dedicarla a la fundación de un monasterio donde tomaremos los hábitos.

- Cada monja de casa Toraldo tiene derecho a convertirse en abadesa, en el monasterio que haya fundado – respondió Regina en todo severo.

- Así sea. Esperamos vuestra decisión, hermana.

Ella no respondió. Reflexionaba, sumida en sus pensamientos.

- Sed generosa con vuestro consentimiento Doña Regina. Os ofendimos demasiado, es cierto...

- Desistid – dijo ella con un gesto de fastidio.

- No desistiremos, no – prosiguió Doña Albina, esforzándose. – Ofendimos a Dios y a vos. Grave es el pecado, grave es la culpa. Aún no cumplimos los veinte años y nosotras abandonamos este mundo tan bello, tan alegre. Nosotras abandonamos nuestra casa, nuestras dulces amigas, las queridas costumbres. Os dejamos, hermana, tanto amado cuanto ofendida. El claustro nos espera. A vos dejamos el honor de conservar nuestro nombre, a vos el feliz casamiento, el amor del esposo, el beso de los hijos...

Y la voz de Doña Albina se debilitó como el de una moribunda.

- Vos os engañáis, hermana – respondió lentamente Doña Regina. - Hace tiempo que decidí tomar los hábitos en un convento fundado por mí.

Tras las desgraciadas palabras se hizo un triste silencio.

- Yo no puedo casarme con Filippo Capece – retomó ella, mientras la indignación corría por su rostro. – Él me odia.

- ¡Pobre de mí! Yo le soy indiferente – murmuró Doña Albina.

- Yo anhelo el claustro. Él me ama – pronunció con la voz rota Doña Romita.

Y las dos hermanas besaron a Doña Regina en la mejilla y fueron a su vez besadas por ella.

- Adiós, hermana mía.
- Adiós, hermana mía.
- Adiós, hermanas.

Doña Regina se levantó, tomó el cetro de ébano con clavos de oro, y lo partió en dos. Y dirigiéndose al retrato del último barón le dijo mientras lo inclinaba:

- Salud, padre mío. ¡Su noble casa ha muerto!

No tienen voz las oscuras bóvedas de los monasterios, la luz pálida de los cirios transparentes, el perfume exagerado del incienso, el profundo sonido del órgano, las grises piedras sepulcrales. No tienen voz las frías celdas, la desnuda y dura cama donde el sueño es escaso, el cilicio sangriento, las páginas destruidas por las lágrimas, los crucifijos destruidos por los besos. No tienen voz los rostros amarillentos, los ojos enmarcados por las ojeras, los cuerpos cansados pero reanimados siempre por una llama revitalizadora. No tienen voz las convulsiones espasmódicas, las alucinaciones, los éxtasis dolorosos. De lo contrario, historias maravillosas y dramáticas se narrarían al mundo, de lo contrario, nosotros sabríamos toda la vida de las tres hermanas; de lo contrario, nosotros sabríamos el día que terminó su tortura.

Pero ¿qué importa el día? ¿Acaso sabemos si *después* se sigue amando! ¿Termina quizás el amor? Nosotros no podemos, no podemos señalar su último día, ni su última palabra.

* * *

9. EL PEQUEÑO MONJE (LEYENDA BURGUESA)

La historia ocurrió así. En el año 1445 de la Fructífera Encarnación, reinando Alfonso de Aragón, una muchacha de nombre Catarinella Frezza, hija de un comerciante de telas, se enamoró de un joven noble, Stefano Mariconda. Y como era costumbre en el amor, el joven la correspondía con gran afecto y pocas veces se había visto a una pareja de amantes tan enamorada y tan fiel. Y esto no sin mucho dolor por su parte, por su diferencia de origen que prohibía su unión conyugal. Una dura batalla se combatía en la casa de Mariconda contra Stefano mientras Catarinella, en su casa, era torturada con todo tipo de tormentos. Pero a pesar de este continuo dolor, que parecía que los amantes comiesen veneno y bebiesen lágrimas, tenían horas de felicidad inefable.

A altas horas de la noche cuando en los callejones de Mercanti no se veía a ningún viandante, Stefano Mariconda, envuelto en una oscura capa, protectora de ladrones y amantes, penetraba en un pasadizo negro y angosto, subía por una escalera embarrada y abrupta donde era fácil romperse el cuello, subía a un tejado y de allí saltaba de terraza en terraza, con una rapidez y una seguridad que el amor reforzaba, y llegaba a una terracita donde lo esperaba Catarinella Frezza.

Querido lector, si alguna vez te estremeciste de amor imagina aquellos momentos y no le pidas a esta frágil pluma que lo describa. Pero en una profunda noche, cuando a sus almas se abría la beatitud celestial del paraíso, unas manos traidoras aferraron a Stefano por los hombros, impidiéndole defenderse, y desde la barandilla lo lanzaron a la calle, mientras Catarina, gritando y agitando los brazos, se agarraba a los ropajes de los asesinos. La bella figura de Mariconda, quedó muerta en una calle fétida, horriblemente destrozada, durante un día y una noche, hasta que la piedad de sus familiares lo recogió para darle honrada sepultura. Más en realidad aquella fue una muerte

violenta y vil. Es dudoso el destino de aquella alma cargada de pecados que había sido arrancada de la tierra y enviada ante el Padre Eterno porque para un caballero no había mejor muerte violenta que la de la espada.

Catarinella huyó de casa, loca de dolor y fue internada en un convento de monjas. Un día cuando aún no era el tiempo, ni por razón divina ni por razón médica, dio a luz a un niño, minuto, pálido y de ojos asustados. Apiadándose de ese pequeño ser, las monjas dejaron a la madre que lo alimentase y lo cuidase. Pero con el pasar del tiempo el niño no crecía mucho y a su madre, cuya mente aún sufría por la bella figura de Stefano Mariconda, le preocupaba. Las monjas le aconsejaron que se consagrara a la Virgen, para que le diese a su niño una salud floreciente y ella así lo hizo y vistió a su hijo con un hábito negro de monje. Sin embargo, el Señor en su infinita sabiduría había dispuesto algo muy diferente y Catarinella no obtuvo la gracia que quería. Con el pasar de los años, el cuerpo de su pequeño creció muy poco y se asemejaba a aquellos graciosos enanos que entretienen en las cortes de soberanos potentes. Ella, sin embargo, continuó vistiéndolo como si fuera un pequeño monje; tanto es así que la gente llamaba al niño en su lengua vulgar: *lu munaciello*¹⁵.

Las monjas le adoraban, pero la gente de la calle, los comerciantes de las calles Armeri, Lanzieri, Cortellari, Taffettari, Mercanti, decían de él que era demasiado pequeño, de cabeza demasiado grande y casi monstruosa, de rostro térreo donde sus ojos parecían incluso más grandes y más asustados, con una vestimenta extraña. A veces lo insultaban, como a menudo hace la plebe, contra una persona débil e inerme. Cuando *lu munaciello* pasaba por el negocio de los Frezza, tíos y primos se asomaban y le lanzaban los insultos más horribles.

No es ciertamente mi cometido averiguar cuánto y qué comprendía *lu munaciello* de los desprecios y de las palabras deshonestas que le dirigían, pero es cierto que él volvía a casa, junto a su madre, pensativo y melancólico. A veces un rayo de cólera salía de sus ojos y entonces su madre le hacía arrodillarse y le recitaba las palabras santas de la oración. Poco a poco en las casas de barrios míseros dónde él se movía, se extendió el rumor

¹⁵ *Lu munaciello*: en dialecto napolitano significa el pequeño monje.

de que *lu munaciello* tenía algo de mágico y sobrenatural. Cuando la gente se lo encontraba se santiguaba y murmuraba palabras de oración. Cuando *lu munaciello* llevaba una capucha roja que la madre le había cosido en una pieza de lana púrpura, entonces era buen augurio; pero cuando la capucha era negra, entonces era de mal augurio. Pero como la capucha roja aparecía muy raramente, *lu munaciello* era insultado y blasfemado.

Él era quien atraía el aire viciado que llevaba consigo fiebre y enfermedad. Él era quien, con solo mirar dentro de los pozos, estropeaba y hacía que se pudriera el agua. Él era quien, al tocar los perros, los hacía enrabietar, él quien llevaba la mala suerte a los comercios y el encarecimiento del pan. Él era quien con espíritu maligno sugería al rey nuevos impuestos.

En cuanto *lu munaciello* aparecía, cabizbajo, con la mirada desconfiada y asustada, corriendo, o escondiéndose entre la multitud, le lanzaban un coro de maldiciones.

El barro de la calle que le arrojaban le ensuciaba la túnica; las pieles de las frutas demasiado maduras le herían el rostro. Él huía sin hablar, apretando los dientes, atormentado más por la impotencia de su pequeña estatura que por el vil insulto de aquella gente. Catarinella Frezza había fallecido, ya no podía consolarlo. Las monjas le daban pequeños trabajos en la huerta, pero también ellas se asustaban cuando lo veían de repente por un pasillo, en la penumbra, como si fuera una aparición diabólica. Se confirmaba todo lo dicho por la cara oscura del *munaciello*, por no haber sido visto nunca en la Iglesia, por estar en todas partes a poca distancia de tiempo. Hasta que una noche *lu munaciello* desapareció. No faltó quién dijo que el diablo se lo había llevado por los pelos, como suele ocurrir a todas las almas que a él se venden. Pero para ser fieles a la crónica, se sospechó, y no sin error, que los Frezza estrangularon al *munaciello* y lo tiraron a una cloaca, por los huesos pequeños y por la calavera grande que allí se encontraron. Distinguir los hechos reales de los falsos y la especulación de lo que pudo ser fábula o verdad, lo dejo a la prudencia y sabiduría del lector.

Esta es la crónica. Pero nada terminó con la muerte del *munaciello* - añado yo, oscuro comentarista moderno - más bien todo comenzó.

La burguesía que vive en las calles estrechas y oscuras o melancólicamente grandes y sin horizontes, que ignora el amanecer, que ignora el atardecer, que ignora el mar, que no sabe nada del cielo, nada de la poesía, nada del arte, esta burguesía que no se conoce ni a sí misma, cuadrada, plana, descolorida, gruesa, pesada, inflada de vanidad, inflada de malicia, esta burguesía que no tiene, no puede tener, no tendrá nunca el don celeste de la fantasía, tiene su duende. No es un gnomo que baila sobre la hierba suave de los prados, no es un diablillo que canta en las orillas de un río, es el duende maligno de las casas viejas de Nápoles, es *lu munaciello*. No vive en los barrios aristocráticos de Chiaia, de San Ferdinando, de Chiatamone, de Toledo. No vive en los barrios nuevos de Mergellina, de Amedeo, de la calle Salvator Rosa, de Capodimonte; la parte brillante, luminosa y bonita de la ciudad. No le pertenece. Sin embargo, por las estrechas calles que desde Toledo bajan, por las tétricas calles de los Tribunales y de la Sapienza, por la triste calle de Foria, por los barrios oscuros y míseros de Vicaria, de Mercato de Porto y de Pendino, el duende burgués extiende su reino victorioso.

Donde vivió, se mueve como un espíritu. Donde apareció su pequeño cuerpo, su cabeza grande, la cara pálida, los grandes ojos brillantes, la túnica negra, el escapulario de lana blanca y la capucha negra, vuelve a aparecer, con el mismo semblante, para terror de mujeres, niños y hombres. Donde le hicieron sufrir, alma desconocida y quizás grande en un cuerpo contrahecho, débil y enfermizo, él allí regresa, espíritu melancólico y maligno, con el deseo de una larga e insaciable venganza. Él se venga épicamente, atormentando a quienes lo atormentaron. Preguntad a un anciano, a una joven, a una madre, a un hombre, a un niño si verdaderamente este *munaciello* existe y corretea por las casas y por las calles y os pondrán mala cara, como lo haría a quien ofende la fe. Si queréis oír historias, las oiréis; si queréis tener documentos auténticos, los tendréis. *Lu munaciello* es capaz de todo.

Cuando la buena ama de casa encuentra la puerta de la despensa abierta de par en par, el tocino aplastado, la garrafa de aceite volcada y el jamón mordido por el gato, sin duda ha sido la maldad del *munaciello*, que ha abierto aquella puerta y ha

provocado el desastre. Cuando a la sirvienta despistada se le cae de las manos la bandeja y los vasos se rompen en mil pedazos, quien la ha hecho tropezar, ha sido precisamente él, el espíritu impertinente. Es él quien golpea el codo de la joven burguesa mientras hace ganchillo haciendo que se pinche el dedo. Es él quien hace que el vino se agrie en las botellas. Es él quien echa una maldición a las gallinas para que se debiliten y mueran. Es él quien saca el perejil, hace que la mejorana se seque y mordisquea las raíces de la albahaca.

Si las ventas en el negocio van mal, si el jefe de la oficina reprende a sus empleados, si un matrimonio concertado se deshace, si un tío rico muere dejándolo todo a la parroquia, si en la lotería sale 34, 62, 87, en lugar de 35, 61, 88 es la mano diabólica del duende que ha preparado estas grandes y pequeñas desgracias.

Cuando el niño grita, llora, no quiere ir al colegio, trepa, corre, salta sobre los muebles, rompe los cristales y se araña las rodillas, es *lu munaciello* que le mete el diablo en el cuerpo. Cuando la muchacha palidece y se sonroja sin razón, se pone melancólica, sonrío mirando las estrellas, suspira mirando la luna y llora en las tranquilas noches de otoño, es *lu munaciello* que le arruina así la vida. Cuando el joven compra corbatas irresistibles, perfuma su pañuelo y se riza el cabello, llega tarde por la noche, con el rostro pálido y cansado, los ojos llenos de visiones, el aspecto soñador, es *lu munaciello* quien turba su existencia. Cuando la esposa fiel se para a mirar con insistencia el perfil aquilino y los bigotes rubios del encargado de su marido y en las frías noches invernales vela con los ojos abiertos mirando al vacío y los labios en vano tratan de susurrar un Avemaría es *lu munaciello* que la tienta; es el diablo que ha tomado la forma del *munaciello*. Es el diablo quien le proporciona al marido el deseo vago de pellizcar a la sirvienta María Francesca. Es el duende el que provoca las convulsiones de las solteronas histéricas. Es *lu munaciello* quien revuelve la casa, desordena los muebles, turba los corazones, confunde las mentes, llenándolas de miedo. Es él, el espíritu atormentado y atormentador que lleva el desconcierto en su túnica negra.

Pero la crónica verdadera lo dice, estimado lector: cuando *lu munaciello* lleva la capucha roja, su llegada era de buen augurio.

Es por esta extraña mezcla de bien y mal, de maldad y bondad, por lo que es respetado, temido y amado. Es por esto por lo que las muchachas enamoradas piden su protección, para que no sea descubierto su amable secreto. Es por esto por lo que las solteras lo invocan a media noche en el balcón durante nueve días, para que les traiga un marido que esperan desde hace tiempo. Es por esto por lo que el desesperado jugador de lotería repite tres veces los conjuros para asegurarse los números victoriosos y es por esto por lo que los niños le hablan pidiéndole los dulces y juguetes que desean.

Miran con desconfianza la casa donde *lu munaciello* ha aparecido, pero no sin satisfacción. Miran con compasión, pero con cierta envidia a la persona que alucinada ha visto al duende. Pero quien lo ha visto – se les aparece sobre todo a las muchachas y a los niños – guarda para sí un secreto, quizás portador de fortuna. Y por último el duende de la leyenda se asemeja al *munaciello* de las crónicas napolitanas. Es un alma desconocida, grande y sufridora en un cuerpo inusitadamente pequeño, con un ropaje extrañamente simbólico; un alma humana, doliente y rabiosa; un alma que ha llorado y hace llorar, que ha sonreído y hace sonreír. Un niño torturado por los hombres y asesinado como un hombre. Un duende que atormenta a los hombres como un niño caprichoso y los acaricia, los consuela, como un niño ingenuo e inocente.

* * *

10. EL DIABLO DE MERGELLINA

Sentada frente al espejo, ella dejaba que su peluquera le pasara el peine por la abundancia de su melena rubio rojiza, de un color encendido y llamativo. Se miraba atentamente en el espejo: su rostro de una candidez deslumbrante que parecía fúlgido, sin rastro de rosado; los grandes ojos verde mar, cristalinos, el destello de la mirada era verde y frío; los labios carnosos, rojos, como granadas, debían de ser dulces y amargos como la fruta que recordaban; el cuello soberbio, lleno y redondo, palpitaba lentamente.

Ella se miró las manos a la luz, manos cándidas como el rostro. Se miró los brazos tonificados y rosados, como una fruta madura a la que se puede morder. Se encontraba seductora, hermosísima, una irónica sonrisa dibujó sus labios. Ella se adoraba a sí misma, idolatraba su propia belleza y quemaba cada día un copioso incienso, que se unía al de todos los que la amaban.

- Una carta para la doña Isabella – dijo un paje de cabello rizado haciendo una reverencia y dándole la nota en una bandeja de plata.

Doña Isabella miró la carta. Don Diomedes Carafa le escribía una vez más una carta de amor llena de pasión que a veces estallaba en el ímpetu de la desesperación y a veces se suavizaba y languidecía en las divagaciones de una tristeza incurable.

Don Diomedes Carafa sabía amar, su alma noble y elegida estaba abierta a todas las exquisitas sensibilidades del afecto, su alma fuerte comprendía todos los vaivenes de una pasión humana y potente; las orgullosas damas españolas de la Corte del virreinato habrían abandonado con placer su fiereza castellana para ser amadas por él y para amarlo; las muchachas de la aristocracia napolitana, morenas muchachas de ojos azules, lo habrían amado, si él hubiese querido amarlas. Pero don Diomedes no amaba más que a doña Isabella, que tenía fama de

mujer cruel y desamorada. En efecto ella apenas sonrió al leer las frases amorosas que don Diomedes le escribía.

En el gran salón de su palacio, doña Isabella, con un vestido brocado rojo que resaltaba la palidez del rostro, con una redecilla de perlas en sus cobrizas trenzas estaba sentada conversando con don Diomedes. El joven enamorado estaba sentado un poco separado de la mujer, pero con la vista fija vigilante, sin apartar la mirada en ningún momento de aquella figura. Mientras la mujer hablaba, en el rostro del joven pasaban olas de sangre que lo coloreaban, o se volvía de una palidez lívida. El joven se dejaba trasportar por el amor, su voz temblaba y en ella se reflejaba la nota tierna y grave del afecto, la vibración profunda de los celos, la agitación indefinida de la tristeza, el tono estridente de la ironía, todas las variantes del amor.

La dama, plácida, tranquila, sonriente, agitando el ligero abanico de plumas, jugueteaba amable y ferozmente con el corazón del joven. Ella a propósito creaba en él una desesperación desoladora o una inextinguible esperanza, unos oscuros celos o una extrema confianza, la cólera sin nombre y sin límites o la alegría sin fin. Acostumbrada a estos sutiles y malvados placeres, ella disfrutaba estrechando ese corazón enamorado en su mano férrea que lo ahogaba poco a poco y después volvía a darle vida acariciándolo con una mano ligera y aterciopelada. Disfrutaba haciendo estremecer de dolor a aquella alma, llevándola bruscamente a la desesperación. Se regocijaba, exaltándola gradualmente, cada vez más, hasta hacerla enloquecer, en una vertiginosa e infinita espiral.

Esas mujeres fueron, son y serán así. El mundo las maldice, las desprecia, parecen ajenas al resto de las mujeres, parecen odiadas y execradas. Pero el mundo las ama, pero el hombre las ama. Así es y así será siempre.

Quedad en paz, jóvenes gentiles, de alma buena que brillan como la luz de una lámpara familiar, el cuerpo delicado. Quedad en paz, mujeres, cuyo destino único es el amor, es el sacrificio. Nunca más seréis amadas como lo serán aquellas mujeres.

Virtud, dulzura, abnegación, serenidad, calma, son palabras vanas. El agrio e insano deseo del hombre corre hacia la misteriosa y temida sirena.

Quedad en paz: amad, sufrid, morid. Nunca seréis amadas, como lo serán aquellas mujeres.

Sin embargo, llegó un día en el que Diomedes creyó llegar al culmen inaccesible de su vida, al momento fatal en el que toda facultad, toda potencia física, todo razonamiento, todo regocijo de la fantasía, toda robustez interior se reúne en una sola, profunda, alta armonía que es el amor.

Fue el día en el que doña Isabella, inesperadamente, después de luchar durante un año sin haber cedido ni un ápice, presa de un súbito abandono y dominada por una extraña razón, dijo que lo amaba.

¡Oh! Quien ha amado conoce la estación cálida y exuberante, iluminada por el sol, en el azul infinito, en el encendido mediodía donde todo arde y se consume en una gran voluptuosidad. Cuando las flores nacen temprano, viven una vida fugaz y abrumadora, exhalan perfumes pesados y violentos y mueren, por haber vivido demasiado. La estación vibrante donde todo es luz, todo es brillo, todo es fiebre que llena la sangre. La bendita estación, la excelsa estación después de la cual todo es ceniza y fango. Quien ha amado, sabe la estación de amor de Diomedes Carafa, y no espera una descripción en la mediocre palabra del frío y desalentado cronista. Quien ha amado, evoque todos, todos sus recuerdos de amor, reviva en aquel pasado, lleno de una alegría y un dolor incomparables, vibre, se agite, se estremezca por el delirio de aquel amor y conocerá a Diomedes Carafa.

Las historias de amor no se cuentan, no se describen, más que miseramente. El arte mismo, el divino arte que todo descubre y todo revela, solo puede dar una sola y fugaz imagen del proteiforme amor.

Breve estación. Si durase, el corazón moriría en la exageración de un sentimiento que es la locura. Poco a poco, en grados imperceptibles, doña Isabella fue menos feliz, menos enamorada. Su sonrisa fue más escasa en su boca, los brazos

más débiles en los abrazos, los labios más gélidos en el beso, el palpito menos frecuente en el encuentro y en la separación.

Diomedes Carafa, ciego, loco de amor, no veía, no comprendía. Doña Isabella se hundía más en la indiferencia, que además era su estado habitual y su naturaleza feroz volvió a aparecer para la tortura de aquel hombre.

Pero Diomedes Carafa sufría y se embriagaba de aquel sufrimiento, lloraba y se emborrachaba de aquellas lágrimas. Estaba enfermo y se consolaba de aquel mal a ratos gélido, a ratos encendido, que le consumía la vida.

Estaba atormentado, oprimido, desesperado, pero se extasiaba con todo esto, al igual que los mártires cristianos por la sangre que brotaba de sus venas exhaustas.

Isabella se mostraba con él cerrada, dura, despectiva y él la amaba incluso así, inexorablemente. Isabella se volvía voluble, ligera, acogiendo en casa a apuestos caballeros napolitanos, y él muriendo de celos, amaba a Isabel por los celos que le provocaba. Él malgastaba su fortuna, olvidaba las potestades de su nobleza, no tenía amigos, no tenía parientes, nada quería saber de obligaciones y derechos. Isabella, Isabella, amar a Isabella. Hasta que un día, la verdad se le reveló claramente como la Palabra de Dios, y conoció la desesperanza, supo la traición de Isabella con Giovanni Verrusio, su amigo y compañero de la infancia.

Él escondió a todos el drama de su alma, pues desdeñaba ser compadecido. El fracaso de su felicidad, la ruina trágica y negra del espléndido edificio, no fueron testigo de ello. Mejor así. ¿A qué sirve ser compadecido? ¿Qué son las palabras, compasivo y glaciado? Hojas muertas que el viento se lleva y el dolor permanece eternamente. En cambio, él vagó, viajero solitario e inconsciente, por países florecientes, en vano buscó el olvido en las riquezas, el lujo, en otros amores, en fiestas estupendas. En vano quiso enamorarse de las vagas creaciones artísticas, para encontrar en ellas la paz. Por doquier, en cada país, en cada mujer, en cada flor, en el fondo de vinos generosos, en las figuras de los cuadros, en las figuras de las estatuas, en las oscilaciones de la música, él encontraba a Isabella. Su dolor ya no era agudo y desgarrador, sino lento, largo y sorprendente. Él

sentía su alma henchida de lágrimas, él probaba la necesidad de sacrificio, de culto, de éxtasis...

- ¡Dios, Dios! – repitió un día con el alma cansada.

Diomedes fue obispo de Ariano, prelado ejemplar y amante del arte. El pintor, Leonardo da Pistoia, fue amigo suyo. Para su ordenación y para la Iglesia de Piedigrotta donde yace Sannazzaro, Leonardo hizo el magnífico cuadro de San Michele que aterra a Lucifer. Lucifer derrotado, bello y aún resplandeciente, tiene el rostro de Doña Isabella.

Es mujer el diablo de Mergellina.

* * *

11. MEGÁRIDE¹⁶

Allá donde el mar de Chiatamone es más tempestuoso, donde golpea espumoso las negras rocas que son los inquebrantables cimientos del *Castello dell'Ovo*¹⁷, donde la mirada melancólica del pensador descubre un paisaje triste que le hieló el corazón, había en el pasado, cien años antes del nacimiento de Cristo Redentor, una isla grande y florida que era llamada Megáride o Megara que significa grande en el idioma de Grecia.

Ese pedazo de tierra se había separado de la orilla Platamonia, pero no se había alejado mucho: casi como el frenesí de la primavera pasa de la colina a la isla, por las olas del mar, como la bella estación corona de rosas y caléndulas la cima, de esta manera, florecía la isla en medio del mar, como un gigantesco ramo de flores que la naturaleza hubiese hecho brotar, como un altar elevado a Flora, la olorosa diosa.

En las noches de verano desde la isla se oían suaves armonías y bajo la luz de luna, parecía que las ninfas marinas, sombras ligeras, bailaran una danza sacra y embriagadora, donde el peregrino de la orilla, impresionado por el respeto a la divinidad, volvía los ojos alejándose, y las parejas de amantes que se deleitaban vagando abrazados por la orilla, saludaban a la isla e inclinaban la cabeza para no turbar la sagrada danza. Ciertamente la isla debía estar habitada, en sus matorrales verdes, en sus árboles, en sus prados, en sus cañaverales, por las

¹⁶ Megáride es un pequeño islote que se encuentra en Nápoles formado por dos escollos que se unen por medio de un gran arco natural. Plinio le dio el nombre de Megaris mientras que Estacio la llamó Megalia. En el islote, hoy unido a tierra firme por un pequeño istmo construido de manera artificial, se encuentra el *Castello dell'Ovo*.

¹⁷ *Castello dell'Ovo* es el castillo más antiguo de Nápoles. Fue construido en el siglo I a. C. por Lucio Licinio Lucullo.

Nereidas¹⁸ y por las Dríades¹⁹. De lo contrario, no sería tan feliz bajo el sol, tan celestial bajo el rayo de luna, siempre coloreada, siempre serena, siempre perfumada. Era divina, porque la habitaban los Dioses.

Pero Lucullo, el fuerte guerrero, el amigo de los literatos, el primero de los epicúreos, habituado a satisfacer cualquier capricho, amaba las villas rodeadas de agua por todas partes. Él estaba cansado mortalmente de su espléndida casa de Roma, de su villa de Bayas²⁰, de su villa de Tuscolo²¹, de su villa en Pompeya. Quería la de Megáride y la obtuvo. Violó la morada de las ninfas oceánicas, para hacerla suya. Él quiso para sí los prados, los bosques de rosas, las márgenes que se inclinaban ligeramente hacia el mar. Expulsó a las sirenas y las sustituyó por sus bellísimas esclavas. Un solo llanto en las cuevas de coral entre las algas verdes, las ninfas se lamentaron de ello a Poseidón que no quiso escucharlas. Fue construida una magnífica villa, nacieron por arte de magia jardines dignos de un emperador, en los viveros nadaban las morenas con horribles cabezas de serpiente y carne delicada, en las pajareras saltaban los pájaros más raros, alimento de estómagos exquisitos: bajo los pórticos de la villa sonaron las cítaras y las tiorbas, en honor a Servilia, hermana de Catón, esposa de Lucullo, la más hermosa entre las mujeres romanas. Había allí danzas alegres, luminarias mágicas, juegos, banquetes, como solo Lucullo sabía

¹⁸ En la mitología griega, las Nereidas son las cincuenta hijas de Nereo y de Doris y hermanas del apuesto Nerites. Se las considera ninfas del Mar Mediterráneo, y como tales viven en las profundidades del Mediterráneo; no obstante, emergen a la superficie para ayudar a marineros que surcan los mares. Simbolizan todo aquello que hay de hermoso y amable en el mar. Cantan con voz melodiosa y bailan alrededor de su padre.

¹⁹ En la mitología griega, las Dríades son las ninfas de los robles en particular y de los árboles en general. Surgieron de un árbol llamado «Árbol de las Hespérides». Algunas de ellas iban al Jardín de las Hespérides para proteger las manzanas de oro que en él había. Las dríades no son inmortales, pero pueden vivir mucho tiempo.

²⁰ *Bayas* traducción de *Baja* fue una ciudad de la costa de Campania, célebre por sus baños y aguas minerales, situada entre el Cabo Miseno y Puteoli, abierta a una bahía llamada *Sinus Baianus*.

²¹ *Tusculum* o Tuscolo antigua ciudad prerromana situada en los montes albanos de la región actual del Lacio.

dar. Había perfumes de nardo, copas de nítido cristal, en las que las perlas se deshacían en el vino generoso. Había allí túnicas de púrpura, peplo²² de biso²³, gemas espléndidas, coronas de rosas, el eterno cántico a la belleza y al amor. Allí acudían para calentarse a la luz de los ojos de Servilia, los jóvenes tímidos que no osaban pronunciar palabra ante ella, los gallardos muchachos cuya palabra superaba con audacia la mirada, los hombres maduros y serios que sonreían aún al amor, los viejos que suspiraban por la juventud. Y Servilia reía, joven y alegre, por esta lisonja al amor, reía siempre, elogiosa y cruel, como una sirena. Y Lucullo plácido filósofo y aún más plácido marido, disfrutaba con los triunfos de Servilia. Él amaba las fiestas suntuosas, que duran de la noche a los primeros albores, las comidas largas donde se sucedían los néctares, donde la fantasía del cocinero vencía a la del poeta y fundía en su crisol las riquezas de un rey. Él amaba conversar con los literatos, a los que donaba vasijas de oro, animales valiosos, casas y jardines para demostrarles su generosidad. Servilia subía la pendiente gozosa del placer y él bajaba, tranquilo, hacia la paz de la vejez. Para divertirse, mandaba excavar un canal de agua viva, hacía construir un palacete, alejaba el mar, ensanchando los horizontes de la pequeña isla Megáride.

Servilia se dejaba perfumar por sus sirvientas, tomaba baños de leche de burra, llevaba en sus agradables orejas dos pesadas perlas que le laceraban la carne, sus túnicas parecían tejidas por el viento, sus sandalias costaban precios increíbles y ella sentada ante el espejo de acero se contemplaba a sí misma.

Ella era el triunfo de la belleza y de la juventud. Los ojos ardientes de los que la amaban le daban una aureola de fuego, sobre la que ella caminaba, hermosa salamandra, sin quemarse. Los suspiros de los que la amaban formaban entorno a ella una nube, en la que le gustaba respirar. El mar golpeaba dulcemente las orillas de Megáride y no se atrevía a hacer ruido. El sol la

²² Peplo es la traducción del latín *Peplum*. Es una túnica femenina de la antigua Grecia utilizada en el 500 a.C.

²³ Biso traducción de *Bisso*. Es una fibra natural que se obtiene de los filamentos que segregan los moluscos como la nacra o los mejillones para adherirse a las rocas en las zonas de marea. Es común en el sur de Italia y en Cerdeña.

acariciaba sin violencia, y las áureas ligeras hacían ondear las flores. En la plácida luz lunar, la isla parecía completamente blanca, suave y nevada, en una infinita dulzura de aire y de colores.

Y Servilia, tumbada en su cama, vestida con tejidos de oro, dejándose abanicar por sus esclavas, disfrutando de la brisa marina, mirando distraídamente la danza²⁴ de las bailarinas, murmuraba para sí: ¡soy yo, soy yo la sirena!

Y también el aire murmura después de haber bromeado con los cabellos perfumados: es ella, es ella la sirena.

Servilia cuando sujeta un ramo de flores, es bella como Flora. Servilia cuando escoge de una cesta el melocotón maduro, es bella como Pomona²⁵. Servilia cuando en sus cabellos lleva la medialuna brillante y a su lado una aljaba, es tan bella como Diana, cuando sin ornamentos, con los cabellos sueltos, saliendo del baño, emanando perfumes, se deja secar por las esclavas y se envuelve en la túnica blanca, es... - ... bella como Venus – susurra el esclavo enamorado.

- Más bella que Venus – dice Servilia con su olímpico orgullo.

Esto llega a oídos de las atentas ninfas del océano y Venus sabe que Servilia le ha ofendido, y Poseidón esta vez escucha la súplica de su bella amante.

¡Muerde, muerde, blando y rojizo pulpo, que asemeja a un trapo! ¡Incrústate, incrustate ostra para minar los cimientos! ¡Plántate, plántate alga, para sacar un pedazo de terreno! ¡Excavad, excavad, pequeños animales del coral! ¡Roe la roca, constante ola marina, haz un agujero cubierto de arena, cubierto de plantas, un agujero pérfido, negro y profundo! ¡Roed, roed, pequeñas y pacientes potencias del mar! Lloraron las Nereidas, lloraron las Sirenas, Venus fue ofendida y Poseidón está encolerizado.

²⁴ La autora utiliza la palabra *Ridda* que significa danza antigua que se realizaba en círculos.

²⁵ *Pomona* en la mitología romana era la diosa de la fruta, y por extensión de los árboles frutales, los jardines y las huertas. Se asocia con la abundancia. Era una diosa únicamente romana, y se asocia generalmente con la abundancia, particularmente con la floración de los árboles y de las frutas.

Servilia ríe y canta. Lucullo está en su villa de Tuscolo. Ella es de una belleza extraordinaria y la vida es un don magnífico. La vida en el amor, en la riqueza, en el lujo, en los placeres más delicados, en las locuras más costosas. ¡Ser joven, estar llena de salud, ser rica, ser feliz, ser admirada, homenajeada, amada, idolatrada – y para que la vida llegue a su culmen, amar! Pero el mar ruge sordo, la tierra tiembla, se oye un horrible crujido, un grito feroz se eleva hasta cielo, y la isla Megáride desaparece en el torbellino de las aguas, engullida junto a la villa, los jardines, los viveros, la belleza, el orgullo y el primer instante de amor de Servilia...

- Brindemos por los Dioses infernales – dijo tranquilamente Lucullo en su villa de Tuscolo al funesto anuncio y esparció sobre el terreno algunas gotas del licor embriagador.

¿Quieres tú, intrépido buzo, sondear las profundidades del mar? ¿Estás cansado de las sirenas de la tierra? Ve a la desierta playa de Chiatamone, coge aliento y zambúllete en el agua. Cuando llegues al fondo verás los arcos de la villa, los jardines de Lucullo y su hermosísima esposa que se ha convertido en la sirena del mar. Pero no te dejes seducir por la visión y regresa a flote, intrépido buzo. En la tierra encontrarás sirenas como Servilia que no te puedan amar y te maten de dolor.

* * *

12. PROVIDENCIA, BUENA ESPERANZA (LEYENDA DE LOS NIÑOS)

Son bonitos los niños napolitanos. Ríen y juegan como todos los niños del mundo, pero por la noche no quieren estar quietos bajo la luz de la lámpara, si la joven madre, la querida hermanita, la abuela de gafas doradas, o la tía que hace punto, no les cuenta un historia, una bonita y larga historia que abra de par en par sus grandes ojos, hasta que el sueño los vaya cerrando poco a poco.

¿Son así todos los niños del mundo? Yo no lo sé. Yo conozco solo a mis niños napolitanos que aman las historias de la noche. Querría ser yo la madre aún alegre como una muchacha, la gran hermana en cuya alma joven se forma la madre, la abuelita que recuerda su feliz pasado, la tía que no ha tenido pasado amoroso, que no tiene presente y cuya mano temblorosa de emoción apoya tímidamente en la cabeza de unos niños que no son suyos. Les narraría la historia de *Providencia, buena esperanza*.

¿Querrán ustedes escuchar de mí, quien narra graves y malvadas historias a los hombres grandes y buenos?

Los niños son bonitos, aman las historias y son indulgentes con el narrador...

Había una vez, en nuestra querida Nápoles, un hombre muy extraño. Yo no os digo la época precisa en la que transcurrió su singular vida puesto que, a vosotros, niños sonrientes, no os importa nada una fecha. Tenéis la suerte de olvidar pues no os interesan las cifras. Vuestra vida es toda poesía.

La época yo no la sé, dado que nosotros los adultos tenemos la infelicidad de saber demasiadas cosas inútiles, de acumular en nuestra cabeza tantas noticias, que no sirven de nada. Yo la sé, pero no os la digo.

A vosotros seguramente os interesa más saber cómo era este hombre extraño, cómo vestía, qué comía, cuáles eran sus costumbres y en qué consistía su tristeza.

Escuchadme todos atentamente, pues aquí comienza lo bueno.

Este hombre del que os hablo era tan alto como nunca se había visto, de modo que el pueblo decía siempre que él había crecido con la humedad y que su madre había tenido cuidado de regarlo para que creciese, casi como si fuera un arbolito y no un hombre. El hombre alto era también muy delgado, con unas piernas que bailaban dentro de los pantalones, como el mango de un paraguas en una funda demasiado ancha, con unos brazos que parecían dos finas aspas de molino, siempre en movimiento. ¿Los molinos, los habréis visto, verdad? De acuerdo, proseguiré.

El hombre alto y delgado no era muy viejo, dado que tenía el cabello negro sin ni siquiera un hilo blanco y sus ojos, oscuros como el carbón, brillaban como los de un jovencito, pero la piel del rostro era amarilla como el pergamino de los libros de vuestro abuelo y se plegaba en mil arrugas. El cuello, con sus tendones sobresalientes, parecía la pata seca de una gallina muerta. Él siempre vestía de negro, con pantalones brillantes por el uso, tan cortos que dejaban al descubierto las botas de piel y los calcetines agujereados. Llevaba un abrigo largo con los bajos al aire, que se adaptaba mal a su cintura, a sus hombros, al cuello, y cuyo primer botón abrochaba siempre en el segundo ojal y así sucesivamente.

Al cuello llevaba como corbata un pañuelo blanco; en la cabeza un sombrero, rojo de vergüenza, todo magullado y apedreado; en la mano un bastón nudoso, de empuñadura grande como la de un *capotamburo*²⁶.

Nadie sabía quién era ese hombre, de dónde venía, dónde iba, pero todos lo conocían y por la noche deambulaba por las calles de Nápoles; figura desgarrada y fantástica que a la luz de las farolas asumía proporciones inverosímiles y a la luz del sol parecía un espectro que hubiese perdido el camino del cementerio.

El hombre se paraba ante todas las puertas, se paraba bajo todos los balcones y lanzaba su grito, esperaba un momento, después se marchaba. Él conocía todas las casas donde estaban

²⁶ *Capotamburo* era un militar del antiguo ejército piomontés en época del Risorgimento que dirigía a los *tamburini*.

los niños y parándose allí gritaba con su estridente voz: ¡Providencia! Entonces el niño venía, saludaba al hombre y le daba una monedita, una fruta o un trozo de pan. También conocía todas las casas en las que no había niños y se paraba allí gritando: ¡Buena esperanza!

Su voz sonaba como un augurio y todos aquellos que deseaban tener hijos, todos los que esperaban, todos los que amaban los niños le daban al mendigo una limosna. Solo los duros de corazón, los que son egoístas, los que nunca han amado a nadie, no le daban nada. El mendigo conocía sus casas y no se paraba. Entre el estruendo de los carros, de las carrozas, de los trabajos ruidosos, de los vendedores que vocean el precio de la mercancía, él lanzaba su grito por encima de todo: ¡Providencia, buena esperanza!

Se le oía desde las bodegas profundas, desde las altísimas buhardillas, desde los jardines, desde las terrazas. Su grito daba alegría. El pobre enfermo que doliente en su cama miraba las moscas volar, mientras contaba las flores de las paredes y las vigas del techo, escuchaba de buen grado esas palabras que desde la calle parecían prometerle una pronta recuperación: ¡Providencia, buena esperanza!

El obrero que en el taller, con los calores del verano, suda mientras maneja la sierra, se levanta con vigor casi animado con la vaga esperanza de que el trabajo sea menos duro, el jefe menos exigente y el pan menos caro: ¡Providencia, buena esperanza!

La madre solitaria que de noche cose en una mesita, a la luz atemperada de la lámpara piensa en su hijo marinero, embarcado en una nave que viaja por los lejanos mares de Japón, tiembla al soplar el viento y los ojos se llenan de lágrimas al oír la lluvia caer, sonreía ante aquella voz que en la oscuridad le decía que tuviera esperanza: ¡Providencia, buena esperanza!

Pero el singular mendigo que nunca hablaba de limosna se entretenía de buena gana con los niños de Nápoles y los conocía a todos vinieran de donde vinieran, sabía sus nombres y en ocasiones sus pequeños secretos. En la calle de Santa Lucía donde los niños son oscuros, delgados y nerviosos, que parecían rápidos pececitos del mar, él se paraba a mirar cómo se zambullían en el mar, los animaba con la voz, agitando el

bastón, exhortando a los buenos, aplaudiendo los mejores saltos. Los niños subían allí a reírse con él, agarrándose a sus delgadas piernas, mientras a él la sonrisa bonachona le alisaba las arrugas y se le aclaraba el rostro.

En los barrios nobles de Chiaia, de Toledo, de la Riviera, él observaba con detenimiento a los niños que iban a pasear en carroza o de la mano de su madre vestidos con terciopelos y encajes, con sus rizos bien peinados, las botitas nuevas brillantes, las manitas enguantadas. Al mendigo los niños bonitos no le tenían miedo y a veces le daban un caramelo o un trocito de chocolate que él, al que nadie había visto nunca comer, devoraba con un gesto sonriente, con la cabeza hacia atrás y con los ojos rebosantes de alegría. En los barrios bajos de Pendino y del Mercado, donde los niños están pálidos y enfermizos por el aire insano y la fruta agria, él, a escondidas les daba monedas y escapaba con sus largas piernas, gritando y agitando el bastón. En lo alto de los jardines de las colinas donde los niños tienen un aspecto saludable y el cabello rubio por el sol y los pies descalzos en el polvo, él los llamaba y acudían como un enjambre, daba piruetas, se tiraba por el suelo como un loco, si los dejaba caminar sobre sus piernas, en su barriga, sobre el estómago, riendo y gritando, después cogía a un par de ellos y los besaba desesperadamente y salía corriendo por las callejuelas como un espantapájaros. Por la noche deambulaba por las calles de la ciudad, tras los niños que buscaban colillas de cigarros. Tanteaba el terreno con su bastón, con los ojos de gato que despuntaban en la oscuridad y también lograba encontrar algunas colillas y las metía a escondidas en la cesta del pequeño *trovatore*. Se paraba en la entrada de las iglesias donde en el suelo dormían, acurrucadas como perros, tantas desgraciadas criaturas sin techo, las levantaba del suelo, las acogía en su regazo cubriéndolas bajo su enorme abrigo, y permanecía inmóvil bajo el frío, sentado en las escaleras, mirando a los ricos y acaudalados cómo vuelven a sus casas y besan a sus niños que duermen al calor de sus camitas.

‘Providencia, buena esperanza’ iba por la mañana y por las tardes a la puerta de las escuelas a ver a los niños que entran y salen de clase. Todos los días de cada año en los que el Hospicio de la Annunziata está abierto al público, el mendigo paseaba con

cuidado por las salas mirando a los huérfanos, hablando con ellos, besuqueándolos, jugando a la pelota y cantándoles misteriosas canciones. Era singular la manera en la que el mendigo entendía el lenguaje balbuciente de los más pequeños y las preguntas incoherentes de los más grandes y cómo ellos le comprendían a él, quien no era comprendido por los hombres.

Una noche ‘Providencia, buena esperanza’ desapareció y nunca más se volvió a saber de él.

Un hortelano de la colina de Capodimonte contó haberlo visto por la noche sobre una roca desesperarse, saludar, mandar besos a la ciudad inmersa en el sueño, tirarse al suelo, llorar, arrancarse el cabello, después levantarse de allí y partir.

A los que lo conocían les disgustó no volverlo a ver, no oír ya su grito que tanto alegraba. Los niños de Nápoles pensaron en él un par de veces e incluso más.

Se dijo con posterioridad que ‘Providencia, buena esperanza’ era un gran médico de un país lejano como Suecia, Noruega o Dinamarca, que había enamorado a la hija única del rey, la había desposado en secreto y con ella había tenido un hermoso hijo y que el rey, cuando lo supo, montó en cólera y le exilió para siempre, encarcelando a su hija en un apartamento y entregando al niño a una nodriza. Una vez muerto el viejo rey, el mendigo fue llamado por el rey nuevo, su cuñado, a ocupar su puesto en la corte junto a su mujer y su hijo.

Esta historia se contó, pero en Nápoles entre las madres y los hijos, entre los niños y los paisanos, se conserva la tradición de la figura de ‘Providencia, buena esperanza’ y el anuncio de su llegada sirve aún hoy para calmar los chillidos de los pequeños impertinentes, para secar las lágrimas de los llorones y para lograr dormir a los demasiado vivos que tienen la mala costumbre de estar despiertos hasta tarde, sin saber que el sueño...

Los niños duermen.

* * *

13. EL CRISTO MUERTO

La capilla es heladora. Suelo de mármol, mármol en las paredes, tumbas de mármol, estatuas de mármol. Un mármol oscuro, que ha tomado un color feo y húmedo por el tiempo que ha transcurrido, por la falta de sol, por la escasa luz que atraviesa las vidrieras.

No hay ornamentos de oro, no hay candelabros, no hay lámparas votivas, no hay flores, sin embargo, hay frisos, ornamentos, mosaicos, inscripciones, palmas, volutas, capiteles de piedra blanca, gris o negra, nada más que piedra.

Todo allí es gélido, tranquilo serenamente sepulcral. En otro lugar, la vida está en la voz del cura que reza, en la tenue llama de los cirios, en el toque de la campanilla, en el crujido de una silla, en el humo sutil del incienso. Aquí no se reza, no arden las lámparas, no hay sillas, no hay campanillas, no hay humo de inciensos. No se vive para rezar. Se muere en el agotamiento de la oración que se para en los fríos labios. No es una iglesia, es una tumba.

- ¿Quiere ver al Cristo muerto? – pregunta la guía con su voz cansina.

Aquella voz humana, vulgar me sacude. Y, sin embargo, me sigue hablando de muerte.

- Veamos primero la capilla – murmuro, casi avergonzándome de hablar.

Los que allí yacen, quietos e inmóviles, con los brazos en cruz sobre su corazón muerto, pertenecen a la más noble de las familias: Grandes de España de primera clase, dos veces príncipes, dos veces duques, tres veces condes, cinco o seis veces marqueses. En la puerta de entrada está la tumba del antiquísimo antepasado que fue a las Cruzadas y quien tras ser herido y perder el conocimiento en combate, fue tomado por muerto y fue llevado a enterrar, pero despertó de repente, saltó

fuera del ataúd con más vigor y conquistó y venció a sus enemigos.

Tumbas por todos los lados. Pomposas inscripciones en latín, en el que el sentimiento y el carácter desaparecen en la monótona convencionalidad del elogio. Solo las cifras tienen un significado melancólico. La vida no es larga en la noble casa. Mueren pronto las mujeres, mueren pronto los jóvenes. Cada tumba tiene una estatua grande de quien está enterrado, o al menos un medallón sobre el que se dibujan ciertos perfiles suaves, ciertas líneas serenamente altivas, ciertas ondulaciones marmóreas de cabelleras sueltas. En la familia la belleza pura es tradicional, más expresiva que plástica. Cada tumba tiene su estatua, cada tumba tiene su medallón.

- ¿Quiere ver al Cristo muerto? – insiste el conserje.

- Terminemos de ver la capilla – repito yo, especialmente molesta e impresionada por aquella insistencia.

Entre una tumba y otra, estatuas y grupos alegóricos, siempre en aquel eterno y frío mármol. Aquí está el Pudor con el rostro cubierto por un velo, aquí la Fortaleza, aquí la Templanza, aquí la Gloria, aquí la Educación, aquí el Amor filial, vacías alegorías que no encierran ya ninguna idea. Último, poéticamente último, se encuentra el Desengaño, un hombre que busca con un esfuerzo supremo, liberarse de una espesa red que lo envuelve por completo. Singular conclusión de la vida, término singular de todo lo sublime, de todas las pasiones, de todos los amores. El Desengaño y algo más.

- ¿Por qué esta tumba no tiene medallón? – pregunto al conserje.

Él no me ha oído o no me ha comprendido, porque vuelve a decir:

- El Cristo muerto...

- Veamos el altar mayor – repito yo obstinada.

Sí, la última tumba a la derecha no tiene medallón. Falta el retrato de la noble princesa que está allí enterrada, que ha muerto también ella muy joven. El medallón es liso, vacío, blanco como si hubiesen raspado y borrado la imagen. Y es triste como en la sala ducal, en Venecia, el retrato de Faliero, cubierto por un velo negro. El altar mayor está desnudo, austero. En la pared al fondo en lo alto hay un cuadro, una Virgen de la

Piedad descolorida, que sujeta entre sus rodillas el cuerpo lívido de Jesús. La pintura está estropeada, oscura, tétrica. Un ratón ha hecho un agujero negro en el costado de Jesús. Más abajo del altar mayor un gran grupo marmóreo representa el Descendimiento de la Cruz. Siempre el mismo sujeto, siempre la muerte.

- Y aquí está – repite triunfalmente el conserje, separándose del altar mayor – el Cristo muerto.

Se encuentra a los pies del altar mayor, a la izquierda. Sobre un ancho pedestal, está tumbado en una cama marmórea y sobre este lecho helado y fúnebre yace el Cristo muerto. Es tan grande como un hombre, un hombre vigoroso y fuerte, en la plenitud de la edad. Yace a lo largo tumbado, abandonado, apagado, con los pies rectos, rígidos, unidos, las rodillas ligeramente alzadas, los riñones hundidos, el pecho elevado, el cuello delgado, la cabeza levantada por los cojines pero inclinada hacia el lado derecho y las manos separadas. Los cabellos están despeinados casi empapados por el sudor de la agonía. Los ojos cerrados, en cuyos párpados asoman aún las últimas y más dolorosas lágrimas. En el fondo, en la cama se hallan tirados, con desprecio artístico, los instrumentos de la Pasión, la corona de espinas, los clavos, la esponja empapada de hiel y el martillo. En el pedestal bajo los cojines, esta inscripción: *Josep Sammartino, Neap, fecit. 1753.* Y nada más. Es decir, no. En el Cristo muerto, sobre aquel bello cuerpo martirizado, una religiosa y delicada piedad, ha echado por encima una sábana de pliegues suaves y transparentes, que vela sin esconder, que no oculta la llaga mas la acaricia, que no cubre el espasmo mas lo dulcifica. Sobre un cuerpo de mármol que parece de carne, una sábana de mármol que la mano casi querría quitar. No falta nada en esta profunda creación artística. También está el sentimiento que hace vibrar la piedra turbando nuestro corazón, está la audacia del creador que rompe toda regla y está el magisterio de una forma elegida, pura y exquisita. Aquel cuerpo muerto poco antes vivo, se retorció en la angustia de una agonía espantosa, joven y robusto se rebelaba al mal, se rebelaba a la muerte. No había agotamiento, no había debilidad. Las fibras no querían morir, el cuerpo no quería morir. Pero bajo los pliegues de la sábana la cabeza tiene una magnífica firmeza. La frente lisa tiene un pensamiento amplio.

Ciertamente los ojos lloran por el dolor físico, pero los labios abiertos dibujan una sonrisa que es una esperanza infinita.

Es verdad, es verdad, el dolor ha pasado del cuerpo al alma. Es verdad, el alma está abatida, pero no es desesperación, no es desolación. Todo ese Cristo es un dolor supremo, pero también es una esperanza suprema. El misterio de aquella cabeza divina es tan grandioso, la admiración por la maravillosa obra de arte es tan ilimitada, la piedad del bellísimo extinto es tan fuerte que el pensador se sacude y ya no puede frenar los agudos pensamientos de su mente, el artista se inclina en la exaltación de su espíritu y el creyente solo puede abandonarse, llorando, a los pies del muerto, bañándolo de lágrimas y de besos.

Un alma singular de artista debía ser la del escultor que ha dado vida a este Cristo muerto. En su obra está todo su espíritu. Un espíritu donde nacían dos amores iguales, inmensos: el amor por una mujer y el amor por el arte. Solo quien ha conocido el furor agudo de un sufrimiento sin nombre, puede dejar pasar en el mármol sin vida lo poético de este sufrimiento. Solamente quien ha vivido en las lágrimas, en la angustia, en la exaltación de un alma enamorada y solitaria, puede poner en el mármol el solitario y oscuro dolor de este Cristo. El escultor ha sabido, ha sentido. Ha sabido y ha sentido lo que es el tormento sutil que chirría como una pequeña e inexorable sierra; la gris desolación, larga, monótona, donde todo es ceniza, todo es náusea, todo es repugnancia; la desesperación grande, vasta y lenta como una marea de llanto; la desesperación estruendosa y tormentosa, como un torrente que todo lo arrastra. Quien ha creado a ese Cristo, ha sufrido por amor; ha amado y ha llorado. Ha amado y un estremecimiento mortal le ha alterado las fibras. Ha amado y una convulsión ha retorcido y roto su vida. Ha amado sin esperanza, sin alegría, sin deleite, quemando su propia existencia en la tormentosa voluptuosidad del dolor. Solo un hombre que ama puede crear a aquel Cristo muerto. Solo aquel que sufre con ardor, con la pasión del padecimiento, puede poner en una estatua toda la sublime epopeya del dolor. Cada golpe de cincel que astillaba, rompía, acariciaba, curvaba, suavizaba el mármol, era una palabra, un gemido, un lamento, un grito, un estallido furioso de este amor. La pasión del hombre vivo creaba la Pasión del Cristo muerto.

- ¿Por qué aquella tumba no tiene retrato? – pregunté de nuevo saliendo de la iglesia, mientras el conserje hacía ruido con las llaves.

- El escultor no tuvo tiempo de terminarlo...

- ¿Qué escultor?

- Sammartino.

- ¡Ah!...

- Murió antes de terminarlo. Fue encontrado una noche en un callejón oscuro con un puñal clavado en el pecho.

- ¿Fue asesinado o se mató?

- Se dice que se mató.

¡Cómo debía parecerse la mente del escultor muerto a la del Cristo muerto en la anónima tortura de la agonía!

* * *

14. LA MUCHACHA DE CAPODIMONTE (A ELISA ERRERA)

Allí arriba en la colina, vive el bosque verde de frescas sombras. Los senderos se extienden en el horizonte bajo grandes árboles, en la tierra crujen levemente las hojas secas. La vegetación exuberante emerge del suelo, se engrandece en los troncos nudosos, se expande en las ramas que se entrelazan en las innumerables hojas brillantes y oscuras. A los pies de los árboles crece la hierba suave y pequeña, de hojitas pequeñas. En los setos florece la anémona y deja caer al suelo sus pétalos la rosa salvaje. Pasan volando y desfilan las lagartijas de un gris verdoso de cabeza móvil e inteligente y de cola nerviosa. Bajo los arcos de los grandes árboles penetra la luz atemperada; entre hoja y hoja el sol despide sobre la tierra circulitos radiantes y luminosos, rayos sutiles y claros pasan entre las ramas. El silencio es profundo. La ciudad queda lejos, muy lejos. Un perfume vivificante se expande, de vez en cuando el gorjeo alegre de un pájaro hace ondear las cuencas rosadas del aire. No es, no es la pequeña y magra naturaleza de los jardines recortados en ángulos rectos, cuadrados, polvorientos y melancólicos, no son los parterres de flores variopintas que no dan frescura, no dan sombra, mantenidos con innumerables cuidados. No es la naturaleza corregida y revisada.

Es la fuerte y poderosa naturaleza que irrumpe desde la tierra verdadera que encharca e inunda el campo, como un océano verde. Es la naturaleza púdica y grande del bosque, que se envuelve de hojas, que esconde el rostro divino, que aplaca la pasión de sus encuentros en las sombras discretas, en los plácidos silencios, en los recovecos desconocidos. Es en el inmenso bosque donde se sueña; por los lejanos cruces de caminos pasa veloz un leve fantasma; en los oscuros troncos aparecen alegres rostros de mujer. La hoja que cae parece el rumor de un beso lanzado. Es en el discreto y amable bosque donde se ama...

Él deambulaba por las calles, solo, pálido y triste. La ciudad le agotaba; la enfermedad que le corrompía el alma era incurable. El ojo vítreo se fijaba sobre cualquier cosa bella, sin placer, sin dolor. Ni una fiesta de colores, ni una obra maestra artística, ni una mujer hermosa podían sacarles a sus labios una sonrisa. En la ciudad una mujer pensativa y sutil sufría lentamente por él. Él no la amaba. En otro lugar, lejos estaba su amor. Allí arriba tal vez en las incomparables y brillantes estrellas, joyas del cielo, allí arriba tal vez en las blancas y verdes olas, cuyo sonido parece el ritmo de una poesía monótona y uniforme; en el polo, tal vez, en los árboles nevados, en los ambientes gélidos, donde el sol no calienta y no ilumina; tal vez, en la negra y horrenda África, entre las lianas rojas y gigantescas y entre las serpientes azules de ojos hipnotizadores. Él amaba en la distancia, en un punto indefinido, en un país desconocido, con un amor infinito y desconocido, a una criatura misteriosa que él no había creado.

No la llamaba, no la quería, no la deseaba. Su alma nada sabía de voluntades o deseos. Amaba. Su palacio se quedaba vacío, la madre se desesperaba en soledad, los sirvientes dormían en las antecámaras, los caballos nobles se movían inquietos en las enormes cuadras. Él ya no recordaba todo esto. Arrastraba su vida vagando por los senderos del bosque donde lograba encontrar la paz. Arrastraba su lenta vida amando y consumiéndose en el amor. El cuerpo languidecía, las mejillas demacradas tenían el color de la muerte, las pupilas no lanzaban destellos de vitalidad y, sin embargo, la vida del alma era diligente y eficaz. Esta es la funesta enfermedad que mata a los humanos. Es el amor fatal e insaciable por el Ideal.

Él la vio una mañana de invierno, en una calle nebulosa, donde se alzaba un velo opalino e iridiscente. Era una figura delgada, sin perfiles, hecha de aire, ondulante. Fue un leve relámpago, un destello, un instante único de luz. Él corrió, ansioso fortalecido. No encontró nada, la hermosa figura había desaparecido. Pero su corazón comenzó a desear ardientemente volver a ver al fugaz fantasma y con la fortaleza de la voluntad lo invocó de nuevo. Siempre lejano, siempre una vana sombra.

Algo blanco y brillante que temblaba, que no tocaba el suelo, que se dispersaba en las líneas infinitas del aire.

Aquél, aquél era su amor. Cuando llegaba al punto donde se le había aparecido, él se arrodillaba y besaba la tierra, adorando así la imagen fugitiva.

La divina criatura cada día se prestaba un poco más. Le aparecía menos lejana, más reconocible, más clara. Era una criatura celestial, una muchacha blanca, blanca cuyas formas casi infantiles se ocultaban tras un vestido cándido. Ella aparecía y le sonreía con el rostro resplandeciente de luz y le saludaba agitando la cabeza. Después comenzaba a caminar y él la seguía, con los ojos absortos, moviendo los pasos maquinalmente, concentrando toda su atención. Ella abandonaba los senderos conocidos, penetraba entre los árboles, aparecía y desaparecía, girándose para sonreír, dejando que los bordes de su vestido blanco rozasen la hierba, con un ligero y fascinante murmullo.

Él no osaba hablar, temblar, la voz se ahogaba en su garganta. Para colmar su felicidad le bastaba contemplar ardientemente con la fijación de la locura y con los ojos áridos que le quemaban, su amor que huía ante él.

Ella se movía por el bosque, parándose solo un minuto, inclinándose para acariciar las flores, pero sin cogerlas, no dejando huella en la hierba pisada. En cuanto él la alcanzaba, ella retomaba su carrera. Él la seguía, sin sentir el cansancio de sus piernas, que se volvían pesadas como el plomo. Él la seguía respaldado por la indómita voluntad, exaltado, excitado, empujado por la última y más aguda tensión nerviosa. Hasta que aproximándose al castillo el celeste fantasma dejaba de sonreír y una melancolía se difundía en su rostro encantador. Después ella ante el oscuro vestíbulo se giraba por última vez, saludaba agitando la mano y desaparecía. Él no se atrevía a gritarle: ¡quédate!, ¡quédate! Y se dejaba caer sobre un banco exhausto, abatido, muerto.

- ¿Por qué no te sientas junto a mí, dulce amor mío? No temas, no me acercaré demasiado. Sabes que te amo, sé que me amas. Sé que no debemos acercarnos demasiado. Y ni siquiera puedes hablarme. Así lo quiere el destino. Pero yo te amo. Eres mi corazón. Mi alma está hecha de ti. No soy yo, yo soy tú. Si

yo muero, tú morirás. Si tú mueres, yo moriré. ¡Qué blanca eres divina muchacha! Tus ojos son transparentes y claros, no me miran. Tus mejillas tienen apenas una transparencia rosada; tus labios son pálidos, pálidos; tus manos son cándidas como la nieve y un copo de nieve es tu manto. ¿Tienes frío, corazón? ¿No sabes que tengo fiebre y que la sangre bulle y echa espuma, como una ola impetuosa? ¿Sonríes? ¿Quieres calmarme así? Este ardor que me quema, este incendio que me consume, solo la caricia de tu gélida mano podría domarlo, solo el roce de tus gélidos labios podría apagarlo. ¡No! No te alejes, quédate, quédate, por piedad de quien te ama. No te volveré a pedir nada, criatura blanca e inocente. Tú lees en mí, ves que soy puro, que mi corazón es cándido como tu vestido, que no lo ensucia el deseo de fango. No huyas de mí, no vuelvas tu rostro celestial. Cuando tú me abandonas la vida se me escapa. Todo se vuelve oscuro, todo se vuelve mudo y yo lloro en mi sueño destruido, en mi corazón desolado. ¿De dónde vienes tú? ¿Dónde vas cuando me dejas? Y, ¿por qué me dejas? Te amo, no me dejes.

En estos diálogos amorosos la muchacha no hablaba. Ella escuchaba, inmóvil, blanca, preparada siempre para marchar. De vez en cuando una sonrisa aparecía en sus labios, la tristeza le cubría el rostro, pero la sonrisa y la tristeza no le cambiaban los rasgos, no arrugaban su frente o extendían sus labios. Eran expresión, luz interior, casi una lámpara suave que encendida tras un velo. La muchacha no hablaba, pero cada día se quedaba más tiempo con el que la amaba. Él pasaba largo tiempo hablándole, el cansancio le iba quebrando la voz y al final callaba. La contemplaba, estático. Ella se movía para irse.

- ¡No te marches, no te marches! – suplicaba él.

Ella se quedaba quieta ante él, con sus pies blancos como alas de paloma rozando apenas el suelo, con el cabello vagamente adornado con rosas blancas, con el borde de su vestido sujeto con rosas blancas.

- ¡Siéntate! ¡Siéntate junto a mí!

Ella no se sentaba, inmóvil, mirando ante sí con sus grandes ojos sin pupilas.

- Háblame, háblame – murmuraba él.

Ella no tenía voz, sus labios no se movían. Él le rogaba en vano, le suplicaba, se arrodillaba, sin embargo, ella no le respondía. Era inflexible y serena.

Pero en un crepúsculo de otoño, él encontró las frases más elocuentes para expresar toda su desesperación. Pataleó contra el suelo, derramó las lágrimas más desgarradoras, adoró a la muchacha. Ella parecía transformarse. Tras el candor de su piel parecía que la sangre le empezaba a fluir. Él loco, muerto de amor, le ofreció su vida a cambio de una palabra.

- ¿Me amas?

- Sí – pareció un susurro.

Entonces en un arranque de pasión, él la abrazó. Se escuchó un horrible crujido y la muchacha divina cayó al suelo, rota en mil pedazos de porcelana cándida.

En la noche profunda cuando los conserjes dormían en la sala desierta de las porcelanas comenzó un murmullo, un susurro, una agitación. Corrían temblorosos de una estantería a otra, a través de los cristales, voces airadas y leves se enfrentaban entre sí, propósitos fieros, proyectos de venganza se entrecruzaban unos con otros. Poco a poco la calma se restableció. Estaba todo decidido. Comenzó el desfile. Primero fue la Aurora blanca con su carro tirado por cuatro caballos blancos. Bajó al jardín donde él yacía desmayado, junto a su ídolo destrozado, maldijo para siempre sus días. Le siguieron las veinticuatro jóvenes que son las Horas, y deshojaron las rosas envenenadas sobre el exangüe. Más tarde llegaron los Amorinos quienes le clavaron en el corazón dardos afilados y dolorosos. El grupo pasó. En segundo lugar, vinieron los siete reyes de Francia, blancos sobre caballos blancos: Carlo Magno, San Luis, Francisco I, Enrique II, Luis XIII, Luis XIV. Galopando por los caminos, tocaron con su cetro y con la espada al infeliz y cada golpe retumbó en su cerebro. Después se le acercó cada una de las pequeñas estatuas, le escupió en la cara, lo insultó, lo pisó. Cada una de las tazas fue llenada de cicuta, cada bandeja de ceniza, cada espejo le mostró el reflejo de la muerte, cada jarrón de flores contenía para él flores maléficas y crueles y por último se movió el grupo de los Titanes que quieren escalar el Olimpo. Júpiter sentado sobre el águila, fulminó al moribundo y los Titanes lo sepultaron

bajo un enorme sepulcro de rocas. Más tarde cada uno retomó su camino, los grupos regresaron a las estanterías y allí permanecieron inmóviles. Esta fue la venganza de la fría y cándida porcelana sobre quien había destrozado a la muchacha inmortal.

Esta es la historia eterna y fatal. El ideal alcanzado, tocado, que se rompe en mil pedazos – el arte se venga sobre la vida – y el alma yace bajo un enorme sepulcro.

* * *

15. LA LEYENDA DEL FUTURO

Tú, buena y jovial muchacha has llegado al final de mis fantásticas historias, sonríes. Y yo, pobre autor, condenado a leer en el rostro de su lector presente o a adivinar el ánimo del lector ausente, trato de explicar qué significa el destello de tu ojo negro y la curvatura irónica de tu labio, rojo como la flor de la granada. Y casi, hermosa e impenetrable esfinge, de tu cara pura y lisa como el granito, casi comprendo el sentido de tu risa muda e inteligente. Las fantásticas historias donde tanta parte de la vida napolitana se refleja, no te han asustado. Y si tu espíritu ha corrido detrás del inalcanzable fantasma o del pequeño duende, tú no has tenido miedo.

Estas historias son antiguas, algunas antiquísimas, pertenecen a un pasado muy lejano que ya no volverá. Tuvieron vida y murieron. Fueron amor y son un vago recuerdo. Fueron drama humano y ahora son palabras vanas, tradición oscura e incierta. De ellas queda quizás un cuadro, una estatua, una iglesia, una tumba, un bosque, quizás un simple nombre, pero es el pasado. Tú, orgullosa jovencita, sonríes al presente, sonríes al futuro, no puedes volver atrás, miras hacia adelante donde está tu bella realidad, de luz y de perfumes. Tú lees las historias del pasado, pero no te conmueven; las sirenas, los caballeros, las damas, los monjes, los orondos burgueses, los pálidos poetas no despiertan en ti más que una sonrisa piadosa. Ellos están muertos y Nápoles vive, bella e inmortal, vive la juventud alegre, vive el mar glauco, viven los risueños cerros. Inmenso se sucede el futuro. Lo sé. Pero por la sonrisa sarcástica con la que te burlas de mis queridos fantasmas evocados por la tradición o por la fantasía popular, yo quiero castigarte, malvada muchacha. Yo quiero hacer una obra cruel y deshonesto. Narrándote la flamante leyenda del futuro, quiero destruir tu mordiente sonrisa, hacer palidecer tus mejillas y hacer temblar cada fibra de tu cuerpo, cada pliegue de tu alma por la agonía y por el horror.

Hoy la ciudad es bella, porque así Dios la quiso, mientras que muy poco los hombres la quieren así. Pero cuando en la suave e indolente naturaleza del hombre, entre esa vitalidad activa y diligente que no se pierde en un vacío rumor, en vagas aspiraciones y en sueños grandiosos; cuando la lenta conciencia que se adormece en la admiración sea sustituida por la conciencia activa que intenta vías mejores, no se aplaca y trata de alcanzar el objetivo final con todas las fuerzas; cuando a la fantasía que crea, a la mente que encuentra, a la inteligencia que adivina, nunca vuelva a ser desobediente e inerte el brazo que opera; cuando junto al artista que sueña, surja el pueblo que comprende, el burgués que piensa y el aristócrata que siente: solamente entonces la ciudad será estupenda.

Ahora esta se adorna con flores, pero es pobre. Ahora ella sonrío, pero el harapiento vestido que fue de púrpura apenas le cubre sus bellos miembros. Ahora ella es feliz, pero espera solo el baño de las lluvias benéficas que limpie sus calles sucias y negras. Ahora baila y canta en sus orillas olorosas, donde el mar acompaña sus danzas y sus canciones, pero a su puerto no llegan aún los barcos, de anchos costados cargados de mercancías. Ahora blanquean las villas de las que se adornan sus colinas, pero no sube aún al cielo, incienso deseado, el humo gris de miles de fábricas. ¡Qué importa! Este día vendrá y entonces la ciudad será santa. Piensa, poética amiga, en la feliz unión del arte con la naturaleza. Piensa en la celeste armonía entre el hombre que crea y el mundo creado por él. Piensa en la ciudad que será bella y buena, completamente blanca y coloreada por el sol, sin manchas, sin harapos. ¡Entonces! ¡Entonces!

¡Oh futuro lejano, día maravilloso que como el de Fausto merecerías ser detenido...!

Pero la divina ciudad que amamos debe morir. La creemos inmortal y es sagrada a la muerte. La creemos eterna y su vida es débil como la de un niño. Debe morir; morirá. Habrá de decirse al viandante pensativo y melancólico: aquí estuvo Nápoles. Le podremos dar todo. El trabajo que la ennoblezca, el comercio que la enriquezca, el agua que la lave, el sol que penetre en sus anchas calles, pero no la libramos de la muerte.

Será ninfa, sonriente, azul, rosada, rubia por el sol, llena de juventud, vibrante de vida, pero será moribunda. Lo dice la

leyenda profética, repetida de boca en boca, que circula por las calles, que entra en los comercios, que alcanza los salones de la nobleza.

Vendrá el nuevo día.

¿Ves aquella montaña a cuyos pies se extienden los hermosos pueblecitos bañados por el mar, sobre cuyas laderas verdes crece la viña de vino generoso? ¿Ves la montaña estriada por lúgubres franjas negras?

Es ella quien provocará la muerte de Nápoles, así lo dice la leyenda. Arde el fuego líquido, bulle, hace espuma en las laderas de las montañas. Se prepara, se acumula desde hace siglos para el funesto día. Desde fuera apenas una nube de humo blanco e inocente revela el proceso profundo. Corrían las cuadrigas por las calles de Pompeya la bella. Amaban el sol los alegres jóvenes de túnicas blancas y las muchachas de cándidos peplos, las seductoras heteras se vestían con fibras de biso y se perfumaban con nardos. Los jóvenes y los ancianos corrían hacia el Foro, a las termas, a los teatros, sobre las puertas de las casas colgaban coronas de rosas olorosas. La montaña quiso y Pompeya murió. Cuando la montaña lo querrá, Nápoles quedará destruida. Y el terrible y hermoso vecino al que nosotros miramos con admiración y afecto que es parte de la belleza napolitana, será el verdugo.

Y nadie sabrá la hora, ni el día.

En la ciudad la gente en su agitación irá a sus habituales oficinas, correrá donde el placer le llame, donde le llame el dolor, amará, odiará, gozará, llorará, vivirá, en definitiva, como si nada.

En el cielo sereno brillarán las estrellas. En el aire tranquilo se elevará un ligero rastro de humo. Después en el cráter aparecerá un punto rojo, como una luz encendida, allí arriba, como un carbón. Los napolitanos se resignarán y murmurarán: las historias de siempre.

La erupción crecerá con mucha lentitud y los hombres de ciencia de entonces, constatarán el fenómeno y anunciarán su final próximo. Sin embargo, la erupción crecerá cada vez más, continuamente. Un estruendo subterráneo comenzará a hacer temblar los cristales de las casas. Tres ríos vívidos de lava discurrirán a lo largo de las laderas de la montaña. El cielo

oscuro se teñirá de rojo, el fondo del mar será rojo. Llegarán los forasteros a contemplar el asombroso espectáculo, los napolitanos se agolparán en el Muelle, en Santa Lucía, en Mergellina, en las terrazas, en las colinas, llenos de admiración. Pero desde los pueblos situados bajo el monte, empezará a huir la gente, dirigiéndose hacia la ciudad, donde será acogida con los brazos abiertos mientras la lava seguirá fluyendo.

Nuevos cráteres se abrirán. La lava está en Resina, sin embargo, los napolitanos no sienten temor. El Vesubio es su viejo amigo, quiere bromear, es un gruñón, pero pronto callará.

Después está San Jenaro²⁷ que, con los dedos levantados, en acto de autoridad, ordena a la lava que no avance. Las mujeres le piden al párroco de la Catedral que lleve a la plaza el San Jenaro de plata y su valiosa sangre que está conservada en las ampollas. En alguna pequeña iglesia se reza.

Una mañana el sol no sale, una espesa nube gris esconde el cielo, llueve ceniza. Los napolitanos siguen sonriendo y van a sus quehaceres bajo aquella extraña lluvia. Pero al día siguiente el estruendo se hace tumultuoso, las sacudidas del terremoto se suceden una tras otra, horribles convulsiones desgarran el monte sobre cuyas laderas se abren por todas partes cráteres de fuego. Las lavas se unifican, se funden, son una sola lava. Es una montaña de lava que camina hacia la ciudad con sus riachuelos de fuego, un sofocante hedor de azufre llena el aire, llueve agua hirviendo, llueven lapillos²⁸ ardientes sobre la ciudad. Reunidos en torno al gran volcán le corresponden, despertados por el terrible milagro, las erupciones del monte Echia, del Epomeo y de los Campos Flégreos. Llueve muerte. En el clamor desesperado de los moribundos, en el fragor de las casas que se

²⁷ San Jenaro o San Gennaro (¿? - 305 a.C.) fue obispo de Benevento y durante la persecución de Diocleciano sufrió el martirio. Es el santo protector y patrón de Nápoles, especialmente venerado por los partenopeos. Es famoso por el milagro que generalmente ocurre cada año desde hace siglos, el día de su fiesta, el 19 de septiembre. Su sangre, se licua ante la presencia de todos los testigos que deseen asistir.

²⁸ *Lapilli* o lapillos en español, según su etimología significa pequeña piedra, por lo que es fácil deducir que la palabra alude a un tipo de piedra de lava constituida por fragmentos piroclásticos expulsados de un volcán durante su erupción.

desplomán, en el estruendo del terremoto, en la horrorosa tormenta del mar que se eriza encolerizada y rebelde, en el resplandor rojizo que apenas aclara las oscuras tinieblas, en un desastre que destruye la naturaleza y las cosas, la lava victoriosa entra en Nápoles y Nápoles acaba muriendo en un colosal incendio.

¿Y qué? ¿Tú sonríes aún orgullosa criatura?

Te comprendo. Leo en tu pensamiento como en las páginas de un libro. Tú piensas lo que yo pienso. Tú sonríes ante aquella muerte. Esta Nápoles que fue creada por el amor, que vivió en la pasión de la luz, de los colores brillantes, de los perfumes intensos, de las noches enamoradas, que vivió en el grandioso lujo de la naturaleza y en la expansión soberbia del sentimiento, esta ciudad apasionada morirá bien. Morirá dignamente en la altísima y flamante apoteosis de un océano de fuego.

* * *

Semblanza



YOLANDA ROMANO MARTÍN

Doctora en Filología Italiana, es profesora Titular de Filología Italiana en el Área de Italiano del Departamento de Filología Moderna. Forma parte del Grupo de investigación “Escritoras y personajes femeninos en la literatura”. Ha participado en diversos proyectos de investigación financiados: “La traducción literaria en España (1940-2003)”, “Traducción, recepción y multiculturalidad en España”, “La traducción en contextos plurilingües. (1940-1975) Repertorio crítico informatizado de las traducciones en la España contemporánea Ministerio de Ciencia e Innovación”, “Las inéditas: escritoras, lenguas y culturas”. En la actualidad forma parte como investigadora del proyecto “Escritoras inéditas en español en los albores del s. XX (1880-1920). Renovación pedagógica del canon literario”.

Sus principales líneas de investigación están ligadas al género negro y policial italiano, su recepción y traducción en España, a la didáctica del italiano como lengua extranjera, a la didáctica de la traducción, sobre los que ha publicado en revistas y libros especializados y sobre los que ha presentado comunicaciones en congresos internacionales y seminarios.

MEMORIA DE

Matilde Serao en 1881 publica por primera vez el volumen titulado *Leggende Napolitane* con el editor Ottino. En él recopila quince historias de la tradición oral y del folclore napolitano en los que están presentes elementos dispares: magia, mitología, leyenda, personajes fantasmagóricos, tragedias de amor, lugares fantásticos. La autora lleva a cabo un ejercicio de pura diversión y disfrute, se recrea en los elementos mágicos y fantásticos de estas historias, alejándose por un momento de las historias más vinculadas con la realidad de su ciudad.

Son en definitiva un homenaje a su tierra, a su gente, a sus costumbres y a la belleza de sus paisajes.

M U J E R 6

M E M O R I A D E M U J E R 6



ISBN: 978-84-1311-183-4

